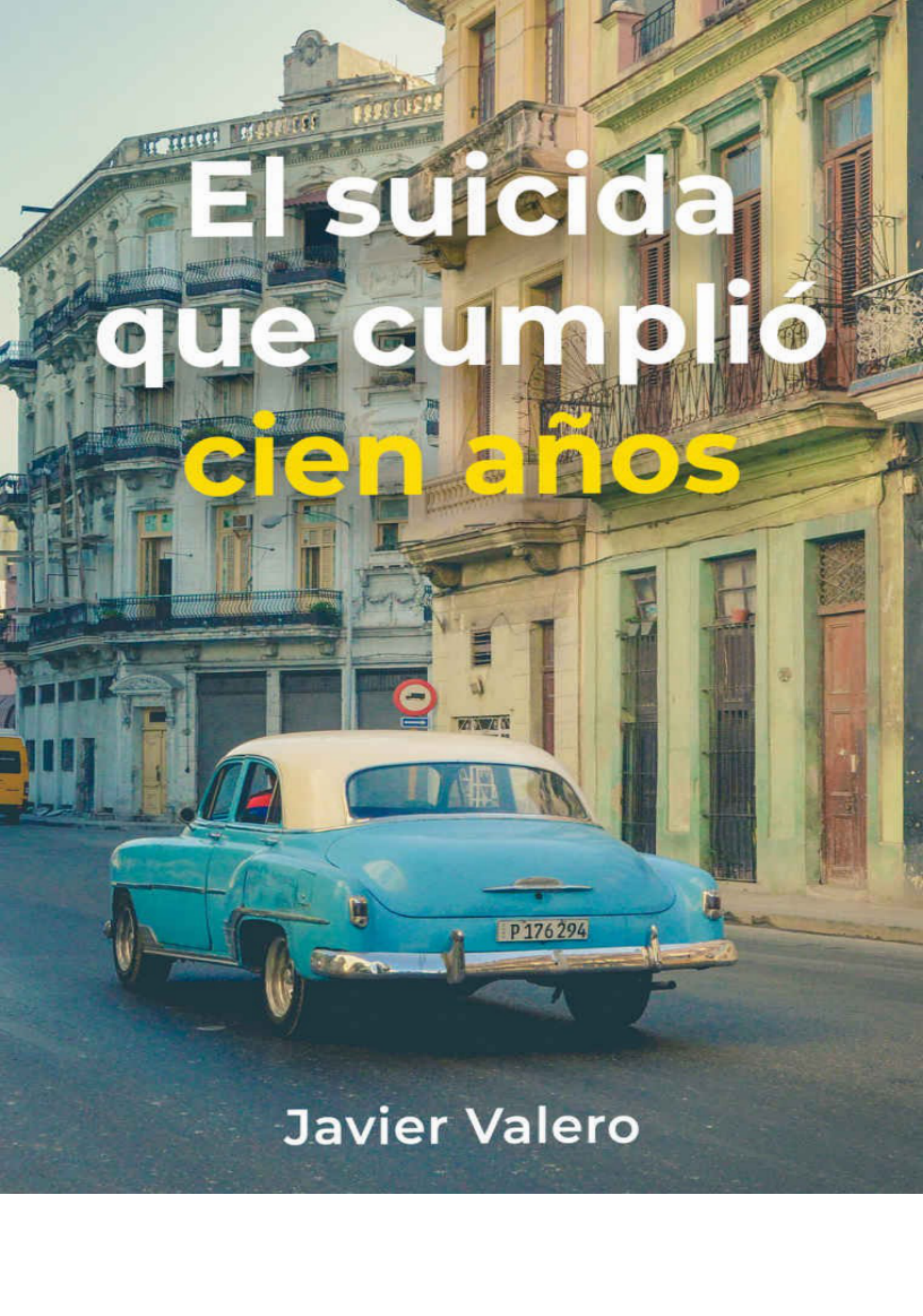

El suicida
que cumplió
cien años
P 176294
Javier Valero

EL SUICIDA QUE CUMPLIÓ CIEN AÑOS

Javier Valero

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Javier Valero
© De la portada: Buük, 2020

Maquetación, corrección y creación del libro electrónico:
Buük | www.buuk.es | hola@buuk.es

1ª edición: junio 2020
ISBN: 978-84-09-20981-1

ÍNDICE

«No cuenten nunca nada a nadie.
Si lo hacen, empezarán a echar de menos a todo el mundo».

J. D. SALINGER,
El guardián entre el centeno

Cinta número 1.

Pulsa la tecla roja tras una exhalación que se podría confundir con un último estertor. Vuelve a llenar sus pulmones del aire viciado de ese salón: ron, lejía y verduras recalentadas. Comienza a hablarle a la grabadora:

—Así que esto va de que yo hablo de mi vida… y este trasto graba todo lo que digo.

Caín empieza despacio, intentando retener en la boca un legado que va a ofrecer a regañadientes. Cada palabra que deja escapar es una reliquia.

Pulsa la tecla de rebobinado, luego la de reproducción: «Así que esto va de que yo hablo de mi vida… y este trasto graba todo lo que digo…».

Stop. En casi un siglo de vida, es la primera vez que oye su voz grabada. Es gruesa y gaseosa; si no supiese que esa es su voz, diría que es la de un hombre bueno. Definitivamente no le gusta su voz, pero no es él quien tiene que escucharla. Vuelve a grabar:

—Ah, una cosa. Limítate a transcribir lo que digo… lo que digo palabra por palabra… o yo mismo vendré a cortarte las pelotas con mi navaja suiza y…

Se ha distraído. Observa sus manos, nunca se acostumbra a no ver en ellas el paso del tiempo, podrían pertenecer a un cuerpo cuarenta años más joven. No le gusta tenerlas vacías, y es hora de preparar su cubalibre de las tardes. Un dedo de ron y dos cocacolas. Se aficionó porque venera el ron, y la cafeína de la cola evita que llegue a emborracharse. La cinta registra el quejido del sillón cuando se levanta, sus pasos, el tintineo de los vasos al chocar entre sí desde la cocina, un cubito que cae y el chorro de ron final que, sin los sonidos previos, podría hacer pensar en una micción —necesidad que satisface cada ciertas horas, al contrario que otros ancianos—. El sillón vuelve a quejarse, un buen trago antes de seguir:

—Mi sobrino… ese que se cree mi sobrino bisnieto es un ingenuo, como prácticamente el resto de toda la humanidad… Sí, tú… tú y todo aquel dispuesto a prestar atención a las tonterías que voy a decir… Nadie se salva… si te sirve de consuelo, tampoco yo.

»Mi sobrino bisnieto… qué lazo es ese… Qué son los lazos sino una falacia que nos inventamos porque somos demasiado cobardes para reconocer que estamos solos, solos como la luna… No sé por qué narices el azar ha tenido que revelarte mi existencia; tienes potra, muchacho.

»Pues bien, podría decir que llevaba una vida más o menos tranquila hasta que aparece este chalado con la inútil empresa de escribir mis memorias, mi larga e innecesaria vida… De soplarle al mundo que su tío bisabuelo está a punto de cumplir tropecientos años… ¿Y a quién interesa eso? Menudo mérito ese de cumplir

tantísimos años, y menuda mierda la vida. De acuerdo, tal vez no esté tan mal en ocasiones; puede llegar a ser incluso gloriosa durante unos pocos segundos… pocos… unos pocos entre billones… ante la visión de la primera mujer desnuda, durante ese orgasmo fugaz, cuando se prueban por vez primera las gambas rojas de Palamós o cuando uno está a punto de quedarse dormido después de una borrachera salvaje con la vana ilusión de que sea el final, el más dulce. La vida, esa historia narrada por un imbécil. Ruido y furia. Promesas de felicidad y falsas alegrías, mentiras absurdas y dolor gratuito. Un tren directo a ninguna parte. Una condena sin haber hecho nada malo; venimos al mundo a jodernos y joder a los demás, vagar por la tierra hasta reventar y, antes de marcharte, condenar a tus hijos a la misma pena. Algunos abren los ojos desmesuradamente para ver a través de la niebla que los tiene atrapados y confundidos, quieren salir de ella, levantan la voz para que los encuentren, y agarran al que tienen al lado para no perderse, para que les tiendan una mano y los arranquen de la espesura. Estamos todos perdidos. Otros tienen la suerte de marcharse antes, y otros el coraje de decidir cuándo. Desgraciados los que tenemos que seguir sufriendo inútilmente. Sí, Adam, cuando tú naciste hacía ya demasiado tiempo que yo era infeliz. Estuve a punto de no responderte y que me dieses por muerto pero, qué narices, veamos esas preguntas que me has enviado.

»Primera: «¿Cuál es su edad?». Menuda mierda… Yo tengo… tengo demasiados años. Quién sabe por qué tantos... Pero si hay algo que sé, es que jamás deseé cumplirlos. Ya de niño quise no haber nacido y crecí deseando con todas mis fuerzas no existir. Y cuanto más lo deseaba, más tenía que vivir. Una condena, esa es mi vida. Mi único propósito fue siempre pasar las páginas de mi historia sin leerlas, hacer que los días volaran como hojas de calendario sopladas por vientos tropicales. Sin embargo, aquí sigo, cumpliendo fríos inviernos. Año tras año, veo pasar todas esas fechas imaginadas en las que ya no tendría que existir. Soy como esa medusa, ¿cómo se llama…? Eso, «turritopsis nutricula», el nombre da miedo… Resulta que al alcanzar la madurez sexual, ese bicho se transforma en pólipo otra vez, cambia de forma y eso lo vuelve inmortal. Cambié tantas y tantas veces de forma tras alcanzar mi madurez sexual… Podría haberme quedado quieto, a lo mejor ya no estaría aquí, por qué soy tan tonto…

Caín busca el cubalibre que reposa sobre la mesita de caoba. Da un sorbo, otro, y deja escapar como un torrente etílico las siguientes palabras, como si su conciencia las empujara, como si el ron le hubiese rejuvenecido varias décadas:

—Y aquí sigo viviendo esta puta condena. La vida me ha ofrecido demasiadas ocasiones para acabar odiándola, para gritar bien alto…

—acerca su boca al micrófono de la grabadora— ¡bien alto! —Vuelve a beber, esta vez el trago es más largo—. ¿Y qué pretendías, que entonara un canto a la vida? ¿Lecciones edificantes sobre cómo no cometer los mismos errores? Yo no tuve una puta sola pista para orientarme en este desierto, ni una miserable pista… Además, tú eres otro simple humano incapaz de aprender nada. Sí, dirás que has aprendido de tus errores, de tus padres, de tus profesores, de los libros… pero señores, quién, ¡quién se cree eso! Reconozcámoslo, las grandes lecciones, esas, las lecciones de la vida, como las de la escuela, se nos olvidan en cuanto vemos pasar a la mujer del vecino o echamos el ojo a un maletín lleno de dinero, o en cuanto podemos agarrar un cetro para dirigir la vida de otros y convertirla en otra excrecencia bajo el sol, otro vulgar homenaje a la mediocridad.

Sentado en ese sillón cojo, mira a través del vaso vacío recuerdos deformados. Viste un tejano que le va dos tallas grandes y una camisa de lana a cuadros negros y rojos; de espaldas podría pasar por un joven alto y desgarbado. Vanesa, la chica que viene a limpiar y cocinar por las mañanas, se inspira en su sobrino cuando le compra la ropa en el mercadillo. Él a veces le ruega favores sexuales, un acoso no exento de pellizcos suaves que ella le tolera porque cree que el viejo es inofensivo. Tiene el rostro ennegrecido; más que bronceado, se diría que una sombra cae permanentemente sobre su faz sea cual sea la posición del sol. Si uno se fija, puede intuir manchas sobre sus mejillas que recuerdan lo que debieron ser pecas de niño, hoy pequeños lunares. Entre sus cabellos rojos oscuros y rígidos como sus ideas, asoman cuatro canas, ni una más. La prostituta que frecuenta le echaba setenta y tantos bien llevados y aún cree que toma Viagra. Mirada de águila, ojos amarillos que a veces se tiñen de rojo, lo que resulta un tanto siniestro para quien los siente sobre su persona. Y un aire de bufón, que con esa camisa a cuadros recuerda a Koroviev con su americana. Sus brazos largos y fibrosos, como ramas de sabina, reposan sobre la piel arrugada y llagada del sillón mientras hunde y remueve el dedo en un agujero que supura espuma. De vez en cuando, da un golpe con la punta del pie a la pata de la silla que tiene delante, donde estaría sentado su sobrino bisnieto Adam si hubiese accedido a conocerle.

No seguirá hablando hoy. Baja a la portería, se abotona con parsimonia la bata de conserje del edificio y coge la escoba, abre una de las hojas de la puerta de roble y sale a la calle. Caín se mueve entre la esquina y la portería como la aguja de un compás, impulsado por la fuerza invisible del tiempo. La cojera de la pierna izquierda es apenas perceptible porque arrastra los pies. Hace poco le llamaron viejo cabrón, pero él más bien parece un adolescente cabreado, atrapado en un cuerpo que se niega a morir.

Adam, el sobrino bisnieto de Caín, le localizó gracias a una carta dirigida a él que su padre guardaba. Al parecer, la había interceptado su tía bisabuela Dolores sesenta años antes, por llevar el nombre de una mujer y una dirección de La Habana en el membrete. Desde el registro de la propiedad de Badalona confirmaron a Adam que el señor Caín Rigau seguía siendo el dueño del inmueble sito en el número 6X de la calle Mossèn Antón Romeu de la ciudad de Badalona. Cuando le comentó a su mujer que se proponía encontrar a su tío bisabuelo, y que según sus cálculos podría haber nacido alrededor de mil novecientos, ella se rio piadosamente de él. Pero Adam sabía de una francesa que había vivido ciento veintidós años. Escribió a Caín ilusionado, se imaginó de visita en su casa reviviendo la historia del siglo XX y la de su familia. A las pocas semanas, su tío bisabuelo le contestó reclamándole su carta. A Adam le hubiese gustado pagarle un billete o ir a conocerle con su mujer y sus hijos, pero Caín insistió en que le mandara la carta y le olvidara.

Adam trabaja en un prestigioso rotativo de la ciudad; a su curiosidad periodística se le suma la inquietud por conocer la historia de su familia catalana emigrada a Cuba. Perseveró y le envió un paquete con la carta de La Habana, una sencilla grabadora de casetes y una lista con una selección de preguntas, especulando con la posibilidad de escribir unas memorias. Si Caín se dignaba a contestarlas y relatar algunos episodios de su vida, podría escuchar de primera mano las anécdotas que le habían llegado por el abuelo Pepe, conocer un poco mejor a su familia y, por qué no, emprender un primer libro…

Adam ha escuchado la primera cinta varias veces. Su mujer Betty irrumpe en su despacho y vuelven a molestarle las palabras que ya le ha parecido oír antes desde el pasillo:

—¿No te jode que te llame ingenuo? Se ríe de nosotros… —Betty proviene también de una familia española emigrada a Cuba y luego a Miami; ha entendido, detrás de la puerta, todo lo que Caín dice.

—Es su forma de ser.

—Viejo del carajo, qué manía tu padre con guardar todo. ¿Qué pretendes sacar de todo esto?

—Piénsalo, ese hombre es la viva encarnación del siglo XX. Y ahí sigue, en esa pequeña ciudad… Lo sabe todo sobre mis antepasados, y de la vida… Puede ser una oportunidad para escribir sobre algo verdadero, importante. Estamos en mil novecientos noventa y nueve. El cambio de milenio será otro acontecimiento histórico, y está lo del «efecto dos mil». ¿Qué piensa él de eso? Un hombre cumple cien años en el dos mil, ¿a quién no va a interesar lo que esa persona piensa sobre el futuro? El periodismo se está convirtiendo en una conversación de bar, cualquiera puede redactar un artículo. Podría ser

un primer libro…

—Así que lo haces para ser reconocido…

—No; claro que no, lo hago por mis hijos, por ti… y por mí, qué sé yo de mi familia realmente, el abuelo murió joven y papá sabía bien poco o se lo inventaba…

—Pendejadas…

Caín ha estado toda la mañana pensando de qué hablar. No tiene ganas de seguir con la lista de preguntas de Adam, nunca le gustó que le dijesen lo que tiene que hacer ni tampoco decírselo a los demás. La historia y la política tampoco le han interesado lo suficiente como para ponerse a hacer un repaso del siglo XX, quien no sepa lo que le ha traído hasta aquí que se apañe. Del amor cree saber bien poco, ya que solo amó a su madre. Los temas irán surgiendo, prefiere improvisar. El cubalibre ya está sobre la mesita. Caín oye el rugido furtivo de un coche, seguido del insulto de un peatón. Pulsa la tecla roja de la grabadora.

—Ahí va, el flamante Hispano Suiza… Mi padre hubiese querido ser piloto de carreras. Cómo le gustaba aquel auto. Si hubiese vivido más, se habría pasado la vida conduciéndolo y viajando en él. Sabía pasarlo bien. Sin embargo, yo... yo nunca supe qué hacer con eso que llamamos «mi vida». No, qué va, no es nuestra, es del jodido azar, créeme… ¿Con qué propósito se nos coloca sobre un planeta hermoso y tan jodidamente frágil, como niños con los pies llenos de lodo sobre una cama inmaculada? Muchos encuentran la respuesta cuando se entregan a un propósito que les llena; vinieron al mundo para salvar vidas, para pisar la luna, ¿pero acaso es una misión reparar coches, trabajar en una agencia de seguros o vender chicles? Todo eso puede estar muy bien, el trabajo dignifica —a los más tontos claro— y reparar coches siempre me ha parecido un oficio artístico. Pero eso no son respuestas. Yo me pregunto, además, por qué sigo aquí si nunca quise haber llegado a este lugar… Mi padre y mi madre... mamá... qué guapa era... se fueron demasiado temprano para darme respuestas convincentes. Yo tenía diecisiete años. El trabajo duro los había situado entre la burguesía catalana incipiente. Él era un hombre de gusto refinado y no se conformaba con vender tornillos, así que en la Ferretería Valor ya se podían encontrar lámparas de araña importadas de Austria. La ambición no podía traer nada bueno. En poco tiempo pasaron de *botiguers* pueblerinos a comerciantes de renombre, y algunas familias burguesas pronto los invitaron a fiestas en Barcelona. Esa fue la excusa para comprar un Hispano Suiza T24 con cuatro cilindros, treinta CV y carrocería fabricada en la Sagrera.

»A mi padre le gustaba recorrer las calles a toda velocidad, la mayoría no habían sido asfaltadas y el T24 levantaba una polvareda que hacía cerrar los ojos a los carreteros y corretear a todos los críos.

»El accidente fue un sábado. Habíamos ido con el coche a los baños de la playa a pasar la mañana; el Hispano Suiza no tenía ni dos meses y mi padre nos llevaba en él a todas partes. Mi madre y él decidieron regresar antes a casa para echarse la siesta. Al cruzar el paso a nivel, la trayectoria del coche coincidió con la de un tren que llegaba tarde por primera vez en la breve historia de aquella línea. El

destino no existe, la culpa fue del azar. Aquella tarde al odioso azar le dio por lanzar unas cuantas toneladas de hierro sobre el flamante T24 con mis padres dentro.

»No podía esperarse un entierro más esperpéntico y triste después de esa extraña y ridícula forma de morir. Se celebró un funeral al que acudió todo el pueblo, los Rigau eran muy queridos porque fiaban, «buena gente» decían unos, «tontos del culo» otros —como mi propio hermano Abel y mi cuñada Dolores—. Clientes, vecinos, incluso gente que yo no conocía, como aquellas plañideras venidas de varios pueblos del Maresme sin que nadie las hubiese llamado y que luego pondrían la mano para que les soltasen alguna perra, todos los que acudieron al entierro los lloraron a moco tendido. Grandes actores y actrices en el teatro de la muerte.

»Me ahogaba dentro de la iglesia, una ira incontenible se apoderó de mí cuando el féretro de mi padre pasó por mi lado. Acaricié la madera haciendo que los hombres que lo sujetaban ralentizaran su paso; madera caliente, más que su cuerpo. Tuve que mirar a otra parte. En los ventanales de la iglesia, como si de repente se convirtiesen en la pantalla del Cinematógrafo Mary de la Rambla, comenzó la proyección de las imágenes de otra tarde de desgracia: ahí estaba yo llegando del colegio apaleado por ser gordo, feo y algo retardado según mis compañeros de clase. Un ojo morado, la ropa hecha jirones, cabello de otro niño entre los dedos… y mi padre apoyado en el marco de la puerta de mi cuarto cuando le escupí aquellas palabras —sus dientes rechinan mientras vuelve a pronunciarlas—: «Yo no pedí nacer».

»Yo no pedí nacer. Cuando le dije eso a mi padre, no entendió nada. Ver a su hijo así le entristecía, aquel crío difícil otra vez se había peleado; ignoraba que me habían hecho pelear otra vez conmigo mismo. Niños y profesores no sabían cómo tratar al niño despistado de la ferretería. Tal vez hoy me hubiesen llevado al otorrino o al logopeda, y a no sé a cuántos médicos más, pero entonces los niños crecían solos como animales. Yo no era un niño, yo era el antiniño. Poco sociable, siempre distraído, nada juguetón, poco participativo y feo. Tenía a quién salir. Mi padre no parecía demasiado afectado por aquella declaración, aquel reproche de un mocoso amargado. Yo esperaba de él una respuesta que me alentara, que me revelara el secreto, si es que lo había, de mi inútil existencia. Me miró y me dijo:

»“—Hijo mío, si pudiésemos elegir nacer o no, hace siglos que la humanidad estaría extinguida”.

»Hay frases que pueden golpearte en la cabeza y dejarte lelo para siempre… Hay que tener mucho cuidado con las palabras: cuanto más crudas, más cuesta digerirlas…

»Recuerdo el silencio entre los dos después de aquella sentencia, y

cómo mi padre besó mi frente con los labios secos y apretados antes de salir del cuarto. Y toda aquella escena la volví a ver en los vitrales de la iglesia, teñida de verdes desesperanzados, rojos sangrantes y azules turbulentos, que me tenían hipnotizado mientras el cura bendecía los cuerpos. Había dicho ya que podíamos sentarnos, pero yo permanecía de pie, con la cabeza mirando a la derecha del altar. Yo no pedí nacer. Mi padre ya no escuchaba, así que busqué al único culpable que podía quedar allí. Miré fijamente el enorme Cristo que se erguía detrás del cura. Entonces, todos dejaron de oír su voz para escuchar mi grito:

»"—¡Si pudiésemos elegir venir al mundo, hace siglos que la humanidad estaría extinguida! ¿Lo oyes, hijo de puta? ¡Extinguida! ¡Yo no pedí nacer! ¡Nadie pidió nacer!".

»Un «er» se repitió durante segundos eternos como la gloria de aquel desgraciado. Odiaba a Cristo profundamente, yo era el antiniño y el anticristo. Mientras aquella frase era absorbida por los muros de la iglesia, decenas de «ohs» ofendidos, asombrados y tristes se impusieron. El cura tardó un minuto, con todos sus sonoros y dolorosos segundos, en reaccionar:

»"—Hijo, Dios nos da la vida y la felicidad, y solo nos la quita para liberarnos del sufrimiento… ¿Qué podríamos reprocharle? Llévense al muchacho, queridos hermanos, háganme el favor…".

Caín se levanta de su butaca y abre los brazos en cruz, luego eleva las manos imitando al párroco y vuelve a dirigirse a la grabadora:

—¡Y ahí están todas las respuestas! ¡Oh, el buen Dios todopoderoso que todo lo hace bien! ¡Creamos en él y no nos hagamos preguntas! ¡Creámonos todo! ¡Oh, las palabras de los curas, cuántas veces comentadas al salir de misa! ¡Bebamos el cáliz, hasta la última gota de su verborrea vomitiva! —Observa el tubo de vidrio y bebe su cáliz negro. El negro, el luto, la depresión.

»A la salida de la iglesia, aturdido y mareado, intentando no vomitar la sopa que me habían hecho ingerir una hora antes, me encontré de frente con mi futura cuñada Dolores. Su mirada furibunda me hundió en lo más profundo de las arenas movedizas que me engullían aquella tarde. Dolores aún tuvo tiempo de achuchar a mi hermano Abel para que me diese una hostia, pero él se contuvo. Los dos miraban a su alrededor, como si todos los clientes del negocio que les tenían que llenar el buche y los bolsillos los acabasen de condenar. Pero el condenado era yo. Salí a la calle sabiéndome solo para siempre. Supe que nunca podría sentirme de otro modo sin mis padres. Arrastraba los pies para no volver a levantarlos, alma en pena, muerto en vida. Para siempre. La fachada de la iglesia se me vino encima, toneladas de culpa y castigo, piedra a piedra sobre mis

hombros. Los feligreses me miraban piadosos, como a un insecto aplastado que sobrevive a su pesar, moviendo aún las alas, esperando a que la muerte se digne a acabar con su sufrimiento. Todavía la espero.

—El perro no es el mejor amigo del hombre, es demasiado estúpido para ser un buen amigo, no lo es quien te complace en todo. El mejor amigo del hombre es el caballo. En primer lugar, el caballo no te autoriza a ser su dueño de entrada, tienes que ganártelo. Pero una vez lo has conseguido, es tuyo para siempre, y te será tan fiel como un perro y más que la mayoría de personas.

»Anís era un caballo al que no habían podido domar para que tirase de las barcas de los pescadores y subirlas a la playa. En más de una ocasión mi padre lo había visto hostigado por los gritos y golpes de un rudo pescador, frente a la fábrica del Anís del Mono. Aquel pescador ya era demasiado viejo y no tenía paciencia con un animal tan testarudo. Un día le dio un puñetazo en el hocico con el puro encendido porque se había parado decidido a no seguir. Mi padre detuvo el coche al otro lado de la playa, cruzó la vía y ofreció todo lo que llevaba encima al pescador a cambio del caballo. El tipo aceptó sin pensarlo, tan harto estaba del animal… Ni siquiera le lanzó una última mirada al viejo compañero, y mi padre regresó a pie tirando del ronzal sin que Anís se parara ni una sola vez.

»En teoría, aquel caballo era para los dos hermanos, pero me gusta pensar que mi padre lo trajo a casa para animarme después de lo que le había confesado. Fue fácil instalarlo; le improvisamos una cuadra en el *badiu*, ya había existido allí un establo para un par de vacas —mamá había intentado tener su propia lechería, pero no tuvo suerte—. Yo montaba a Anís cada mañana, muy temprano, y galopaba con él por la playa muy cerca de las vías. Se convirtió en nuestra mascota, en la mía; Abel no le hacía demasiado caso, no se gustaron, se miraron altivos los dos cuando el caballo entró en el patio, duelo de animales.

»Después de la muerte de mis padres, Anís se convirtió en mi ser más querido. Pero estuve semanas sin ganas de montarlo; bajaba al patio a diario, lo acariciaba, le decía cosas, le hacía compañía… El pobre se pasaba el día haciendo el holgazán, comiéndose todo lo que le ponían y engordando como un cerdo, no teníamos ni idea de cuidar a un caballo.

»María seguía teniendo a punto desayuno, comida y cena, e intentaba mantener la compostura como si nada hubiese ocurrido, pero cada vez que nos hablaba su voz parecía venir de muy lejos. Mi hermano era dos minutos mayor que yo y además muy responsable; estaba decidido: me quedaría a su cargo hasta que cumpliese los veintiuno. Pero no le obedecía en nada y apenas pisaba la ferretería.

»Una mañana tras el desayuno, en lugar de ir a trabajar a la ferretería me fui directo a la cuadra de Anís, que ahora ocupaba todo el *badiu*; había invadido el espacio de las gallinas al no tener unas paredes que lo recogiesen. Lo saqué a la calle, me cogí fuerte a las crines y le grité «¡Arre, Anís!». Recorrimos dos o tres calles hasta que

salimos a la Rambla; entonces Anís invadió la vía —no había vallas como hoy—, y galopó a fondo como si quisiese seguir la trayectoria de aquellos raíles hasta el infinito. Empecé a sentir las mismas toneladas de hierro colado y acero que habían aplastado a mis padres sobre mis espaldas. Aplástame a mí si puedes. El pitido de la máquina asustó al animal, y salió de la vía cuando estábamos a punto de ser engullidos.

»No podía dormir. ¿Y si Anís se había hecho daño en la carrera contra el tren? Fui a verlo a la cuadra. Ahí estaba: negro, brillante y majestuoso, como una estatua que custodia la luna. Despertó en cuanto notó mi presencia. Le revisé los cascos, ningún guijarro. Le acaricié la frente, puse un pie en el taburete que usaba para montarlo y me senté sobre el dorso con suavidad. Seguí hablándole y pasándole la mano por la crin hasta que me dejé caer sobre su cuello y me quedé dormido... Desperté en el suelo. Las gallinas no paraban de cacarear como si quisieran avisarme de algo. El hedor de la cuadra me abofeteó, y me di cuenta de que no había rastro de Anís en el *badiu*. La cancela de la casa estaba abierta. Ignoraba que los caballos son animales depredados, huidizos por naturaleza; seguro que aquella locomotora lo había traumatizado. Aún no sabía yo que también me pasaría la vida huyendo.

»Las tres semanas siguientes, los efluvios llegaban por las noches a mi ventana desde la fábrica de anís como si aquella fuese una fábrica de tristeza. Me emborrachaba con mis propias lágrimas. Solo conciliaba el sueño cuando imaginaba a aquel caballo negro al galope sobre la vía infinita, escapando de una vida limitada. Otra vez me sentía traicionado por el azar o el maldito destino, que me aseguraba una soledad perpetua. Lo supe entonces: no podría encariñarme con ningún ser vivo, porque al hacerlo este sería apartado de mi vida para siempre. Una maldición.

»Pasados unos días de la fuga de Anís, me puse a limpiar la cuadra; entonces volví a sentir el aroma animal de aquel amigo que tan poco tiempo había estado en mi vida. En la alacena encontré una botella de Anís del Mono con un líquido azul en su interior, la solución de sulfato de cobre y zinc que mi padre había comprado para curar la ranilla de los cascos del caballo.

»Me llevé la botella a la habitación y observé sus rombos esculpidos; la acerqué a la luz y la giré despacio admirando los destellos que el cristal de diamante desprendía, cada uno distinto del anterior... Aquel juego hipnótico me llevó a un planeta de hielo azul; el poder de la ficción, esa que tanto nos ayuda a sobrevivir a la realidad. Pero en ese momento yo ya no quería sobrevivir a la mía: el veneno azul me ayudaría a no regresar del sueño. Antes de meterme en la cama le di un buen trago... Los sucesivos vómitos me hicieron sacar toda la bilis que mi cuerpo era capaz de contener, escuálido tras

semanas cenando apenas un pedazo de pan por simple cabezonería. Yo no quería vivir. Arrodillado en el suelo, temblaba y me agarraba a las sábanas de la cama. Antes de ver el supuesto paraíso prometido, había que dejar que aquella garra te estrujara bien las tripas hasta reventar. María escuchó mis arcadas y entró a tiempo, tuve que vomitar al menos treinta veces más en el hospital para recorrer el camino de vuelta a ese ominoso lugar entre los vivos.

»Con el primer intento de largarme de este mundo solo conseguí una buena coartada para no pisar la ferretería. Antes de volver y ponerme a las órdenes de Abel, y bajo la vigilante mirada de Dolores, perdí un mes de mi despreciable vida haciendo el vago en la cama, donde me inicié en el arte de ver el tiempo pasar. Aún perdí unos cuantos kilos más porque mis comidas pasaron a ser algo menos que frugales; escondía el pan, y cuando María se iba al mercado, bajaba al *badiu* y se lo daba a las gallinas. La buena de María quería ser como una madre: colocaba la palma de su mano sobre mi vientre enfermo, como si quisiese transmitirme su energía o tuviese alguna clase de poder curativo. La dejaba ahí, recalentando mi piel, y yo tosía para que la apartara, no fuese a contagiarme sus desbordantes ganas de vivir. Ponía todo su empeño en cuidarme como si fuese todavía un niño, no me dejaba levantarme ni para ir al baño por si me mareaba y me obligó a usar una bacineta, de la que ya no me desprendería. También permitió que Claudia me visitara, imprudente y comprensiva María. Pero no nos quitaba ojo. Claudia se sentaba a mi lado y ella volvía cada cinco minutos a mi cuarto con toallas y más toallas blancas del lavadero. Sus ojos se clavaban en las manos lechosas de Claudia sobre las mías, oscuras y traviesas… Cuando por fin se esfumaba, mi mano izquierda se deslizaba bajo la falda de Claudia y se posaba sobre su rodilla. Pero antes de poder acariciarla, me quedaba embobado observando sus bucles dorados y su rostro pizpireta; siempre me parecía que se estaba aguantando la risa a propósito de algo que al resto de mortales les hubiese pasado inadvertido. Mi mano avanzaba lentamente sobre su rodilla y sus mejillas se inflamaban, y las rubias cejas se levantaban como si sus ojos grises quisieran crecer, encendidos como dos diamantes en la oscuridad.

»Pasó casi un mes hasta que volví a pisar la ferretería. Abel se había asomado de vez en cuando a mi cuarto y me había saludado alzando levemente la barbilla. «¿Está ya listo?», preguntaba a María. Solo hablaba con ella, no se fiaba de mí. Desde la muerte de nuestros padres, solo me había presentado en la tienda un par de veces para ayudar en el almacén. Pero Abel me consideraba un vago desde mucho antes, cuando de críos los sábados yo me iba a jugar a balompié y él a la tienda, a vender tornillos.

»Durante mi recuperación, menuda mierda, llegué a la conclusión de que no me quedaba valor para volver a intentar quitarme la vida. Acababa de conocer el verdadero dolor físico y los cobardes no lo podemos soportar. Además, la empresa de marcharse de este mundo exige cierto talento y mucha perseverancia. Después de dar muchas vueltas en la cama, de noches en vela que auguraban infinitas horas más de desasosiego y tediosa espera de la muerte, di con un modo de vivir un poco menos insoportable. La cosa era simple: consistía en no vivir como estaba previsto, no participar del juego, no aportar nada ni esperar nada de la vida. Rechacé todas las convenciones —trabajar duro, convertirme en un ciudadano próspero, crear una familia…—, a qué traer más víctimas al mundo para perpetuar la cadena de infelicidad. Mantener aquel compromiso no supondría grandes sacrificios, porque se basaba precisamente en no comprometerse con nada. No me sería complicado vivir solo; ya de crío no comprendía por qué las niñas convencían con tanta facilidad a los niños para jugar a papás y a mamás, yo las mandaba a paseo y seguía persiguiendo lagartijas. No necesitaba unirme a una mujer y complicarme la existencia. Tampoco tenía una vocación. Me gustaban los animales y tal vez me hubiese gustado formarme como veterinario, pero no tenía paciencia para los estudios y era incapaz de concentrarme. Dedicaría un mínimo esfuerzo a ganarme el pan y aguardaría a que la muerte viniese a buscarme cuanto antes. Pobre iluso.

»Ese mínimo esfuerzo empezó en el almacén de la ferretería. Con Abel convenimos que cobraría el sueldo de un mozo, con eso me conformaba. Vivir con austeridad, pero sin responsabilidades. Yo no servía para llevar un negocio, él sí. Si él quería hacerse rico y pasarse la vida allí encerrado, que se lo quedara todo. Podía vivir en la casa de mis padres y el almacén sería mi medio de vida y mi refugio.

»Conseguí unos caballetes y una tabla, que me regaló el carpintero de la esquina por soplarle el nombre de una clienta morrocotuda que le gustaba. Ya tenía mi propia mesa, donde también había sitio para Claudia que venía por las tardes a llevar las cuentas. Me las apañé para darle ese puesto con la excusa de que se la daban bien las matemáticas; Abel y Dolores lo permitieron porque pensaron que mi historia con ella podía acabar en boda y encarrilarme. No es que necesitáramos una mesa en el almacén, pero quería tener cerca a Claudia, sentarnos juntos a solas sin la presencia de Abel y Dolores que atendían en la tienda.

Caín hojea la libreta en la que Vanesa le anota los gastos mensuales de la casa, como las bebidas que le encarga al paquistaní de la esquina. Él no se lo exige, le da el dinero y nunca revisa las cuentas. Observa esas cifras anotadas como si fuesen un código encriptado que ocultara alguna respuesta.

—Somos sucesiones de números, enumeraciones de sucesos, cosas que contar… un inventario de sufrimiento con algunas insignificantes partidas de felicidad…

»Una noche, antes de marcharme, encontré el diario de Claudia sobre una caja de tornillos que había muy cerca de la mesa… ¿Lo había dejado allí para que yo lo leyese? “Querido diario…”. La *q* con una filigrana, la *a* bien redonda… dulce caligrafía… Yo no hubiese escrito jamás ni una nota de recordatorio si no hubiese leído el diario de Claudia. Nunca había leído uno antes, así que cuando me hice con el suyo entendí que todo el runrún que uno tenía en la cabeza podía quedar atrapado entre unas páginas, un ruido tras otro podía ser registrado en aquel almacén de ideas. Aquel artefacto permitía hacer un inventario de estupideces, ideas imposibles, pensamientos negativos y todo tipo de basura mental.

»Recuerdo que al abrir aquel librito y meterme en la cabeza de Claudia, sus pensamientos me parecieron sueños pueriles de princesa en busca de príncipe, pura cursilería: “Me ignoras y aún te amo más”; “bonitos y enloquecidos cabellos rojos”; “es un poco vago, pero ya cambiará”; “¿cuándo se atreverá a pedirme matrimonio?”. Pasaba páginas como si aquel diario que Claudia debía conservar de la comunión, con una insignia de la Virgen de los Remedios en la cubierta nacarada, me pudiera ofrecer respuestas, hasta que llegué a las páginas que aún estaban en blanco.

»Busqué un lapicero y empecé a escribir. No recuerdo con qué palabras inicié la redacción imprecisa de mis espesos pensamientos, pero cuando la punta del carboncillo empezó a rasgar el papel percibí mi propia voz. Aquello era mágico. Aquel ruidito agradable, aquel ris ras, me decía cosas que tenía dentro de mi cabeza. Menuda mierda es escribir, el lapicero se convierte en altavoz de tus propias ideas. Entérate de lo que piensas, humano despistado… Parece que después de haber escrito unas líneas sobre tus delirios, miedos y confusiones te conozcas mejor… pero no, nadie llega a conocerse nunca… Ponerme a juntar letras me ayudó a ordenar mi trastero de ideas. Me gustaba rasgar el papel, apretar bien el lapicero para escuchar mi propia voz, expresarme, lamentarme, quejarme como si todos me estuvieran escuchando. Podía hablarles sobre los terribles descubrimientos que había hecho acerca del sinsentido de la vida, sobre nosotros y el mundo ominoso que habitábamos… No se lo dejé leer a nadie, quién sabe si podrían haberme internado en el sanatorio y desheredarme.

»Claudia y yo nos pasábamos las tardes ocupados en los albaranes. Las cajas que nos rodeaban forraban de madera de pino las paredes, y una alfombra de cartones creaba un ambiente cálido; estábamos allí como en una especie de casa de muñecas. Leíamos sin entender mucho a Nietzsche, Freud, Schopenhauer («la vida no está hecha para gozarla sino para sufrirla, para pagarla…», mi rey de la Verdad)… Claudia cogía prestados los libros de su padre, un anarquista disfrazado de burgués, heredero de varias lecherías… pero aunque no comprendiésemos el significado de aquellas reflexiones extrañas y profanas, yo tenía la sensación de que aquellos tipos barbudos e ilustres me hablaban a mí… «eh, nihilista aficionado, ¿qué haces en este mundo?».

»Abel no metía las narices en el almacén. Mi sueldo distaba mucho de grandes responsabilidades y no me pedía más que llevar un inventario al día, organizar los pedidos y mantener limpio el local. Mandaba a Dolores de vez en cuando para traerme los albaranes y la lista de material para encargar a los proveedores… Al principio, como sabíamos las horas a las que le gustaba irrumpir en el almacén esperando sorprendernos sin hacer nada —lo que no era de extrañar, porque no había trabajo como para pasar el día allí encerrados—, cuando la escuchábamos cerca fingíamos contar tornillos, repasar albaranes… hasta que nos cansamos y empezamos a reírnos de ella. Ahora, al abrir la puerta nos encontraba en posiciones comprometidas: ella sentada de lado sobre mis piernas o a horcajadas colgando de mi cuello, o inclinada sobre la mesa y yo detrás, muy pegado y también inclinado, enseñándole a coger el lapicero. Y aunque teníamos la ropa puesta, ella debía imaginarnos perfectamente desnudos y a punto de pecar. Empezamos a comportarnos así solo para ver sus reacciones. Las primeras veces Dolores se tapaba la cara con las dos manos, pero en alguna ocasión se quedaba congelada con sus ojos felinos clavados sobre nosotros para confirmar lo que veía y relatarlo con todo detalle a mi hermano, o tal vez por pura curiosidad de índole sexual… Jodida morbosa puritana…

»No pudimos evitar que, después de uno de aquellos estúpidos ataques de risa, apareciese el verdadero deseo. Una tarde que no esperábamos su visita, nos encontró sin ropa tumbados bajo la mesa, de costado, mirándonos el uno al otro. Solo llevábamos así unos minutos, toqueteándonos como dos seres acabados de llegar de mundos distintos que necesitan reconocerse… dulce ser de piel nacarada, mi deseable Claudia… no supe amarte, no pude. Si Dolores llega a entrar unos segundos más tarde… Me hizo un favor, ¿y si la hubiese preñado? Nos vestimos enseguida.

»Dolores montó en cólera y salió corriendo en busca de Abel; no sirvió de mucho que aquella misma noche él me agarrase por la

pechera después de cenar, Claudia y yo ya habíamos decidido dejar de vernos.

»Al recoger sus prendas, había encontrado su diario entre los cartones que colocábamos sobre el suelo a modo de cama.

»“—Yo no pedí nacer… siempre quise con todas mis fuerzas no existir…”. “No estoy dispuesto a jugar a papás y a mamás y casarme con ella…”. “Me aterra su dulce mirada…” —leyó—. ¿Quién ha escrito esto en mi diario? —Lo lanzó al suelo, yo lo recogí y quise abrazarla, pero me empujó—. ¿Es eso lo que te hago sentir? ¿Miedo? —me lo arrancó de las manos.

»Miedo, sí. Durante aquellas semanas había querido poseerla con todas mis fuerzas, pero no había tenido valor. Me aterraba probar su dulce panal y quedarme atrapado allí para siempre como una mosca.

»Antes de marcharse, sentenció enfurruñada:

»“—Si no vas a pedirme matrimonio nunca, es mejor que me olvides…”.

La cinta se termina como si hubiese querido coincidir con el final de un capítulo. Caín coloca la otra cara, seguirá mañana.

Hoy Vanesa le ha traído un pastel de zanahoria, su postre favorito. Caín muerde con todas las piezas de la boca, solo dos caries.

—Leí *Por el camino de Swann* en el almacén. Descripciones dilatadas y escenas deliciosamente pintadas. La luz penetraba por el bajo de la puerta, el presente con todos los focos puestos acechaba ahí fuera mientras yo me deleitaba en los dulces rincones del pasado. Hasta entonces no había conocido aquel estado de melancolía, ese apesadumbrado vals que te mece de un recuerdo a otro hasta convertirse en un vicio. Nunca antes había sido consciente del poder que tienen los detalles para revelarnos la maravilla que nos rodea en cualquier instante, lo vivos que pueden permanecer en el recuerdo los destellos del ayer. Tuve que dejar de leer. Todo lo que Marcel narraba hacía aún más pesada mi propia realidad, como si se hubiese despejado la bruma que no me dejaba ver hasta entonces cosas aún peores y pudiese apreciar ahora, con cruel nitidez, la irritante e insoportable lentitud de la existencia.

»Mi relación con Abel no hacía más que empeorar, desde lo de Claudia en el almacén no me dirigía la palabra. Tuve que buscar un trabajo de verdad a pesar de mis reticencias. Pero ya no me importaba que se aprovecharan de mí, que me explotaran, solo quería salir del almacén.

»Me pregunto por qué no encontré oficios más amables. Cuántas veces había pensado ser veterinario de niño, y el primer trabajo que me ofrecieron fue manipular animales muertos en la carnicería del mercado Maignon. Pobres caballos viejos… cuando ya no servían para nada, los sacrificaban y los vendían en filetes duros y secos como caucho. Jamás me atreví a probar bocado, ¿y si Anís había acabado en una de aquellas paradas o repartido en varias de ellas? Engañamos a los animales, les damos cariño y luego nos los comemos. La idea me provocaba arcadas. Las otras carnes, la de vaca y la de cerdo, eran un lujo y solo se comían en las casas de las familias acomodadas como la mía.

»Para evitar el olor putrefacto y ponzoñoso de la carne del matadero, me introducía hojas de menta en las fosas nasales como los curtidores marroquís. Aun así, vomitaba casi cada mañana; al llegar a la parada del mercado salía corriendo a las letrinas y tardaba un buen rato en volver, y al verme la cara que traía se reían a gusto las dependientas.

»Durante los meses que estuve trabajando en la carnicería empecé a comer más verdura, y poco a poco dejaría de comer carne para siempre. Todas las verduras y legumbres que había rechazado en casa como un estúpido niño mimado me parecían manjares, porque así evitaba probar cualquier tipo de vianda. María no podía entender ese arrebato repentino: «También vas a madurar como la buena fruta».

Era muy dada a soltarte dichos de cosecha propia, ella. Otro día, cuando me vio inquieto por las injerencias de Claudia, me soltó: «Madurar es separar la parte ácida de tu juventud y quedarte solo con la pulpa». En aquel momento la frase solo me hizo pensar que a la señora María le gustaba mucho la palabra «madurar». Mucho tiempo después entendería que la pulpa era Claudia.

»En el segundo trabajo pasé de manipular carne de animales muertos a muertos humanos. Encontré un cartel en la cantina, se requería un mozo para ayudar en el cementerio; el trabajo consistía en abrir nichos y volverlos a cerrar después de introducir el féretro. Podría aprender algo de albañilería, a lo mejor convertirme en yesero, y estaría más cerca de aquellos a los que envidiaba secretamente. Pasaron ante mí ancianos, abuelos de sesenta y pocos años que ya parecían momias antes de abandonar el mundo, mujeres jóvenes, aquella ama de casa que había caído por la ventana al subirse al alféizar para limpiar los vidrios…

»La visión de la muerte no me afectaba y mi jefe Braulio, un enterrador todo pellejo y huesos, de calva brillante y mirada inexpresiva, pensó que acabaría relevándole pronto. Durante unas semanas también lo creí yo, hasta que llegó el cuerpo de aquel mozo de la fábrica. Había muerto intoxicado por los gases de la fundición y el calor extremo al atrancarse la puerta del horno. Tendría unos doce años. En su corta vida no había tenido más tiempo que jugar un rato con sus amigos en la calle y ser un esclavo. Se convirtió en un mártir para mí. En el entierro, su madre embarazada sollozaba con una mano en el vientre inflamado de una nueva vida, víctima de la cadena de sufrimiento natural; perdía a un hijo y pronto alumbraría a otro. Fui a verla poco después a la clínica, el bebé tenía los ojos de su hermano; pronto sus manos también tendrían los mismos callos, y sus pulmones se desintegrarían con los mismos gases.

»Dejé el trabajo en el cementerio, no quería ver más niños muertos. Pero antes de despedirme, robé de la garita un cubo de pintura blanca que usábamos para rematar los bordes de las lápidas. Una noche me dirigí a la fundición donde había trabajado el muchacho, quería pintar las paredes con una frase que no dejaba de repetirse en mi mente. Sin embargo, al pasar ante la clínica, cerca del muro tras el que se encontraba la sala de maternidad, mis pies se detuvieron. Me llevó un buen rato pintar cada letra bien grande sobre el muro de cemento de la clínica, en mayúsculas, la verdad que necesitaba compartir con el mundo: «FÁBRICA DE ESCLAVOS».

»Por la mañana, me acerqué a ver cómo reaccionaba la gente. Se quedaban allí parados, entrecerrando los párpados y con expresión de carnero degollado, intentaban comprender aquel rótulo torcido compuesto por letras desiguales. Leían la frase moviendo los labios

muy despacio, como si estuviese escrita en otro idioma. La sentencia permaneció allí pintada durante un par de semanas.

»Ahora hay otro edificio en su lugar, pero el muro sigue en pie; a veces me detengo ante él y sigo leyendo aquel grito de juventud.

»No sé por qué, después de escribir aquella frase sobre la pared de la clínica ya no pude leer en mucho tiempo; mi cabeza estaba llena a rebosar de una espuma de otras ideas agrias, pensamientos babosos y quejas amargas que necesitaba vaciar. No cabía una sola reflexión más en mi mente y necesitaba sacar toda la porquería que tenía dentro. Necesitaba un diario como el de Claudia, pero no supe que tenía que volver a escribir hasta mucho tiempo después.

Caín observa el triángulo isósceles de bizcocho desmembrado sobre el platillo blanco de porcelana, no se lo terminará. Menos mal que Vanesa se ha ido ya, se pondría pesada.

En la redacción, la crónica de sucesos en español no le lleva más de un par de horas de la jornada, el resto del día toma notas sobre la historia de su tío bisabuelo. ¿Cómo será Badalona? Se imagina unas vacaciones con Betty y los niños allí, visitando a ese antepasado vivo que gruñe cuando los niños alzan la voz.

Aunque Caín solo ha respondido a la primera de sus preguntas, Adam tiene suficiente material para empezar a escribir. Sin embargo, no ha escrito aún una sola línea y le abruman otras cuestiones: ¿Es apropiada la primera persona? ¿Sería mejor un diálogo a partir de la lista de preguntas? ¿Por qué Betty y él no han hecho el amor en semanas? ¿Por qué engorda a pesar de haber dejado su litro de Coca-Cola diario? «La chispa de la vida»... ¿Conoce ese eslogan Caín?

A las cinco va a buscar a los niños al colegio y se le ocurre recoger también a Betty en el gimnasio donde da clases de salsa, solo falta media hora para que salga y ya ha dejado de hacer frío. Para hacer tiempo pasearán un rato por el parque, la primavera está cerca y es un placer admirar los colores. Le basta observar a sus hijos jugar para ser feliz. La vida es bonita, ¿por qué negarse a participar en ella? No logra entender esa forma de negar todo lo bueno. Cuando escucha a Caín se siente miembro de honor de una masa de seres estúpidos y alienados. ¿Cómo hacer digeribles todos esos exabruptos en un libro? ¿Cómo se puede llegar a su edad odiando tanto la existencia? Y no es que no haya merecido llegar a viejo, nunca podría decir si lo merece o no. Lo que se pregunta remite a un tema biológico: si odias la vida, por fuerza somatizas toda esa negatividad, te consumes antes; la depresión te puede, se incorpora a tu carácter y a todo tu ser, literalmente, celularmente. Y esa actitud acaba contigo con una enfermedad fatal, por fuerza. Pero ese tipo de personas casi nunca espera a que llegue su hora, como Caín.

Un hombre se colgó de un árbol la semana pasada en Central Park. Hace poco leyó que en España la tasa de suicidios se ha disparado. ¿Caín lo intentó más veces? ¿Cómo es físicamente? Se lo imagina entrado en carnes, como él, pero con rostro mustio y amargado. ¿También es rubio y de ojos claros? ¿Se enfadará si le pregunta sobre su aspecto? ¿Es un dato relevante para unas memorias?

Veinte minutos más tarde de lo previsto, Betty aparece exultante por la puerta del gimnasio, una sirena mulata recién salida del mar. Al verlos, alza las cejas y se lleva las manos a las caderas, no suelen pasar a recogerla. Sonríe y besa a los niños. Un mulato de unos treinta años, alto y esbelto, dice «adiós» a Betty sin mirarla. Ella no le responde, Adam contesta con un «¡adiós!» con acento cubano.

Caín lee despacio la segunda pregunta de la lista de Adam: «¿Es feliz? ¿Cuándo fue más feliz?...». Eso son dos preguntas, dos gilipolleces…

Apoya el dedo índice en la tecla roja de la grabadora, oye un grito agudo: Vanesa dice algo desde el pasillo, no la escucha casi nunca a la primera. Ella piensa que está mal del oído, pero Caín oye perfectamente, solo se distrae mirándola y le gusta que le repita las cosas con su deje caribeño. La observa taconear sobre el suelo y detenerse junto al piano de cola Steinway que nunca aprendió a tocar. Sus dedos sujetan una pieza de ropa interior femenina de color rojo y abundante blonda como si se tratara de un asqueroso insecto. A sus cuarenta y muchos, viste tejanos ajustados y una breve camiseta roja con tirantes que realza su escote y deja a la vista su cintura estrecha y bronceada; luce ese mismo modelo todo el año, haga frío o calor, en distintos colores según el día de la semana.

—¿Se puede saber de quién son? —da un paso y muestra insistente a Caín las bragas rojas que cuelgan de sus dedos—. Me puse a limpiar esa habitación y cayeron de un libro… estaban dentro… Tanto libro y tanta porquería, tiene usted el síndrome del Diógenes ese…

Los cabellos negros lacios se le agitan como cintas de seda cuando está nerviosa. Podría pasar por mulata, pero su bella nariz pequeña y afilada hace pensar en antepasados indios.

—¿Son tuyas esas blúmer? —pregunta Caín—. Combinan bien con la parte de arriba…

Ella responde con una mueca y ladea la cadera derecha. A Caín le gusta provocarla para que su silueta adopte esa postura de hacerse la enfadada.

—¿Por qué tocas lo que no es tuyo?

Ella se las lanza y caen en su regazo, luego vuelve taconeando al «tesoro», como llama irónicamente Caín a esa habitación desordenada repleta de objetos abandonados al polvo y la oscuridad de los tiempos. Aún no ha leído la carta de Lola que Adam le hizo llegar; la guardó en el libro de Maupassant, fuera del alcance de Vanesa. No la leerá, al pasado hay que dejarlo quieto. Y después de todo, ¿qué tendría que decirle ella? Solo fueron amantes… Bueno, algo más que eso, casi novios… nada más. Los dedos de Caín acarician la seda y la blonda, tal vez Vanesa tenga la misma talla que Lola… No, ella era más ancha de cadera, también tenía más pecho, era más guapa y su piel más blanca.

Escucha a Vanesa renegar en la habitación. De nuevo, oye un grito seguido de un exabrupto. Quizá haya tropezado con el ocelote disecado. ¿Dónde se había quedado? Carraspea y aclara su voz antes de continuar con la grabación:

—Claudia había venido a buscarme una mañana a la ferretería y no me había encontrado. Abel me lo contó con aquella voz susurrante

y grave que parecía anunciar siempre un drama, vestido con el mismo traje negro que había llevado al funeral y que desde entonces se ponía casi todos los días por orden de Dolores. ¿Qué querría Claudia? Pensé que la había dejado embarazada… Menuda mierda, si ni siquiera lo habíamos hecho… ¿Podía haberla preñado con solo tocarla? No era ese el asunto, menos mal. Abel me dijo que solo deseaba despedirse, se había cansado de esperarme, añadió de su propia guisa. Sin terminar de cenar, me fui a verla. Su madre la dejó bajar a la portería cinco minutos, que aprovechamos para abrazarnos y mirarnos como si hiciese años que no nos veíamos. Cuando nos tranquilizamos, le empecé a hablar de los trabajos que había probado, del niño asfixiado de la fábrica, pero ella no escuchaba.

»"—¿Qué pasa?, pregunté.

»"—Me caso —y rompió a llorar".

»El afortunado era Ambrosio, un tejedor de la fábrica de La borra que había conocido allí hacía unos meses. Claudia había entrado a trabajar por mano de su madre, que había estado en plantilla hasta que dio a luz a su hija. Ambrosio y Claudia habían congeniado y ella, a sus veinte, empezaba a ponerse nerviosa con la idea de quedarse soltera. Qué clase de presiones había ejercido sobre ella su madre…

»Chan chan, chan chan… Mientras me hablaba de su decisión, no pude evitar oír la radio que sonaba allá arriba, a través de la ventana del segundo piso a la que su madre se asomaba de vez en cuando… Aquella musiquilla fue un veneno que penetró en mis oídos. Esa misma noche tomé la decisión de marcharme muy lejos. Había oído hablar de Cuba por algunos indianos que habían regresado tras la independencia; se hablaba español, no hacía frío jamás y la gente casi siempre estaba bailando.

Sus dedos vuelven a acariciar la seda roja, se imagina a Lola anciana, regentando un burdel en algún pueblo de Cuba. No; ya estará bajo tierra, alimento para unos gusanos que no pagaron por sus servicios. Muerta, como tantos otros con los que él se cruzó en su peregrinaje. Todos los que le importaron mínimamente se han ido ya. Aprieta las bragas en su mano. Algunos objetos que encontró por el largo y pedregoso camino que tomó siguen ahí, en el «tesoro». Piensa que muchos adquieren antigüedades porque a su lado tienen cierta ilusión de eternidad. No puede evitar verse a sí mismo como una antigüedad, un vestigio del pasado bien conservado, ya sin alma, otro trasto que acumula polvo en la oscuridad.

Vanesa aparece de nuevo en el salón, esta vez sujeta en sus manos el ocelote disecado.

—Me gustan los gatos, pero este es un poco siniestro… ¿Qué hago, lo tiro? ¿Por qué no lo llevamos a esos de Cash Converters?

—Eso, y llévame a mí también, a lo mejor te dan unos duros... Déjalo donde estaba, anda, no vaya a despertarse.

Mira la grabadora. Ha olvidado pulsar la tecla *Rec*.

Antes de marcharse, Vanesa ha fregado el único plato que ensucia Caín y le ha preparado el cubalibre de las cinco. Cuando se ha acercado para dejárselo en la mesita, junto al sillón donde pasa la tarde, Caín ha intentado pellizcarle una nalga, pero ella se ha escurrido como siempre. Para Caín ese es el mejor momento del día, una chica guapa le sirve una copa y se marcha sonriéndole, como si tuviese una oportunidad con ella tal vez mañana.

Pulsa *Rec*.

—La felicidad… que si yo soy feliz, me preguntas… ¿Y qué es ser feliz, Adam? ¿Unos brevísimos instantes de alegría que se pagan con una vida de sufrimiento y dolor? No vinimos al mundo para ser felices, sino para estar en él, no hay más…

La cafeína y el alcohol hacen girar en su mente imágenes de forma desordenada, Caín busca momentos en los que no fuese tan infeliz… la inmensidad del Atlántico, la luz del Índico, las carcajadas, los caminos de la India, el fin de la guerra, el sexo con Lola… Aquel «chan chan» vuelve, y su pie toca el suelo de forma acompasada como si tuviese una orquesta delante.

—Yo no fui a Cuba en busca de fortuna, sino para huir del infortunio… bonito juego de palabras, ¿eh, Adam? No, no buscaba nada, yo… sencillamente ya no me quedaba nada en casa que me importase lo suficiente. No estaba arraigado a nada. Y tanto era así, que me marché una madrugada con una pequeña maleta de cartón y un par de mudas, sin despedirme de nadie. Tan solo dejé una nota a Abel en la mesa de la cocina:

»*Me marcho lejos. No me busques. Puedes vivir aquí con Dolores cuando os caséis. Me llevo lo puesto y algo de dinero de la caja, lo considero salario por los cuatro meses en el almacén. Cuídate mucho y cuida de Claudia. Tu hermano, Caín Rigau*.

»Llegué a La Habana el domingo diecinueve de marzo de mil novecientos veinte. El buque Reina María Cristina de la Compañía Transatlántica Española atracó en el puerto sobre las nueve de la mañana, tras una escala en Nueva York en la que no me dejaron desembarcar. Pagué trescientas pesetas por el billete, pero me prohibieron la entrada a la biblioteca y al comedor por mis pintas de baja estofa; tendría que haber robado algo de ropa a Abel, pero siempre tuve alergia a sus trajes... Recuerdo que la última noche no pude pegar ojo, porque unos campesinos asilvestrados con pinta de expresidiarios no habían parado de beber e intentar propasarse con una madre muy joven que traía a su bebé de seis meses. Tuve que sostenerlo mientras ella se defendía a patadas y golpes con ellos. Tal vez, durante esos dos minutos de mi vida, me sentí padre. Le protegí contra mi pecho y él me estaba sonriendo justo cuando ella me lo arrebató y se fue hacia otra parte del barco. Sé lo que piensas, Adam.

Podría haberla defendido a ella como un hombre, pelearme a puñetazos, pero ella sabía hacerlo sola y me había confiado a su niño… Diría que vio en mí una bondad más apropiada para proteger que para atacar.

»Desembarqué muerto de sueño y me di cuenta, ya habiendo tocado suelo firme, de que no llevaba la maleta. Intenté volver a atrás pero no me dejaron embarcar de nuevo, así que me mandaron a objetos perdidos. En la garita del puerto me atendió un negrazo alto y de cabellos blancos llamado Excelsio. No había ninguna maleta allí del tamaño que buscaba, con una «C» y una «R» rasgadas junto al cierre derecho. Me marchaba ya, cabizbajo, cuando me preguntó si tenía adónde ir. Necesitaba un mozo formal y responsable; además, yo era alto y llegaba al mostrador, no como los niños desnutridos que vivían cerca del puerto. Solo tendría que sustituirle algunas horas de la mañana en las que se ausentaba «por un asuntillo mío», dijo en voz baja con cierto orgullo. Debí adoptar una expresión bastante perpleja, porque aquel negro de metro noventa rio mostrándome su dentadura de piano siniestra, con muchas más teclas negras que blancas… No podría pagarme, pero me ofrecía la propia garita para dormir sobre una delgada colchoneta militar. Acepté de inmediato.

»Excelsio se marchó a atender sus asuntos y yo pasé todo el día allí, sofocado, no tenía idea de lo que era un clima tropical. Veía pasar a los recién llegados cargados con sus equipajes y sueños de inmigrante en busca de prosperidad. Cuba ya no era territorio español y ahora llegaban inmigrantes de todas partes: parejas jóvenes, ahorradores vestidos con traje de domingo que venían a invertir, burgueses disfrazados de proletario para no llamar la atención, familias con niños arrastrados del brazo que no tendrían que ir a la escuela a mezclarse con pobres y negritos porque traían hasta la profesora… Pasaron unos operarios con un gran tablón de unos tres metros por seis de ancho cubierto por una sábana, que cayó por la parte derecha, se trataba de un espejo. Al verme allí reflejado, rodeado de desconocidos, de suciedad, de perros, ratas y barcos zarpando a no sabía dónde, sentí un desasosiego irrefrenable; me faltaba el aire, empecé a sudar… ¿Dónde me había metido? ¿Qué iba a ser de mí? Estaba perdido dentro de una garita de objetos perdidos, otro juego de palabras... Ya harás que quede bien, muchacho.

»Recordé lo poco que me importaba mi vida antes de dejar mi casa; había decidido, no hacía mucho tiempo, terminar con ella para siempre. Pensar aquello me hizo reírme de mí mismo por primera vez. Me había abandonado a mi suerte y tenía que ser consecuente. Así que ya no importaba lo que le sucediese al joven Caín…

»Llegó la noche, cerré a las ocho como Excelsio me había indicado si él no había vuelto antes, y me acurruqué sobre la colchoneta, entre

los paneles de madera que se alzaban a cada lado formando un rectángulo y que albergaban objetos de viajeros en casillas etiquetadas con el día y la hora de recepción. Paraguas, llaves, zapatos sueltos, documentos, anteojos, sombreros, pipas, monederos vacíos… todos, pude comprobarlo… Y en el suelo, aquella maleta tan parecida a la mía pero con otra inscripción escrita con pintaúñas rosa: “L. C.”

»¿Cómo sería la señora “L.”? ¿Pertenecía a la burguesía? La maleta era más bien barata. ¿Se trataba de una doncella? Me desperté haciéndome esas preguntas antes de que Excelsio viniese a abrir a las siete en punto de la mañana y me diese un par de instrucciones. Luego se marchó, y me dejó otra vez dentro de aquella caseta de madera medio podrida del puerto.

»Era mi segunda mañana en Cuba, mis ojos querían mantenerse bien abiertos pero casi me había dormido allí de pie, apoyado sobre el mostrador de la garita. El calor y el cansancio que aún acusaba por la travesía me habían abatido por completo. El olor a mar, mezclado con el de la podredumbre que se acumulaba al pie de los barcos, me abofeteaba de vez en cuando y me mantenía despierto hasta que se me volvía a caer la cabeza. Una voz femenina que me recordó a la de mamá me sacó de aquel sopor:

»“—Buenos días, guapetón… ¿no te habrá *llegao* una maleta con una ‘ele’ y una ‘se’ de color rosa? —Ahí la tenía, una joven doncella con un vestido de noche rojo, zapatos de charol negros con tacón, melena negro azabache y una tez blanca que brillaba al sol como carísima porcelana china—. Me llamo Lola Carrasco”.

»Debía tener unos veinticinco o veintisiete años. Todos los hombres que pasaban tras ella la piropeaban o se quedaban mirando embobados aquellas proporciones de lozana andaluza. Le di su maleta y olvidé que me firmara el recibo; fue ella quien me lo recordó, mi aturdimiento la había hecho compadecerse de mí:

»“—¿Qué haces aquí, muchacho? El negro este no debe pagarte ni una perra chica —se acercó un poco al mostrador y habló en voz baja —. El otro día vino a la casa y quiso joder gratis… —Mi vista había caído sobre su escote rociado de gotitas de sudor. Ella se miró el pecho y me devolvió una sonrisa. Luego se puso seria, y cuando esperaba que me llamara la atención por mi descaro me preguntó—: ¿Sabes hacer alguna chapuza, pintar, colgar cuadros y esas cosillas? —Mis ojos volvieron a su boca, carnosa y dulce como su voz—. Vente, anda, guapetón…”.

»De camino al centro de la Habana Vieja, Lola siguió hablando: había llegado hacía una semana para trabajar en la Casa Tellier… Me presentaría a la señora Carme; era una madre para todas, por qué no podía serlo también para mí, vendría bien un hombre en la casa… Yo me preguntaba cómo una belleza propia de una artista podía ponerse

al servicio de una casa de putas y manejar un léxico tan pobre. Me pareció ver a Excelsio en un cruce soltando exabruptos y dirigiendo con malas maneras a otros negros que cargaban sacos rotos, por cuyos agujeros asomaban hojas de tabaco. Los negros, doblados y extenuados, salían por la puerta de servicio de un palacete; supe más tarde que servía de almacén de telas de una adinerada familia y, sin que esta lo supiera, también para al contrabando. No me había despedido de Excelsio y había dejado la garita abierta, así que agaché la cabeza y me distancié unos pasos de Lola, que seguro llamaría la atención de aquellos brutos, también memoricé bien el cruce para evitar encontrarme otra vez con aquel negro negrero; era el de San Ignacio con la calle de la Amargura, esa de la que no se sale una vez se pisa.

»Unas calles más arriba conocí a la señora Carme en la puerta de la casa, una de esas pequeñas mansiones de españoles de bien, de dos plantas y pintada de rosa. Tras las florituras de la forja unos postigos ocultaban el interior, pero una luz roja refulgía a través de las lamas. Pronto averiguaría que en la planta baja había un bar con una larga barra de caoba, y que en las alcobas de la planta superior se ofrecían los servicios de un prostíbulo de alta alcurnia que nada tenía que envidiar a los del Vedado. La señora Carme vestía una de esas batas de maternidad oscura y holgada, pero no tenía edad ya de tener hijos; una falda negra y ancha por debajo de las rodillas y zapatos sin tacón. Llevaba el monedero apretado contra el pecho y una cesta de mimbre colgando del antebrazo, se dirigía al mercado como cualquier madre de barrio. Tendría unos cincuenta y muchos y era alta para ser una mujer. Se me quedó mirando muy seria, y como Lola me había dicho que era catalana me presenté con un *Hola, em dic Caín Rigau, senyora*… Eso la enterneció y mi cabeza acabó entre sus grandes pechos. Advertí que debajo de aquella bata la señora Carme debía ser todo huesos, a excepción de aquel pecho tierno y generoso.

»“—*Quin nen més maco*… —Caín imposta una voz de mujer que suena burlona y Adam sonríe—. Ya nos iría bien un buen chico por aquí, que me tienen loca con tanto disgusto estas niñas…

»“—Dice que sabe pintar —mintió Lola.

»“—¿Ah, sí? Pues aquí tienes trabajo para un mes, *nen meu,* qué guapo… dale el cuarto de la Lorenza... se marchó sin decir nada, la muy putona… Eso sí, *noi,* ni se te ocurra tocar a esta diosa —hincó la uña sobre mi pecho y luego señaló a Lola—, es muy cara para ti”. —Rio y volvió a apretarme contra el pecho, me soltó con un empujón y se marchó canturreando una tonadilla de bolero…

»Mientras se alejaba calle abajo, recordé a una verdulera de la *plaça* que le caía bien a mamá, tenía un garbo similar en su forma de caminar. Luego Lola me dijo que hablaba tan alto y tanto porque

había tenido una parada de pescado en Mataró.

»Desde que había llegado a Cuba, no había tenido que hacer nada para conseguir un lugar donde dormir. No podía ser tan fácil. Pero la cosa no hacía más que mejorar. Cambiar de escenario había sido clave para que mi vida diese un giro, y en un par de días había olvidado ya los aciagos últimos meses, lo que me hizo pensar que la buenaventura tal vez me acompañaría más a menudo a partir de entonces. Tonto de mí.

Las escaleras no tienen fin, pero Caín las sube con determinación. Cuando se da la vuelta, los peldaños que ha dejado atrás se derrumban y caen a un vacío abisal. Vuelve a mirar al frente, falta poco para alcanzar el último peldaño, pero al pisarlo ese horizonte de mármol se desdobla en otro y en otro y en otro, la escalera se estira y alarga hacia el cielo. Caín se queda sin aire... ¡Clack! La tecla de la grabadora salta. Abre la boca, ansioso por recuperar el aliento, y alcanza el vaso de tubo. Recuerda que después del último trago se ha quedado dormido.

Camina hacia la cocina, descalzo siente más la leve cojera y casi tropieza con los flecos de la alfombra de seda que patina sobre el suelo de mármol; está tan pisoteada que las filigranas doradas ya se desdibujan sobre el rojo. Rellena el mismo vaso de cubalibre con Coca-Cola y se lo termina de un trago. Luego coloca la cabeza bajo el grifo, y el agua fría le devuelve a la realidad. Hace dos días que no se ducha, así que aprovecha para lavarse el pelo con el Fairy que tiene a mano. Vanesa le ha comprado champú con suavizante, pero él quiere sus cabellos ásperos y tiesos.

Son las ocho, cenará verduras del mediodía, Vanesa siempre hace de más. A él le gusta cenar lo mismo que come y acostarse pronto. Pero antes se sentará un rato junto a la grabadora.

Coloca otra casete y pulsa *Rec*. Se queda mirando en silencio cómo gira la cinta. No dice nada. El aparato sigue registrando el silencio. Hablarle a ese trasto es como hablar solo. Tal vez hablar solo sea una buena terapia para afirmarse en la realidad, mantener los pies en el suelo y no en una escalera imaginaria, evitar que la imaginación y los sueños le arrastren a uno al vacío y la locura.

Cinta número 2.

—«Habla para que te vea», dijo Sócrates —cuando Caín habla se ve a sí mismo. De nuevo el silencio se apodera del salón hasta que otro recuerdo lo interrumpe.

»Aquel burdel no había tenido nombre en sus inicios, cuando la clientela era en su mayoría hombres de negocios españoles. Ahora muchos de ellos habían vuelto a casa, y empezaban a llegar puteros de otras nacionalidades. Pero la casa seguía en horas bajas. Un francés, que había hecho fortuna en Haití y que había venido a comprar una plantación de tabaco, le había hablado a la señora Carme de un libro de relatos de Maupassant llamado *La Casa Tellier y otros cuentos eróticos*. La señora Carme pensó que un nombre francés podría conferir cierta clase y distinción a la casa, e hizo grabar una placa de hierro para la entrada con el flamante nombre de su negocio: "Casa Tellier, comidas y placeres".

»Aquella casa no tenía ya nada que ver con lo que había sido en el pasado. La habían construido los abuelos del marido de la señora Carme, pero solo estuvieron allí unos meses y volvieron a España. La señora Carme estuvo casada apenas diez años; su marido y ella habían vivido de la parada de pescado en Mataró y, al morir él y aún joven ella, la heredó. Emigró entonces, cansada de la rigidez del matrimonio y "de haber nacido mujer en España". No había tenido hijos y sus ideas eran bastante progresistas, a pesar de ser analfabeta. Le gustaban las mujeres más que a mí; la negrita Gladis, la chica menos agraciada de la casa, accedía a sus favores. La señora Carme tenía allí todo lo que necesitaba y juró no volver a Mataró nunca más.

Caín se sonríe. Uno es capaz de dejarlo todo atrás por sexo y aventuras. Mira por la ventana, si la señora Carme viese a las jóvenes mamás que acuden a recoger a los niños en el colegio de la esquina…

—Al poco de llegar, la señora Carme me pidió pintar de rosa el cuarto de Lola. Las paredes estaban amarillentas por el humo de las pipas y los cigarros habanos. Se me ocurrió que sería buena idea pintarlas de amarillo, para que la nicotina y mis carencias como pintor no pudiesen apreciarse. En toda mi vida no había pintado más que una de aquellas lápidas del cementerio y la frase subversiva en la pared de la clínica. Cuando le sugerí pintar de ese color el cuarto de Lola, la señora Carme dejó caer la mandíbula inferior a un lado, gesto que adoptaba al tomar decisiones. No sé por qué aprobó mi idea, aquellos brochazos amarillos resultaban inquietantes y Lola tenía que atenuar las luces para que sus clientes no se ofuscaran. Temí que aquella chapuza se convirtiera en motivo para tenerme que buscar otra morada. No era más hábil colgando cuadros. El primero y último lo colgué en el bar de la planta baja, una pintura de mala calidad de la explosión del Maine. La señora Carme lo amaba porque aquello había

propiciado la liberación de Cuba. Me quedó muy torcido y daba la impresión de que el cuadro también estaba a punto de hundirse pared abajo.

»Yo dormía en el sótano, un almacén para bebidas en el que había un camastro y un pequeño armario desvencijado que me agencié en el muelle días después de mi llegada. La señora Carme no me cobraba, incluso me prestó algo de ropa de clientes borrachos olvidada en las habitaciones; camisas anchas y pantalones que me iban demasiado holgados y cortos.

»Sabía que si no era útil allí pronto me darían puerta. Le di muchas vueltas a lo que podía hacer en aquella ciudad para ganarme la vida; no tenía más experiencia laboral que la de mi paso por la carnicería y el cementerio, y no era ningún manitas. Una noche oí a la señora Carme quejarse de la caja de la noche anterior, y le hice una propuesta: haría un cartel con los servicios de la casa y los precios, pasearía por la ciudad con él puesto como un hombre anuncio a cambio de alojamiento. *Mira que ets maco i beneit*, me dijo riéndose de mi ocurrencia de pardillo. Pero me sugirió que seguro que había un modo más discreto de conseguir clientes.

»Me puse a buscar hombres de negocios, turistas, despistados y náufragos agarrados a la botella en el Two Brothers. Empecé por el puerto y acabé corriendo la voz por toda La Habana. Alquilaba un traje negro un par de días a la semana para dar credibilidad a mi relato; con él puesto y bien peinado me parecía mucho más a Abel, así que evitaba mirarme al espejo. Me hice con un diccionario de inglés en la biblioteca: *Come on, follow me my friend… beautiful girls are waiting for us*. Me presentaba como un golfo burgués de vacaciones que dormía cada noche en la Casa Tellier, donde estaban las putas más guapas de todo el Caribe. Al cabo de un mes, faltaban chicas para atender a tanta clientela. Hombres de todas las nacionalidades pasaban por la casa, y la señora Carme acabó comprándome mi propio traje.

»Para seguir con mi papel, yo me dejaba ver en el bar de la planta baja con un roncito en la mano, un sombrero panamá ladeado y la Gladis colgada de mi hombro, las otras eran mercancía sagrada. Por mi forma de mirar a Gladis, la señora Carme sabía que no le pondría la mano encima. La pobre ni siquiera tenía un cuerpo bonito, solo su trasero salido y levantado la salvaba de pasar hambre. Era una buena chica y solía emborracharse conmigo, fue inevitable que un día le acabara confesando mi devoción por Lola.

»Me había obsesionado con ella; la miraba, escuchaba y respiraba como si no hubiese otra sustancia en el mundo. Había quedado atrapado en el remolino de dulces hormonas que se formaba a su alrededor cuando se daba la vuelta. La seguía a todas partes, menos

cuando tenía clientes. No me daba mucha conversación, pero era ácida y sabía reírse de todo. Hacía aquello para ahorrar un buen dinero y volver rica a Córdoba, donde se compraría unas tierras.

»"—A *vell mijo*, que la Lola es mucha *mujell* y no *quiede hombles* a su lado… Y la *señoda* tampoco le *dejadá* a *usté* ni *acelcalse*, es como su *hía*. *Dise* que no *tendlía* que *estal usté* aquí, que lo que le *hase* falta es una buena chica o se *peldedá*…" —me confesó la negra con su cubano de lengua pegada al paladar.

»La señora Carme era como una madre y la cabeza de familia en la casa. Lola era su hija predilecta. Mary, Susana, Marta, Josefa y Virginia eran como ahijadas o sobrinas. Gladis era… bueno, todos sabíamos quién era Gladis. Pero lo de la señora con ella no era amor; la abofeteaba delante de todos si se tomaba la merecida confianza de contradecirla.

»Yo era el hombrecito de la casa, el niño mimado, todas me trataban como a un hermanito, pero mis intenciones con ellas eran otras. Aquellas féminas con faldas rasgadas, escotes anchos, labios pintados, pieles sudorosas y melenas que olían a almizcle me tenían desquiciado. Estaba en el mismísimo infierno de las tentaciones y no veía el momento de perder mi virginidad.

»Gracias a mi nuevo papel de representante, reafirmé mi presencia en la casa; la clientela había crecido y la señora estaba contenta. Llegó la Semana Santa y ella se marchó unos días a Pinar del Río a ver a una amiga que se había casado con un terrateniente. Esa semana vendrían menos hombres debido a la festividad religiosa. La casa entró en reposo, podía escucharse el sonido de los ventiladores de techo, los murmullos y risillas de las chicas, los chorros de las duchas, las perchas deslizarse al ordenar los vestidos, la brisa meciendo las sábanas purificadas... Una tarde Lola me hizo sentar en una mesa del bar y me invitó a un vasito de ron. Jugamos al mus con las chicas y nos reímos de los americanos que se habían dejado caer por allí desde mi iniciativa. Después de cenar, me dijo que pasara por su cuarto para reparar un desconchado de la pared. Podía hacerlo al día siguiente, pero insistió en voz baja con una sonrisa velada y un "¿de qué tienes miedo?".

»Cerró la puerta a mis espaldas y empezó a desnudarme. Me quedé de pie, sin saber qué hacer... Luego lo intenté yo, pero no me dejó. Ni siquiera se quitó la falda, solo lo necesario. No me dejó tocarla apenas; se colocó a horcajadas sobre mí y lo hizo todo ella. Tampoco quiso que la besara, "no vayas a enamorarte". Fue expeditiva como con cualquier cliente, y al acabar se tumbó hacia el lado opuesto. Le ofrecí pagar y me echó del cuarto con una coz.

Caín se ve a sí mismo salir de aquel cuarto confundido, no dice

que la oyó reírse desde el pasillo, antes de bajar las escaleras. Aquella primera vez no había sido lo que había esperado en absoluto; sin embargo, deseó que se repitiese pronto.

—Tuvimos otros encuentros en ausencia de la señora Carme. En ninguno de ellos me dejó que la viese del todo desnuda, quizá dejarse alguna prenda puesta la hiciese sentir menos despojada de dignidad. No me enamoré, como ella pensaba; sin embargo, diría que ella sí. Me buscaba para ir a pasear en horas de descanso, y lo hacíamos entre las rocas del Malecón, en los lavabos de las tabernas, bajo remolques aparcados en la oscuridad…

»Pronto la señora Carme advirtió algunas miradas de Lola. Amenazó con despedirme y dejamos de vernos un par de meses, hasta que Lola empezó a bajar otra vez al sótano de madrugada. La señora Carme me había cogido algo de cariño y Lola era una mina de oro, así que acabó por aceptar la relación mientras Lola no abandonase sus obligaciones.

»Hacer recados no estaba mal, me paseaba por La Habana Vieja como si fuese Badalona. El ambiente no era tan distinto, solo cambiaba la temperatura; algunos edificios de estilo modernista me recordaban a la casa Matamala de la Rambla. Los lunes siempre había que hacer algún remiendo en la ropa de las chicas. Camino de la costurera aprovechaba para pasarme por la Catedral; me asomaba a su interior, a la frescura de su penumbra en la que no era difícil distinguir a algunos clientes de la Casa Tellier bisbiseando confesiones. En ocasiones, coincidían allí con sus propias mujeres como si asistiesen a un gabinete psicológico de esos, que empezaban a ponerse de moda entre los ricos. Pobres ilusos, las putas han salvado más matrimonios que los sexólogos y los matasanos comecocos.

»También era el mozo de limpieza de la casa. No se imagina uno cuánto vello y piel muerta se nos desprende del cuerpo hasta que se pone a barrer una casa de putas. Y, por supuesto, era también fontanero a tiempo completo; llegué a reparar una cisterna mientras en el mismo cuarto fornicaban como si no hubiese un mañana. Aun así, estar allí me compensaba. Qué tontos nos volvemos cuando nos sentimos útiles…

»Como Lola se entendía con muchos hombres, yo le temía a la sífilis. Me tranquilizó saber que los obligaba a lavarse bien, y que enviaba a Gladis a los más puteros y sucios. Creo que no sentí verdaderos celos en ningún momento, porque tampoco llegué a amarla. En cambio, ella sí era posesiva y no me dejaba estar demasiado cerca de Mary, un bombón de Reus de diecisiete años con rizos de querubín que se hacía pasar por americana. No podría haber fornicado con ella si no me la hubiese encontrado lejos de la casa una mañana que me mandaron a comprar. Coincidimos en una parada del

Mercado General de Abastos y Consumo, recién inaugurado; me miró divertida y me llevó a unas letrinas públicas, donde un niño vigiló la puerta de madera ajada a cambio de unas frutas y de mirar cuanto quiso entre las grietas. Yo también quería mirar, todavía no había visto completamente desnuda a Lola por sus manías, conmigo iba en serio y pretendía una especie de recato que nunca comprendí. Me maravilló saber que cada mujer era distinta tras contemplar la piel salpicada de lunares y sin rastro de vello en axilas y pubis de Mary, tan distinta a Lola, como comprobaría más tarde…

»Lola y yo compartíamos las madrugadas y los desayunos en el sótano, rodeados de cajas de cerveza, de vino y de alguna rata que asomaba entre los sacos de patatas. Todos allí sabían lo nuestro y lo aceptaban. Las tardes de los lunes ella libraba, y salíamos a pasear o a ver algún espectáculo al teatro Albisu, al Salón Norma o al cine Capitolio. Lo pasábamos bien, salvo cuando nos cruzábamos con clientes de Lola que la miraban ante las narices de sus esposas, con cierto orgullo y descaro. Como he dicho, saber que Lola se acostaba con otros hombres no me importaba —eso pensaba yo— pero presenciar cómo coqueteaban con ella fuera del trabajo era otra cosa. Me cabreaba sobremanera aquel sentimiento contradictorio, ¡si yo no quería nada serio con ella! Aun así, ese fue el inicio de nuestra crisis. No le dije nada, había accedido a vivir de ese modo, casi como un matrimonio, por ese “casi”; y sabía que en cualquier momento podía renunciar a la relación, o esperar a que lo nuestro se extinguiera y listos. Y así ocurrió: siempre se llega al desastre, no se puede evitar.

—El negocio iba viento en popa y la señora Carme se encaprichó con la idea de pasearse en coche, pero como no tenía ni quería marido y no sabía conducir, me encargó comprar un sedán para exhibirse ante las burguesas esposas de algunos clientes. En cuanto recibí su encargo, supe qué auto recomendarle. Le había echado el ojo a uno que estaba siempre aparcado en el portal de una mansión en el Vedado, al pasar por allí me imaginaba a mis padres dentro sonriendo a la ciudad donde su hijo vivía. Pero este no era un Hispano Suiza, sino un Packard modelo 645 Dual Cowl Phaeton, mucho más grande y lujoso; un cochazo de gánster con cuatro faros delanteros ideales en las largas noches caribeñas, y dos ruedas de repuesto que me vendrían muy bien en los viajes al campo que me esperaban. Hice una buena oferta a los dueños y me convertí en el chófer de la señora. La llevaba a todas partes, incluso a la mercería de la esquina de la misma calle; también lejos, a ver a su amiga a Pinar del Río. Hacía la compra, y una vez por semana llevaba el regalito del mes al concejal Linares que nos evitaba controles rutinarios. Este orondo despojo social excretado en las letrinas de la burguesía se dedicaba también al tabaco aparte de a la política; lo hacía de modo oficial y como contrabandista, tal era su pasión por el negocio.

»Yo, que no había querido participar en eso que luego llamarían “el sistema”, acabaría implicado en un negocio próspero aunque ilegal. La ciudad es un circo y todos participamos en la función; aunque creas que eres un mero espectador, si estás ahí tarde o temprano te va a tocar hacer de payaso o incluso de equilibrista. Yo, que nunca necesité fumar, acabaría vendiendo humo... Menuda mierda es el tabaco. De niño, los otros críos de la calle traían a veces tabaco verde para que lo probara, pero el humo de esos hierbajos asquerosos me hacía toser hasta casi arrojar las tripas por la boca y se reían de mí... Tal vez si hubiese fumado, ya hubiese muerto de un cáncer de pulmón, pero no lo soporto...

»La propuesta del gordo Linares llegó en plena crisis con Lola, ya no bajaba al sótano nunca y si lo hacía discutíamos por culpa de sus pretensiones conmigo; quería que tuviese un trabajo normal, que prosperase, empezó a tener sueños mediocres: salir de allí juntos, montar un negocio y convertirnos en una pareja como otra. Incluso habló de tener hijos pelirrojos y morenos... “Tenlos tú, los hijos, el mundo siempre necesitará esclavos”, le dije una vez. Menudo berrinche. De repente se había convertido en otra mujer, la implacable llamada de la naturaleza le giró el cerebro… Me había llegado a creer que la puta era la mujer perfecta; siempre dispuesta, cariñosa y contraria a procrear. No supe hasta ese momento que Lola no era una puta.

»Ya no estaba a gusto en la casa y tenía ganas de marcharme, pero

solo. Necesitaba dinero para hacerlo y no dudé en ensuciarme las manos con Linares. Solo necesitaba el Packard de la señora Carme para traer algunos sacos de tabaco desde la plantación que estaba en Vuelta Abajo, en Pinar del Río, una vez por semana. La señora Carme no puso objeción a cambio de un tanto por ciento mensual; después de las mujeres, el dinero era su afición favorita.

»Linares me esperaba en la plantación con su traje blanco y su sombrero Panamá, que nunca se hicieron en Panamá sino en Ecuador para los trabajadores del canal… Siempre de blanco y con el cigarro habano entre los dientes, impecable por fuera y sucio por dentro. Al verme llegar, se quitaba el sombrero y lo arrugaba entre las manos hasta deformarlo por completo; a su lado, los negritos sucios y andrajosos con los sacos a sus pies estaban listos para cargar. Así me encontraba a ese gordo asqueroso junto al almacén de secado de la plantación. Se suponía que aquel tabaco no tenía calidad para ser vendido y debía ser quemado, pero era tabaco tan bueno como otro. Linares lo fumaba a todas horas, con un puro encendía el siguiente, el muy canalla tenía una fábrica aparte. Se hacía con unos cincuenta sacos por semana y yo los llevaba a un local del puerto de La Habana, donde tenía secuestrados a un puñado de torcedores profesionales, cuya mágica artesanía convertía las hojas en genuinos puros Romeo y Julieta de primera calidad. Trabajaban como en las fábricas originales, a excepción de que allí no tenían un lector que les recitara novelitas y cuentos. Yo repartía las cajas por locales y clubes de moda de La Habana, mientras Linares iba aumentando de talla y se empezaba a asemejar a un Buda con aquella panza y aquellas orejas tan colgantes.

»Linares sabía lo mío con Lola, y ahora que ya no estábamos juntos y me había mudado a un hotelito de La Habana Vieja, el Telégrafo, pensó que podría restregarme que se la había tirado un par de veces. Le dije que si le faltaba el respeto a Lola, le partiría la cabeza con un palo. No volvió a hablar de mujeres delante de mí, y entonces pasó a hablarme de los negritos que se dejaban tocar por unos cuantos puros. Sabía que aquello me asqueaba, el gran cerdo… “Una Navidad de estas se te comerán vivo”, le decía yo a veces. Él se limitaba a pagarme y estrecharme la mano con la suya, viscosa como una medusa. Me cogió un poco de manía, pero tuvo que seguir confiando en mí porque era listo, y conseguir un compinche blanco y de confianza en la ciudad no era fácil. Yo le hubiese estrangulado de haber sido capaz… Aguanté solo unas semanas, hasta que me puse por mi cuenta.

»No me moví de aquel hotel hasta que me marché tiempo después. Estaba en un edificio de estilo barroco y art decó, y el vestíbulo podía pasar por el de cualquier hotelito europeo de categoría. Se estaba como en casa.

»Años más tarde Hemingway escribiría, se emborracharía y fornicaría en el mismo hotel, aunque en otra habitación… ¿Quedaría bien eso en un libro, verdad? A los mitómanos les encantaría. Pero no es cierto, él estaba en el Ambos Mundos.

—Desde que había escrito en las páginas del diario de Claudia, consideraba cosa de niñas llevar uno. Tampoco escribía cartas, así que solo usaba el escritorio de la habitación como barra improvisada; la botella de ron, unos vasos Highball de diamante, y la Coca-Cola (el cubalibre ya existía entonces, no lo inventó la Revolución). Pero una noche me encontré un cuaderno en una cantina, tenía las tapas de cuero de vacuno envejecido y solo una página escrita en una grafía semejante al cirílico... Al verlo allí, sobre la mesa desocupada a la que me acababa de sentar, sentí que si había un dios me acababa de prestar su libro de reclamaciones. Aquel iba a ser un campo abierto para gritar, una esquina donde vomitar todos mis venenos. Allí escribí el título del que sería un manifiesto de juventud: "La vida humana es una mierda, pero el mundo es un lugar hermoso". Al principio no eran más que fragmentos pomposos sobre el sinsentido que es la vida y ese ser incomprensible llamado humano, sobre sus actos cobardes y estúpidos… *Siento que no pertenezco a ningún lugar habitado, todo lugar me parece sucio, las ciudades huelen a orín de perro y a humo de fábricas… Solo en el bosque, en las cumbres, o en las selvas y desiertos reina la belleza. El resto no es más que escombro, basura que impide ver los destellos. Solo dejo de ver podredumbre cuando me escondo detrás de mi inconsciencia… ese soy yo, el hombre.*

»Más tarde profundizaría en aquellas ideas, denunciaría (como si fuese a servir para algo) el abuso que ejercemos sobre ese que llamamos "nuestro mundo", pero entonces mis quejas y reflexiones eran de índole más personal: *Solo deseo una vida fácil, porque ya sola se complica. Solo deseo no sufrir porque sí, ya que el dolor vendrá sin razón. Solo deseo no desear, porque todo lo que se tiene se puede dejar de tener. Solo deseo la alegría, porque la felicidad es solo una idea para vender. Solo deseo no hacer daño, porque ya fui odiado por ello. Y solo deseo no ser dañado, para no tener que odiar a nadie. Me quedo conmigo, con mis defectos y virtudes, penas y alegrías. Y así, si no consigo quedar en paz con el mundo, quizá al menos llegue a estarlo conmigo.* Pura chatarra sentimental.

Caín se pregunta dónde colocó el cuaderno de cuero… Le gustaría tener un Alzheimer galopante, pero lo visualiza en el cajón de la cómoda. Lo dejará ahí, está convencido de que esos párrafos que acaba de recordar los escribió tal cual los ha recitado.

—Al poco de estar allí alojado, Lola vino a verme. No la reconocí al verla sentada en la recepción, con el cabello más corto y vestida muy formal, falda negra de tubo y una camisa blanca a topos azules; parecía una joven dama de alta cuna. Fuimos a mi habitación y, sin mediar palabra, lo hicimos durante toda la tarde. Me dejó verla desnuda al fin. Si Dios se había encarnado en algún ser humano, lo

había hecho en aquella dermis nívea y reluciente, dura y suave como mármol pulido millones de veces.

»Después hablamos, o más bien habló ella mientras yacía a su lado con los ojos entrecerrados y sin ganas de hacer muchos planes. Sabía que había venido a insistir. Estaba decidida a dejar la casa y La Habana, y quería que me fuese con ella. Si su oficio había sido un problema, dejaría de serlo para siempre porque no pensaba seguir vendiendo su cuerpo. Había ahorrado dinero suficiente para montar su propio negocio: sería la *madame* de una casa de putas de primera en Santiago, ya había contactado a chicas. Nos iríamos juntos, formaríamos la familia que había soñado tener en Córdoba. Pensé que mi cara de vinagre le quitaría las ganas de seguir, pero aún tuvo aliento para seguir porfiando en su propuesta, para adornarla: no hacía falta volver a España si yo no quería, ya no le importaba, solo quería estar conmigo… "Qué negativo te pones", dijo al ver que mi rostro permanecía hierático. Por no acabar tan mal con ella, me inventé que tenía otros planes, volver a España como un indiano rico y esas cosas. Pero solo, no me veía yo casado. No me quedaría mucho tiempo ya en Cuba. Y para dar credibilidad a esa trola y quedar como un señor, le di mi dirección de Badalona.

En la consulta del médico de cabecera, la adolescente sentada junto a Adam observa el anticuado *walkman* con el que escucha una de las cintas de Caín. Las grabaciones sobre la Casa Tellier le han recordado su adolescencia, cuando todavía no se había acostado con ninguna mujer. Betty es su novia de la facultad y solo estuvo con un par de chicas antes de ella. Ahora llevan casi veinte años juntos y su relación pasa por un bache, no tienen sexo desde hace seis meses. Anoche entró en un *night* club y pidió una Coca-Cola Light. Le cobraron cincuenta dólares y se marchó sin acabársela cuando fue abordado por una mujer morena; nada que ver con la frescura y belleza natural de Lola. Unas palpitaciones seguidas de náuseas le despertaron de madrugada y casi no ha dormido. El electrocardiograma ha salido bien, le recomiendan dieta y ejercicio y le recetan un ansiolítico suave que solo debe tomar en caso de no poder dormir.

Por las noches, cuando todos se han ido a la cama, intenta escribir el arranque de las memorias. No ha pasado de una línea de texto que le parece mediocre: *Siempre deseó morir; sin embargo, sigue cumpliendo años, obligado a asistir a diario a una función que detesta… A punto de cumplir los cien, Caín Rigau mira atrás…*

La grabación sobre la guerra civil de la segunda cinta le ha descolocado, ¿por qué Caín apenas habla de ello? Una guerra en un par de escasos minutos… Ni siquiera revela en qué bando lucharon él y su hermano.

Betty tiene otra cena de amigas. Cuando acueste a los niños, Adam volverá a escuchar todas las grabaciones desde el principio. Siguen sin tener sexo. ¿Tiene Betty algún amante? El puertorriqueño del gimnasio… No; parece gay.

Adam intenta analizar los ruidos que una de las cintas ha registrado. Pisadas, respiraciones, la cadena del váter, algún exabrupto, ¿con quién está tan enfadado? Cacharreo en la cocina, una ventosidad… Quizá lo haya hecho adrede.

Betty llega a casa y encuentra a Adam en su despacho, riéndose con los auriculares puestos. No entiende su obsesión por ese proyecto.

—Creo que se ha tirado un pedo —dice Adam entre risas.

—Ese viejo está *crazy*… *Come to sleep*…

Adam no la oye. No ha recibido respuesta sobre las fotos de familia que le envió hace un par de meses a Caín. Tal vez ni siquiera haya abierto el sobre.

Caín lee la segunda carta de Adam en voz alta, se está acostumbrando a escucharse:

Querido tío:

He pensado que tal vez le gustaría ponernos cara. Al fin y al cabo, somos familia. Le hago llegar una foto. Ella es mi esposa, se llama Betty, los niños son Iván y Norma.

Nos haría muy felices que usted también nos hiciese llegar una fotografía suya reciente. Me intriga personalmente la posibilidad de tener algún rasgo suyo en común, ese tipo de herencias de familia, sería un honor.

No se dé prisa en responder, pero le ruego con todo el cariño que no deje de hacerlo.

Su sobrino que le quiere,

Adam Rigau.

Adam es rubio, casi pelirrojo, los ojos verdes y la cara redonda como Pepe, el sobrino de Caín y abuelo de Adam. Un gordito simpático de mirada inteligente a punto de entrar o ya entrado en la cuarentena, pero menos apuesto que su abuelo, no ha recibido la herencia completa... Esa corbata rosa palo que le ahoga tuvo que elegirla su esposa; «te estrangulan dulcemente», piensa Caín al contemplar a la guapa taína rubia de bote que sonríe a su lado. Piel morena y cabellos amarillos, Adam no tiene gusto. Los niños, entre los brazos de su madre, tienen los ojos de su padre, pero su piel tan oscura contrasta con esos cabellos castaños casi rubios. Tienen los ojos claros, tal vez verdes como su padre, y mirada de torturadores expertos; imagina sus gritos afilados y exigencias repetidas como gotas malayas.

La última foto que Caín se hizo la tomó Vanesa. Ella se sentó en su regazo y pegó su mejilla a la suya, estiró un brazo y disparó. A continuación, le mostró a Caín la pantallita de la cámara digital: el milagro de la imagen que no necesita revelado; pudo ver, a todo color, su cara y la de la hermosa colombiana, mejilla con mejilla. «Mírese, sale usted muy bien… Usted me miente con lo de su edad… Le enseñaré la foto a mi vecina, la señora Mayte, tiene unos sesenta y cinco pero aún está gustosa…». «Ni hablar», contestó Caín.

Deja caer la carta y la foto en el suelo, junto al sillón, y pulsa *Rec:*

—Aún no te he contestado la segunda pregunta… la segunda de tu segunda pregunta… ¿Cuándo fui más feliz?

»En el vientre de mi madre, tal vez… Quizá en los primeros años de escuela, antes de que comenzase el desasosiego; cuando aún nos creemos esas deliciosas certezas que los profesores nos cuentan de niños: dos por una es dos, punto; el blanco es la suma de todos los colores, punto; dios lo perdona todo, punto… Si en algún momento me sentí dichoso, tuvo que ser antes de preguntarme cosas, todas las cosas…

Introduce los largos dedos de la mano en el bolsillo de la bata de felpa negra que le compró Vanesa, junto a los tejanos de pitillo y la otra camisa, también a cuadros pero estos blancos y negros. La lista con las preguntas que le preparó Adam no está ahí. Ahora recuerda que la puso entre las páginas del libro de Maupassant, junto a la carta de Lola que no piensa leer. Guarda el libro en la mesita del dormitorio. No tiene ganas de grabar más esta tarde; a veces ve las palabras volar sobre el salón, las ve caer sobre la grabadora y colarse por esos diminutos agujeritos del altavoz, que las trocean y descomponen. Al escucharlas no serán ya las mismas. No tiene sentido acumular tantos recuerdos fútiles. Pero se está divirtiendo, no puede negarlo.

Hoy es día treinta y los inquilinos de los pisos del edificio habrán ingresado la mensualidad. Se ciñe bien el cinturón de la bata de conserje, se calza las zapatillas Nike Air Jordan que le protegen los tobillos en sus tropezones, y empieza a bajar a la portería. Aunque la mujer de la limpieza hace la escalera a diario, a Caín le gusta barrer la entrada de vez en cuando para recordarse que debe cuidar bien el legado de sus padres. La fachada es de hormigón gris, dos ventanales rectangulares por piso y un pequeño balcón entre ambos; remata el edificio un tejado de cerámica, inspirado en el de la fábrica de Anís del Mono.

Una de las hojas de madera de roble se abre y los cabellos rojos emergen de las sombras. Caín mira a un lado y a otro. Demasiado ruido. Vuelve a la oscuridad y barre el mármol de la portería, frotando la escoba contra el suelo como si estuviese enfadado. Pasan veinte minutos —«barrer lo barrido es como recordar», se dice—, y sigue frotando la piedra gris como si quisiese pulirla; «es un ejercicio sano», piensa, y cuando empieza a sudar lo deja.

Cena de pie las sobras de los espaguetis del mediodía y se prepara un cubalibre. Va en busca de la lista y vuelve a hundirse en su sillón.

—Siguiente pregunta… «¿Cree en Dios?» —da un sorbo—. Ya he contestado a eso… Otra: «¿Cuál fue el amor de su vida?» —bebe de nuevo—. ¿Y qué es el amor? Una droga de la naturaleza que une a hombres y mujeres para asegurar la especie, que nos mantiene unidos a otros para no matarnos por nuestras envidias e inevitables y trágicas desavenencias. Una química ineficaz, ya que siempre acabamos en discusiones, divorcios y guerras... Nadie sabe qué es el amor; cada vez que uno osa comprenderlo, corrompe su alquimia y deshace su hechizo. El amor de la infancia, ese sí es puro y poderoso, tanto como el hambre o el sueño… Necesitamos a los padres. Puede que llegase a amar a mis padres e incluso a mi hermano, pero enseguida llegaron las malditas trampas, el altísimo precio que se paga por amar, la fría moneda del dolor… «Si no quieres sufrir, no ames. Pero si no amas, ¿para qué quieres vivir?». Mi querido San Agustín, eso me pregunto hace casi un siglo: ¿Para qué quiere uno vivir?

Caín se termina el cubalibre de un trago. Cierra los ojos y ve como unos labios se acercan a besarle. No sabe si son los de mamá o los de Claudia, los de Lola o los de Jane... Aprieta los párpados para retener la imagen que se desvanece sin que ese rostro se defina. Al volver a abrir los ojos, pone de nuevo la lista ante él:

—Otra: «¿Qué lugar le ha impresionado más?». Lugares… lugares exóticos, paraísos terrenales, te gustaría que hablara de mis aventuras, que te contara historias de ultramar para pasar el rato… No fue ninguno de esos lugares. Si un lugar logró conmocionarme fue la Badalona que me encontré a mis regresos, siempre recibido por la banda municipal del azar con alguna desafinada sinfonía. La primera ocasión, a mi vuelta de Cuba. Lo que vi y sentí me rompió por dentro e hizo que me sintiese un verdadero extraño. Desde el primer momento en que volví a pisar mi ciudad, tuve la sensación de estar en otra mierda de planeta. La guerra estaba a punto de estallar y la tensión se colaba por todos tus putos orificios. Los rostros desencajados de los obreros, los burgueses ofendidos y amenazantes, el polvo y los gritos levantados en las calles durante las revueltas, cuánto odio acumulado floreció de repente como un brote borde y punzante…

»No había pensado volver. No me iba nada mal, me había acostumbrado a vivir como un dandi en el hotel. Me ganaba la vida de sobras con el contrabando, hacía negocios con verdaderos peces gordos del tabaco con mucha más clase que Linares. Hasta tenía mi propio coche; le compré a la señora Carme el Packard, cuando ésta se cansó de que las burguesas envidiosas la llamaran zorra y alcahueta tras exhibirse continuamente aposentada en el asiento de atrás. “Cruzar un océano para encontrarse a las mismas cochinas cotillas que

en Mataró", decía…

»Me había alejado tanto de la que había sido mi vida en Badalona, que cuando la recordaba me parecía la vida de otro. Pero una Nochevieja experimenté una estúpida nostalgia; al volver al hotel, solo y de madrugada, me emborraché de melancolía al ver a tanta gente abrazarse en las calles. En lugar de ir a reunirme con la que había sido mi nueva familia en Cuba, se me ocurrió escribir a la mía. En lugar de acostarme y dormir la mona, me senté al escritorio y quise relatar a Abel todo lo que había hecho en La Habana hasta aquel día de Año Nuevo. Rompí siete u ocho hojas del cuaderno; al final, solo me atreví a mandarle un abrazo y besos para Claudia y la señora María, que en ese momento no sabía que había muerto. Les dejaba mi dirección del hotel, convencido de que ya no me movería de allí; si querían escapar de la rutina y la mediocridad, estaban invitados a pasar unas vacaciones.

»Un par de años después todavía no había recibido respuesta. Ya casi había dejado de pensar en posibles calamidades acaecidas allí y me había convencido de que Abel había renunciado a mí. Pero entonces llegó a mis manos una misiva suya (aunque aún no estoy seguro de que fuese suya aquella letra) con la honrada propuesta de comprarme mi parte del negocio, que no dejaba de prosperar en mi ausencia. Se sentía en la obligación moral de dejar las cosas claras para quedarse tranquilo y, ya que estaba, con todo el beneficio. No quiero decir que pudiese exigirle yo nada de lo que él estaba logrando sin mi ayuda, pero sabía que en esa carta estaba también la mano de Dolores y sus ganas de quitarme del medio. Abel no lo hubiese hecho solo. No me haría rico, pero si aceptaba podría dejar de hacer negocios sucios y vivir unos cuantos años sin hacer nada. Solo tenía que regresar a España y arreglar los papeles. La carta de Abel iba a cambiarlo todo, y no precisamente como había pensado. Malditas cartas, menuda mierda son, no hay forma de escapar a ellas.

»Fui a despedirme de Gladis y se emocionó mucho; me había cogido cariño y se sentía muy sola en la casa, ahora que la señora se acostaba con otra negra venida de Camagüey. Además, había adelgazado y los clientes nunca se iban con ella, pronto la echarían. Le pregunté por Lola. Se llevó la mano al bolsillo de la falda y sacó un sobre color rosa. Lola se lo había hecho llegar para que me lo diese en mano si volvía a verme. Miré el sobre sin cogerlo, la letra de Lola pretenciosamente inclinada. Negué con la cabeza.

»"—La Lola me pidió que se la *entlegada* en mano, *asín* se *asegulaba* que le llegaba a *usté*, no se fiaba de que la *dilesión* que le dio fuese la *veldadeda*… Le *plometí* que se la *dalía* yo misma…

»"—Nada de lo que esté ahí escrito tiene que ver conmigo ya, morena. Haz lo que quieras con esa carta".

»Gladis se la guardó en el bolsillo. Con los años yo casi había olvidado a Lola, sabía por la propia Gladis que se había ido a Santiago, que le iban bien las cosas y que ganaba mucho dinero con el prostíbulo. Me bastaba con eso. Pero no sería tan fácil evitar aquella carta, ya que en el sobre figuraba mi dirección real, la que te permitió dar conmigo, en eso no engañé a Lola. Aunque si esa carta hubiese llegado a mi buzón, la hubiese roto… Y aquí está hoy, entre las páginas de un libro, sin que su destinatario la haya leído aún.

»Vi a Gladis tan desesperada que se me ocurrió invitarla a venir a España. Sus ojos entristecidos se transformaron, como si saliese de un agujero y tuviese que acostumbrarse a la luz después de mucho tiempo. Pero su rostro enseguida volvió a ensombrecerse. Aceptó casi de mala gana. Aun así, le pagué el pasaje, la podía colocar de *minyona* en casa de mi hermano. No sé por qué me conmovía tanto aquella negrita, ni por qué me empeñé en ayudarla. No vale la pena ayudar al prójimo, es desagradecido siempre y es una pérdida de tiempo ir buscando por ahí a quienes merecen caridad. Además, ayudar es de hipócritas y egoístas; lo hace uno para sentirse mejor consigo mismo, no para compartir nada. Somos animales, se nos olvida, y cuando la situación es extrema y hay un único mendrugo de pan, algunos no se lo cederían ni siquiera a sus propias crías.

»Nos plantamos en Badalona un cinco de mayo de mil novecientos treinta y seis. Gladis no soportó aquí más que unas semanas: Dolores era una racista y ni siquiera la dejó entrar en casa. Yo la había instalado en una habitación de mi piso y quise encontrarle otra familia, pero ella se negó. Mi piso era uno de los dos áticos del edificio, este mismo desde donde hablo. Mi padre lo había comprado antes de morir como inversión. Dolores y Abel habían vendido la casa sin mi permiso a unos industriales, al estar yo desaparecido, para poderse hacer con otros locales y convertir el negocio en franquicia. Ella tenía ojo para el dinero. Se habían casado, y su hijo José había nacido al poco de marcharme a Cuba. Ya tenía dieciséis años y era un mozo alto como su padre, pero más agraciado y rubio, con unas mejillas sonrosadas que se encendían cuando te dirigías a él y unos ojos verdes que iban a causar estragos entre las chicas.

»Me invitaron a cenar en su piso, esperaban que les hablase de mi vida en Cuba. José, al que llamé Pepe desde el primer momento para provocar a su madre, no dejaba de hacer preguntas y de golpear la pata de la mesa igual que hago yo, tiene gracia. Parecía un periodista, como tú. Solo les conté que estaba en el negocio del tabaco, que no me había casado y que mi intención era volver pronto.

»Yo pensaba que pisar España haría sentir libre a Gladis, pero desde que llegó estuvo angustiada. La preguerra silenciosa que se vivía en las calles, las miradas que le lanzaban en el mercado o en la

panadería por ser negra y las sonrisas sardónicas de las burguesas racistas que podían contratarla, acabaron por defraudarla. Se negó a adaptarse y trabajar (lo cual no le reprocho en absoluto). Decía que todas esas burguesas catalanas que tendría por señoras le recordaban su niñez en casa de unos ricos productores de ron, procedentes del Masnou, que según las malas lenguas habían sido armadores de barcos y esclavistas. No me venía de nuevo lo de los negreros catalanes, ya había oído hablar del pirata "Marutani" (así pronunciaban el apellido de Joan Maristany los indígenas de la isla de Pascua). Mientras Gladis lavaba la ropa o cocinaba aquellos platos incomestibles, canturreaba aquella vieja canción:

Desde el fondo de un barranco
grita el negro con afán:
dios mío, quién fuera blanco
aunque fuera catalán.

»Le dije que no todos los catalanes eran unos desalmados, y le recordé que entre los emigrados a Cuba también había gente humilde como muchos de Terrassa, que vendiendo telas a domicilio ganaban aún menos dinero que ella y vivían en peores condiciones que algunos esclavos que servían en casas. Pero su alma estaba lacerada por unos latigazos que no quiso mostrar y que parecían ya incurables. Yo no la quería en casa, le ofrecí dinero para que pudiese marcharse a otro lugar. Me pidió que le pagara otro billete, rumbo a Guinea, donde se proponía la ingenua empresa de encontrar a sus antepasados.

»Antes de partir, al abrazarme en el puerto, Gladis me metió en el bolsillo de la americana la carta de Lola. Hice como que no me había dado cuenta y pensé en deshacerme de ella por el camino, pero al llegar a casa aún la llevaba conmigo. No pude tirarla, tampoco quise leerla. Si Lola hubiese necesitado mi ayuda, Gladis me lo hubiese dicho. Ya sabía lo que iba a encontrarme dentro de aquel sobre: otra propuesta de formar una familia feliz, ¿verdad, Lola? Si leía su carta sentiría la imperiosa necesidad de decirle lo mismo que ya le había dicho, y añadiría alguna tontada que provocaría un encuentro a mi vuelta... Además, nada me comprometía a contestarle. Ella no sabía si Gladis había logrado entregarme el sobrecito, la negra me acompañó a España y no volvieron a verse. Así que no había ninguna prisa por leerla… No hay prisa cuando no hay nada que ofrecer. Colgué la americana en el armario con la carta en el bolsillo; no volví a ponérmela ya, y eso que parecía un pincel con ella.

»Intuyo que la carta acabó en manos de Dolores; le dejé la llave del piso por si no volvíamos ninguno de los dos hermanos... Nos habían dado por muertos, tuve que haberle escrito desde el hospital. Y como la carta venía de una mujer, y de Cuba, adonde yo deseaba regresar, supongo que a mi vuelta de la guerra la muy zorra olvidó

devolvérmela... Me acababa de convertir a la fuerza en una figura indispensable para aquella familia, ella no iba permitir intromisiones en los planes que tenía para mí…

»Pero me estoy adelantando. Lo que no logro entender es por qué Dolores nunca se deshizo de esa carta y cómo llegó la misiva a Cuba. Le he dado muchas vueltas. Tu abuelo Pepe era el único que conocía de mi propia voz la vida que había llevado en La Habana. Imagino que encontraría la carta en casa de su madre después de que yo me marchara a vagar por el mundo en el cuarenta, y se la quedó. Si así fue no pudo devolvérmela ya, estoy convencido de que lo hubiese hecho. Supongo que solo le faltó leerla para idealizar una nueva vida como la de su tío en La Habana y marcharse, harto de su madre y del negocio. A lo mejor fue en busca de Lola… ¿Por qué tuvo que leer la dichosa carta? Si no la hubiese leído, no hubiese llegado nunca a tus manos y de nuevo a las mías… ¿Por qué carajo tuvo que volver a mis manos la maldita carta? Tal vez sea hora de leerla...

»Antes de eso, antes de volver a abandonar Badalona, fui actor (o más bien espectador) de una exhibición donde el hombre mostraba todas sus habilidades de bicho macabro e impredecible…

¡Clack!

La cara A de la segunda cinta se termina de forma abrupta. Le irá bien descansar un rato antes de continuar. Las elipsis y una doble carga de ron atenuarán el dolor. Dos tragos largos, después inicia la cara B.

—Mi hermano y yo fuimos llamados a filas y destinados a la *Franja de Ponent*. Durante la primera semana, él no dejó de apretar el gatillo. Yo admiraba su absoluta falta de miedo a morir y su desenfreno derribando un cuerpo tras otro sin contemplaciones. Yo, que tanto había deseado la muerte, me escondía constantemente y no disparé una sola vez. Y el día que me atreví a asomar la cabeza por encima de una trinchera, recibí dos balazos: uno me rozó una manga, el otro me tumbó en el suelo. No sentía dolor, pero esperaba que de un momento a otro llegara el fin. Menuda mierda mi suerte, en unos minutos ya respiraba mejor. Algo me decía que no iba a salir muerto de aquella. Levanté la cabeza y vi cómo Abel me miraba, inclinado sobre mí con los ojos incandescentes como dos explosiones. No le escuché bien, creo que dijo “ahora vuelvo”. “Ahora vuelvo”… No volví a verle ese día, tampoco por el hospital. No volvimos a verle nunca más.

Bebe de un trago medio tubo del cubalibre, el ron le quema por dentro y la punzada en el pecho se desvanece.

—Perdóname hermano, perdóname por no ser quien quisiste que fuera, por no ser un padre para tu hijo, por no estar a tu altura en el frente… Dicen que el cementerio está lleno de valientes; las cunetas de muchas carreteras también. Quién sabe dónde estarás…

»En el hospital, los médicos me dijeron que la bala me había atravesado y que casi me había rozado una arteria. “Que había tenido mucha suerte”, de la mala, claro, menudos tontos… Pero me pasé casi toda la guerra en el hospital gracias a mis dotes interpretativas. Conseguí un control total de mi mente; fingía desmayos, me provocaba bajadas súbitas de la tensión solo con desearlo, todo lo podía con tal de conseguir no volver al frente. Una cosa es quererse morir, pero que digan que lo has hecho por una bandera y encima tener que matar por ella, mancharse las manos con la sangre de otro…

»Pasé muchos meses ingresado, y aproveché para leer todo lo que cayó en mis manos. Recuerdo cómo me identifiqué plenamente con el solitario y quejumbroso lobo estepario de Hesse, torpe para el suicidio como yo y condenado a vivir una vida indeseada. Mi alma gemela maldita. Y seguí escribiendo mi ensayo en el cuaderno de cuero, reflexiones dispersas, casi todas anotadas deprisa y a vuelapluma: *Un jabalí se detuvo a contemplar desde el cerro las lomas forradas de muertos, la llanura inundada de babas rojas… Déjales, se matarán entre ellos, pensó…*

Esta vez Caín duda de si escribió el párrafo así. Se resiste a levantarse e ir en busca del cuaderno que guarda en el cajón de la cómoda, pero ya está en pie. Necesita comprobar el modo preciso en

que anotó aquellas palabras, confirmar si su memoria ha empezado a fallar. Encuentra el párrafo, lo ha recitado correctamente. Sin darse cuenta, se trae el cuaderno al salón.

—Mi debilidad llegó a considerarse crónica, secuelas del disparo en el pecho; poco antes de que la guerra terminase, me mandaron de vuelta a casa. Al entrar en Badalona por los campos cercanos a la fábrica Cros me encontré con un pueblo en ruinas, acababa de ser triturado por un bombardeo y no había rastro de vida a la altura de la vista. Entre los escombros, una lámpara de araña que parecía reptar y moverse del sitio cada vez que me daba la vuelta, papeles y cacharros de hogar, ceniceros, vajillas rotas, charcos de sangre seca, ladrillos, baldosas, zapatos retorcidos y calcinados… Vi una mancha blanca, como una paloma posada sobre la ruina; a medida que me acercaba creí que era un guante de señora. Me detuve justo delante y comprobé que se trataba de una mano de mujer que sobresalía entre las piedras. Aparté algunos restos esperando que apareciese el cuerpo, estaba a punto de pedir ayuda para sacarlo de allí… Al tirar suavemente de los dedos me vi sujetando aquella mano blanquísima en el aire.

»Los pocos rostros que podías cruzarte por la calle también estaban deshechos, piel sobre pómulos. El bombardeo sobre el litoral había acabado con las fábricas sospechosas de producir material de guerra, también con filas completas de hogares y civiles. La que había sido nuestra antigua casa, convertida durante la guerra en almacén anexo de una de esas fábricas, quedó triturada. Busqué en aquel puré algún resto que me fuese familiar, y di con un caballo de cartón de mi infancia, aún entero, solo se había quemado una de las patas; me lo llevé, sigue en el «tesoro».

»Hubo ciento treinta y siete bombardeos sobre Badalona durante la guerra, y murieron ciento treinta personas. En uno de ellos, durante el otoño del treinta y ocho, en lugar de bombas cayeron panecillos envueltos en un papel que decía: "En la España Grande y Libre no hay hogar sin lumbre ni familias sin pan". Franco sabía lo que se hacía, nunca hay que subestimar a un tipo con cara de tonto, puede que otros tontos le ayuden…

»Sin embargo, el edificio de la familia seguía aún en pie, solo el tejado se había jodido un poco y hasta quedaba bonito, recordaba a un *trencadís*. Como una bandera triunfante sobre el llano, así se mostraba este edificio donde sigo viviendo, erguido y jactancioso entre el resto de casas en ruinas de la misma calle. El dichoso azar me tenía preparado un hogar seguro para seguir cumpliendo la condena de vivir. Y para hacerlo como nunca había deseado… Al llegar a casa, Pepe me abrazó como si yo fuese su padre. ¡Más difícil todavía, señores!

Por hoy tiene suficiente. Al levantarse del sillón, advierte el reflejo de la luna en el retrato de su madre que dejó sobre el piano de cola negro, impoluto y brillante. Se acerca y levanta la tapa lentamente. Sus dedos se hunden en el teclado y surgen unas notas improvisadas, no tuvo paciencia para el solfeo. Se sienta en la banqueta y prueba de nuevo. Pronto sus falanges se confunden en un remolino y parecen apropiarse de esa melodía, pero sabe que ese tema pertenece al caos y que si se detiene escapará a sus dedos. Intenta retener ese sentimiento como si fuese un aroma pasajero. Trata de aprehender esa música, hasta que se vuelve siniestra y distante; ya le sobrevuela, ya se va. Vuelve el silencio.

Vanesa entra en el piso y escucha a Caín hablar, camina deprisa hacia el salón. No suele encontrarle en casa a esa hora; se ven hacia mediodía, cuando él vuelve de su paseo matinal. Una vez lo sorprendió en el mercado Maignon, inmóvil y con la vista fija en el rótulo de una parada que ya cerró; en otra ocasión ante la casa de indianos convertida en asilo de la Rambla, donde asomado al patio parecía contar viejos con los dedos. Aprovecha que él no le ha visto, y le observa grabar con el micro en la mano; le recuerda a un cantante francés de esos con clase, entrado en años y aún atractivo. Cierra la puerta despacio.

—También Claudia se quedó sin marido, pero al menos supo que había muerto, se lo fusilaron. Se vino a vivir al piso de abajo, que quedó libre cuando la familia que lo habitaba se marchó a su pueblo. Le había costado quedarse embarazada y cuando ya se habían olvidado, ¡sorpresa! Tres kilitos de dolor y responsabilidad... Laurita era preciosa, tenía solo seis años cuando me tocó apadrinarla, una delicada y bonita miniatura de Claudia con bucles dorados idénticos a los de su madre. Claudia me pidió alquilar el piso y pagar como pudiese con sus labores de costurera. Estuve a punto de negarme… No pude.

»Me cruzaba constantemente a Dolores o a Claudia en la escalera, o las sorprendía juntas cuchicheando y urdiendo planes que con toda seguridad me incluían. A veces, Claudia se presentaba antes de cenar con algún guiso que había cocinado para mí. Me había quedado en los huesos, no paraba de beber güisqui de contrabando con lo que fuese, no había Coca-Cola. Quería marcharme, escapar otra vez a La Habana, pero no podría dejarlas así, no antes de conocer el paradero de mi hermano.

»Dolores sufrió lo suyo, claro que a escondidas; la escuché sollozar en el almacén de la ferretería unas cuantas veces. Pero era fuerte, no tenía sangre sino veneno... Recuerdo su expresión al verme en la puerta de su piso casi dos años después de habernos marchado, sin haber tenido noticias de los dos en ningún momento; me clavó la mirada, y aunque tenía los ojos inundados en lágrimas, esbozó una sonrisa torcida y me soltó:

»“—Ya sabía yo que tú volvías… Mala hierba… ¡Hala, a ver cómo te las apañas de padre!”.

»De algún modo, ella sabía que le habían matado a Abel. Le conté que no se supo más de su paradero y que a veces un soldado puede aparecer después de mucho tiempo, pero negó con la cabeza y murmuró que ella ya era viuda.

»Fui solo unas semanas a la tienda, me asfixiaba allí dentro. Ella se hizo cargo del negocio, prefirió que me limitara a ayudarla a traer género con un camión prestado una vez al mes. Aunque Abel no había

a llegado a pagarme mi parte, yo contaba con ahorros del contrabando para ir tirando hasta que pudiese alquilar alguno de los pisos. Así que pronto podría largarme, tan pronto tuviera noticias de Abel.

»Algunas tardes Claudia me dejaba a Laurita para ir a comprar. Ya era suficiente dificultad tener que soportarme a mí mismo para tolerar a otro ser humano en el mismo hogar. Y eso que Laurita era una cría muy buena; tan seria, con los bucles dorados cayéndole en orden sobre los hombros. Pero su mirada me inquietaba; me observaba a mí y a todo lo que tenía que ver conmigo con los ojos muy abiertos y acuosos, como si estuviese reconociendo a un falso padre.

»Un día no paró de llorar hasta que su madre vino del mercado. Los niños son unidades generadoras de felicidad, pero a cambio consumen tu alimento, tu cariño, tu paciencia, tu sueño y hasta tu cabello si convives con ellos más de dos horas al día. Esos dulces mocosos luego se hacen adultos y te dejan ahí, porque ellos tienen a otros mocosos que atender o cosas mejores que hacer… No encontré forma de consolarla, y cuanto más la miraba más lloraba. A medida que su llanto iba en aumento, empecé a imaginar a mi hermano muerto en una cuneta, destrozado por un obús o fusilado en un muro…

»Cuando llegó Claudia, aupé a Laurita manteniéndola a cierta distancia de mi cuerpo para no recibir una patada, y se la devolví a su madre como el que deposita en otras manos un aparato que no sabe cómo funciona. Cerré la puerta, me arrodillé sobre el frío suelo hidráulico del salón y ante los rayos crepusculares que entraban por el ventanal rompí a llorar como aquella cría. Berreé hasta rasgarme los pulmones tirado en el suelo, y solo dejé de hacerlo cuando vi que el ventanal estaba abierto y que me habrían oído todos los vecinos. Me asomé al balcón, no pude ver cuánta gente podría haber bajo la pérgola del bar de la calle porque el toldo estaba extendido. Asomé el torso y me incliné hacia delante por encima de la baranda, no sentí vértigo. Levanté una pierna y la pasé sobre la forja, luego la otra. Ya estaba encarado hacia al suelo con las manos a mis espaldas, bien sujetas a la baranda, y con los talones apoyados sobre el extremo de las últimas baldosas del balcón. Solté las manos y me dejé caer cabeza abajo, como el que se lanza a una piscina. Grité y me retorcí en el aire, luego sentí un fuerte golpe en la espalda que me hizo rebotar. Caí de pie como un gato, pero sobre mi pie izquierdo, que tuvo que soportar mi peso multiplicado por la gravedad. Proferí otro grito y me derrumbé ridículamente hacia un lado, en la acera, junto a una señora que tomaba café, que chilló y soltó una risilla para disimular su histeria.

»Rebotar sobre el toldo evitó mi muerte, y encima me rompí el tendón de Aquiles y treinta y siete huesos del pie izquierdo, que se

convirtió en un ser independiente de mi cuerpo; se inclinó hacia dentro unos quince grados, se volvió ominosamente torpe y adoptó un aspecto elefantiásico. Una vez más, el intento había resultado un fracaso y yo seguía en perfectas condiciones para continuar andando por la vida, despacio, aún más despacio, a paso lento, desesperantemente lento…

Caín se asoma a la ventana y observa la Harley negra del vecino aparcada en la acera. La Patria tenía un aire más robusto y europeo, al estilo de las alemanas. Vuelve a su sillón y continúa grabando.

—Después de la ridícula caída, pensé que si no había podido acabar con mi vida al menos podía ponerla en riesgo más a menudo. A lo mejor encontraba mi deseado fin si dejaba de buscarlo, la muerte era esa chica a la que en lugar de declararse es mejor insinuarse. Me hice con una de las últimas motocicletas Patria que se fabricaron en Badalona. Tenía un motor Villiers de quinientos centímetros cúbicos, con un faro de gas y otro sillín para el acompañante soldado al portabultos de la parte trasera. Circulaba con ella a toda pastilla por las calles; aún había muchas sin asfaltar y la hacía derrapar como papá con el coche. Un viejo que vivía en el *Camí Ral*, a la altura de la plaza del Ayuntamiento, me solía gritar "¡suicida!" cuando pasaba a todo gas por allí; yo me reía a carcajadas y aceleraba... Participé en una carrera que salía de la calle *Sant Bru*, quedé segundo porque a doscientos metros de la meta me distrajo la sonrisa luminosa de una prieta que me recordó a Lola.

»Al mismo tiempo surgió otra vez en mí esa necesidad irrefrenable de expresarme, de poderme quejar. De crío había querido ser un hombre de letras y de espada como un cortesano. Escribir y conducir mi caballo de hierro sería otra forma de realizar ese sueño. Anoté algunas ideas más para mi ensayo, tonterías y lamentos sobre el destino…

Caín hojea el cuaderno que ha recuperado de la cómoda y busca un párrafo, lo lee para sí y no puede evitar reírse de su propia opinión, aunque no ha cambiado un ápice en todos estos años.

—*La mayoría tiene una idea ilusoria de que disfrutarán de una bella eternidad. De que serán niños para siempre y que no crecerán, de que su juventud será eterna, de que les queda mucho para hacerse viejos, y que cuando sean viejos se mantendrán sanos hasta un final que podría tardar mucho en llegar. Y entretanto, un día se ven sorprendidos por esas bofetadas que golpean sin avisar. Y llega la triste pérdida del papá o la mamá, o de los dos, a veces aún jóvenes, la despiadada muerte súbita del niño amado a temprana edad, la desaparición lamentable del amigo joven, la inesperada pérdida del colega de paseos que ya no se presenta a la mañana siguiente... Todos son, poco a poco, víctimas de esa falsa ilusión de eternidad... En cambio, si no deseas estar aquí, una bala te atraviesa y pasa de largo, o caes de pie desde un quinto piso… Y te toca otro año que vivir, y llegará otra década, y tendrás que ver a tu propio hermano y a todos esos pobres ilusos que se aferraban a la vida desaparecer como moscas precipitándose en círculos por el desagüe. Y ahí te quedas, con cara de bobo, contemplando toda esa crueldad.*

»Aunque necesitaba desahogarme por la desaparición de Abel, no escribí más en aquel tiempo. Me agotaba discutir con Dolores sobre mi forma de hablar a Pepe de cualquier tema sin remilgos, o acerca de mis escaqueos con los pedidos que hacía llegar a la ferretería sin pisarla y delegando en otros a los que pagaba de mi bolsillo... "¡Tiras el dinero, ya se nota que nunca tuviste que ganarlo, caradura!", me gritaba. Teníamos debates casi filosóficos sobre el sentido de tener *stock* o no en el almacén. También me peleaba con Claudia: era como tener dos mujeres, pero sin disfrutar de ninguna. Se enojó sobremanera cuando hice que Laurita cantara la tabla del dos con la tonadilla de la Internacional. Me gustaba provocar a esas monjas asquerosas y pederastas. Le preguntaba casi cada tarde a la niña si alguna le había tocado las nalgas. Su madre me miraba con los ojos en llamas y Laurita negaba con su cabecita. Una vez nos confesó que había visto a dos monjas darse besos de amor en los lavabos.

»En cuanto a Pepe, yo lo trataba como a un amigo, o como creía yo que se trata a un amigo. No nos atrevíamos a hablar de Abel y me parecía que él lo llevaba bien, demasiado bien, pensé. Pero una tarde se puso a llorar como un niño sobre mi hombro. No es que echase tanto de menos a su padre; me confesó que lo que le hacía sentir peor era no echarle de menos como debería. Aquel muchacho había sufrido desde crío la falta de confianza y de cariño de sus padres; me cuesta imaginar a Dolores o a Abel abrazándole o felicitándole por hacer algo bien. Lo habían traído al mundo para ayudar con el negocio. Como cualquier crío, durante su infancia Pepe había pensado ser médico o bombero de mayor, pero no hubiese sido capaz de desilusionar a sus padres, que ya de muy pequeño le intentaban seducir con la idea de ganar dinero. Los sábados le convencían para pasar la tarde en la ferretería en lugar de con los amigos, a cambio de unos céntimos para la hucha que no podía tocar hasta su cumpleaños.

»Los pocos días que compartimos en las trincheras Abel y yo, me contó que él y Dolores habían querido tener tres o cuatro hijos y levantar un pequeño imperio. Menuda mierda son los motivos para procrear, buscar una extensión de uno mismo para hacerle perseguir algo que solo deseas tú, multiplicarse como una alimaña para que los tentáculos lleguen donde tú no llegas. Por suerte para la humanidad, Dolores había puesto el freno después de que casi perdiese la vida en el parto de Pepe. O tal vez aquello era solo una excusa, y Abel se había cansado de ella en la cama… Su matrimonio era una sociedad mercantil.

»Usé la moto para alejar a Pepe de la culpa. Me lo llevaba todas las tardes a encargar material, pero más de una vez nos íbamos de copas al barrio chino. Pepe ya tenía casi veinte, era hora de que se estrenara. Le expliqué todo eso del sexo y le hablé sobre las mujeres

que se venden a los hombres, también de las que no solo venden su cuerpo sino su compañía durante años…

»“—Qué digna e indispensable labor social ejercen las prostitutas —le decía—. Aparte de quitarles de encima a las otras mujeres toda esa tropa de desaprensivos y chalados, solo las mujeres de la vida pueden enseñarte a comportarte en la cama, cosa que seguro apreciarán las otras. Es importante saber casi tanto como ellas, o se reirán de ti cien veces antes de que comprendas por qué —le avisé…

»Un buen día, lo llevé a un piso del chino del que me habían hablado. Cuando llegamos solo había disponible una chica bastante gruesa, una Venus de Willendorf con picardías que, aunque nada tenía que ver con los cuerpos esculturales de la Casa Tellier, no dejaría de alegrarle a uno la existencia y sería ideal para iniciar a un muchacho. Mientras Pepe era desvirgado en una habitación, yo hablaba con la gerente. Me pasé más de dos horas intercambiando experiencias acerca de violentos, morosos y policías... Pepe no salía, me iba a costar cara la broma, así que al final tuve que sacarlo de la habitación. El muchacho apuntaba maneras. Yo me marché de allí sin hacer nada. No es que me negara a pagar por sexo, de hecho lo hago todos los domingos por la tarde. Pero no me gusta ser cliente de una casa de putas, me siento siempre acogido allí y me pongo melancólico. Prefiero las visitas de Jovana.

Camino de Correos, a Caín se le cae la cinta al suelo. Un muchacho de unos veintipocos la recoge, y al devolvérsela se da cuenta de que Caín no es el chico que le ha parecido ver. Los pantalones de pitillo, la camisa de cuadros, las Nike Air Jordan y el anorak sin mangas rojo como esos cabellos tiesos... Su *look* le recuerda al de un Sid Vicious que hubiese llegado a madurar.

Adam se pregunta por qué Caín sigue sin leer la carta de Lola. ¿Por qué se niega a saber? ¿A qué teme tanto tiempo después? ¿Y no le dijo nada Gladis del asunto? Quizá ella tampoco sabía nada… La cena debe estar lista, hoy le toca a Betty cocinar.

—¿Ha leído ya esa carta? —pregunta Betty después de cenar, mientras recogen la mesa.

—No estoy seguro…

—¿No crees que deberías decírselo?

Betty observa el rostro de Adam, blanco y sin expresión. Desde que recibió la primera cinta, Adam ha pensado muchas veces cómo revelarle algo así a Caín, pero no se atreve a mencionarle la verdad. Ahora que Caín vuelve a tener la carta de Lola, tal vez se decida a afrontar el pasado. Si pudiese decírselo en persona quizá se atrevería…

—Vete a la cama *sweetie*, estás agotado…

Adam se despide con un beso en la mejilla. Mientras se cepilla los dientes observa sus dos canas, y piensa que tiene demasiado miedo a hablar con ella sobre por qué no tienen sexo, sobre sus cenas y compromisos que quitan tiempo a la familia, sobre por qué se están distanciando. Tiene miedo igual que Caín, que no es capaz de leer esa carta. El miedo los atenaza a los dos, y eso no les llevará a ninguna parte. No le gustan los autores que van de malditos, pero recuerda aquella frase de Aldous Huxley: «El amor ahuyenta el miedo, y el miedo ahuyenta al amor». Se toma el Valium 5 y se acuesta.

Caín se acerca a la verja del patio del asilo y cuenta seis ancianos menos que hace un mes. Vanesa quiso citarle con otra señora de la peluquería, él insiste en que su vida sentimental está resuelta con Jovana. Es alta como él, con una cola de caballo azabache que le roza la pronunciada curvatura del inicio de las nalgas, y se contonea como una modelo al andar. Cuando lo visita, se viste con la ropa y los complementos que él le regaló: tacones altos, un vestido palabra de honor negro, una pamela, un collar Swarovski de brillantes de cristal y lencería negra de La Perla que encargó a Vanesa. «No te pases con la Viagra, no vayas a darme un disgusto…», le advirtió ella la primera vez que le vio, a lo que él contestó que si la tomara no saldría de allí en un mes.

Al llegar a casa encuentra otra carta de Adam en el buzón. El muchacho se está tomando demasiadas confianzas. Sea como sea, no puede esperar a leerla y la abre en el ascensor. Cierra las puertas de madera despacio para no lastimarlas, ya no hay recambios para ese elevador de principios de siglo. Aún puede sentir la tibia fragancia de la Gertru, otro bello ser que se fue antes que él… Ya no está. Qué sencilla y cruel es la muerte. No pulsa el botón del quinto, se sienta a leer la carta en el asiento del ascensor:

Querido tío,

¿Cómo se encuentra? Espero que esté pasando buenos ratos con las grabaciones. Tengo que confesar que le estoy cogiendo cariño…

«Blando sentimental…».

…Por mi parte, tuve un susto con una ligera opresión en el pecho, pero el médico me dijo que estaba perfectamente. Ahora solo me preocupan las canas que irrumpen en mis cabellos y en los pensamientos...

No sabe cuánto me alegra que me hable de su relación con el abuelo Pepe. Yo no le conocí, mi padre me contó algunas cosas, pero gracias a sus grabaciones ahora puedo conocer su pasado en Badalona. No sé si sabía que el abuelo Pepe murió en un accidente de moto en Camagüey cuando mi padre tenía solo trece años…

Los dedos de Caín tiemblan y los renglones se agitan, consigue serenarse.

…Antes de eso, según mi padre, el abuelo nunca mencionó a Lola, así que supongo que no llegó a conocerla y la carta solo le sirvió de inspiración para una ruta por todo el país. Llegó a Cuba en el cuarenta y la recorrió en su moto, la Patria. Le dijo a papá que aquella máquina era una encarnación en hierro de usted, y que sintió tanta pena cuando se marchó a Asia que no pudo evitar robársela para ver adónde le conducía…

«¿Y dónde carajo pensaba que le conduciría un hierro con ruedas? Pobre crío, por qué no se quedó en casa con su madre…».

…El abuelo se matriculó en periodismo y estudió solo unos años en La Habana, pero llegó a escribir para un rotativo donde luego también

trabajaría mi padre. Estuvo muy bien valorado y firmaba con otro nombre, José Ignacio del Valle, porque no le gustaba que supiesen que había nacido en España y no quería que se conociese su pasado burgués. A los pocos meses de llegar a Cuba se casó con una reportera gráfica, la abuela Sofía, y los dos cubrieron la Revolución. Luego ella se dedicó a la docencia. Fueron una pareja envidiable y muy querida en el barrio del Vedado donde vivían. Estuvieron pocos años juntos, supongo que no les sobró un solo día… Me pregunto por qué no ha encontrado usted a nadie… ¿Cómo se puede estar solo tanto tiempo?… Yo no lo soportaría.

Es todo lo que sé sobre el abuelo. Usted no me había preguntado, pero me pareció que le gustaría saberlo.

¿Ha podido leer la carta de Lola? Siempre es bueno conocer el propio pasado. A medida que le escucho a usted, yo mismo creo entender mejor de dónde vengo. Y se lo agradezco de corazón.

Le mando un fuerte abrazo,

Adam Rigau.

Cinta número 3.

Apenas ha dormido esta noche pensando en cómo pudo influir tanto a Pepe todo lo que le contó sobre su vida en Cuba. No quiere sentirse culpable. Imagina a su sobrino conduciendo la Patria por La Habana, muy tieso y atento por si veía asomar a su tío Caín por alguna calle, y no puede contener una risotada.

—Reír por no llorar… Pobrecito Pepe… Es tarde para llorar. Dichoso Pepe, se fue pronto, al menos pudo escapar durante un tiempo… A mi vuelta de la India, busqué la Patria como un loco… Así que con ella se mató… Casi siento lástima por la bruja de su madre, no volvió a saber de él ni de su marido. Como cualquier madre sufrió lo suyo, no me extraña que terminara sus días así… Terco Pepe… Tantas veces quiso que le enseñara a conducir y me negué, menos mal, me hubiese hecho sentir culpable. ¿Cómo mierda aprendió a manejar aquella máquina?

»Ya no regresé jamás a Cuba, ojalá lo hubiese hecho, me hubiese gustado encontrármelo allí.

»No tardé en dejar Badalona, me aburría sobremanera aquella vida gris de postguerra y una noche cometí un error imperdonable. Claudia vino a por Laurita muy tarde y preparó la cena, así que las invité a quedarse. La niña no comió nada y se puso a jugar correteando por el pasillo; de vez en cuando se asomaba para espiarnos y nos hacíamos los distraídos. Entonces recordé las posturas y manoseos en el almacén. Al ver pasar a Laurita una vez más, me aseguré de que no nos veía y besé a su madre. Claudia se apartó rápido, la niña no nos vio, pero después de acostarla volvió a mi piso. Y así ocurrió las siguientes veinte noches. Laurita se dio cuenta de lo nuestro y empezó a decir que hacíamos buena pareja, que se nos daba muy bien jugar a papás y mamás… Así se lo soltó una tarde en la portería a Dolores. Desde ese día, aquella zorra endemoniada quiso hacerle la vida imposible a Claudia; que si era una cochina que no llevaba limpia a su propia hija, que adónde se creía que iba a ir con un vividor como yo, que si los arreglos de costuras le daban para pagar un piso de lujo como aquel o es que pagaba de otros modos… Tuve que mediar, visité a Dolores una tarde en la ferretería y le dije que si volvía a meterse con Claudia le quemaría la tienda. Total, ya no era mía… En ausencia de Abel le había cedido mi parte a Dolores y a Pepe.

»Una madrugada me levanté para ir al baño y Claudia aún estaba allí, se había dormido y no había vuelto a su piso. Cogí mi maleta, algo de ropa, todo el metálico del que disponía y me marché sin dejar ni una nota de despedida. Era hora de proseguir mi camino, de recuperar mi amada soledad…

»¿Que cómo se puede estar solo tantos años? ¿Y tú? ¿Cómo puedes llevar tú tantos años acompañado? Te empieza a sobrar tiempo con tu taína rubia de bote, pero temes quedarte solo. Te engañaron como a

todos, ¿verdad? Naciste acompañado, pero ahora que ya no tienes padres, sabes que estás solo y que morirás solo… ¿Ya no te llena la vida de papi y maridito fiel? Eres fiel. Deja de serlo. Si no eres capaz de mantener una relación paralela, cosa que no te recomiendo, mejor visita un prostíbulo… Las señoras de la vida pueden obrar mucho bien en un matrimonio…

Le viene a la mente la pregunta de Adam: «*¿Ha podido leer la carta de Lola?*». La ha leído ya tanta gente: Dolores, Pepe, el padre de Adam, Adam… Levanta el índice de la tecla *Stop*:

—Que lea esa carta… "Los hombres vulgares han inventado la vida social porque les es más fácil soportar a los demás que a sí mismos". Cotillas entrometidos, estáis tan aburridos de vuestra vida que tenéis que husmear en la de otros como si fuésemos personajes de una novela... Todos habéis leído esa carta menos yo… ¡Y qué prisa hay! Qué prisa hubo nunca para nada… Si se te ocurre hablarme otra vez de esa maldita carta en una de tus tiernas misivas, te juro que nuestro trato habrá concluido…

El índice de Caín se hunde con fuerza en la tecla.

Caín ya no vuelve a grabar esa semana. Se levanta más tarde de lo normal, alarga sus recorridos, sigue hasta el Masnou andando. Un día sube a pie al monasterio de Sant Jeroni de la Murtra. Al dejar la ciudad atrás se encuentra en el camino al hijo de Gertru, una inquilina con la que tuvo relaciones hace más de cincuenta años. «Si el ascensor hablara», piensa Caín. Juanito, recién jubilado, le observa con atención, le ha reconocido. «Así que el *cerilla* sigue vivo… si papá llega a saber…», se dice. Le llama la atención la energía de Caín, cómo la pierna derecha impulsa con fuerza el cuerpo del siniestro *cerilla*, que no va a detenerse. Juanito lo saluda a su paso levantando una mano, como cuando era niño. Caín alza el mentón y sigue caminando.

En el escaparate de una tienda de informática le llama la atención un cartel que alerta del «efecto dos mil»; aconsejan apagar el ordenador antes de las doce de la noche del treinta y uno de diciembre. Ha escuchado que en el cambio de milenio podría ocurrir una hecatombe debida a nuestra dependencia tecnológica. Todo podría fallar: los suministros de energía, la maquinaria, casi todos los medios de transporte avanzados… Errores en los controles aéreos, fallos eléctricos masivos, presas ingobernables; accidentes, incendios, inundaciones... Precioso.

En la siguiente esquina han abierto un gimnasio, y a través del cristal puede verse a algunos gorilas agarrados a ramas niqueladas. ¿Ha llegado la hora de que el ser humano abandone este planeta? «Por la extinción humana en favor del resto de especies», recuerda cuando añadió aquellas propuestas a su libro de reclamaciones a Dios. Las páginas del cuaderno absorbieron la tinta rabiosa como la toalla el sudor de esos primates. Sigue considerándose un orgulloso misántropo.

Pulsa la tecla *Rec*, levanta una de las sillas de madera maciza y la deja caer sobre el suelo de mármol del salón. Permanece callado unos segundos. Luego suelta una risotada…

—¡Picaste, seguro! «El viejo ha caído tieso, ya era hora...». Eso pensaste, ¿verdad? Menuda mierda, ni siquiera el asesinato funcionaría conmigo…

»Acababa de dejar Badalona, harto de esperar noticias sobre mi hermano y de las broncas con Dolores y Claudia que querían que me casara con ellas. No les hubiese importado vivir juntas con tal de tenerme, aun matándose la una a la otra.

»El primer barco al que pude subirme al llegar a Las Palmas fue un carguero rumbo a Oriente y no me lo pensé, me hubiese embarcado en él aunque fuese a cambio de limpiar letrinas. Ahí conocí a Ronaldo, bestia entrañable. Compartimos camarote. Los dos huíamos; yo, una vez más, de una vida no elegida. Él, de Sudamérica, le perseguían por haberse acostado con la mujer de un terrateniente español y había tenido que abandonar su finca en Paraguay… Pero antes dejó tieso a un visitante inapropiado con sus propias manos, "un sicario del pueblo que no tenía media hostia", dijo. Me contó más cosas, íntimas algunas: sus problemas con las ladillas, con la bebida, con las deudas… Yo no podía prestar atención, en el barco no dejaba de repetirse aquella escena dentro de mi cabeza. Al verme tumbado en el suelo, con un tiro en el pecho, mi hermano se agachó y me miró a los ojos… Yo estaba asustado y tenía los ojos abiertos como platos, creo que ni siquiera era capaz de parpadear esperando mi anhelada muerte. "Ahora vuelvo", dijo. Ya hablé de eso, lo sé… pero hay más, hay más… El pobre debió pensar que ya no había nada que hacer, salió corriendo y disparando a todas partes... Si le hubiese cubierto en lugar de quedarme allí tirado, esperando el final inútilmente… Escuché tantas balas, nunca sabré si le alcanzaron y cayó allí mismo… Por qué no le llamé… Por qué no dije nada… Se me llevaron en otra dirección y no volví a verle. Saberle desaparecido me afectó más que saberle muerto. Hasta dejar Badalona no me había sentido responsable. Puede que mi cobardía le matara…

Es la primera vez que le cuenta a alguien todo eso. Rebobina y se escucha. El que habla es un cobarde, siempre lo fue. Y sigue sintiéndose como en aquel barco, sigue buscando una forma de olvidar.

—A veces, en cubierta, mientras Ronaldo hablaba y reía de sus propias anécdotas, yo miraba las olas desde aquella altura. ¿Sería el mar un suelo menos duro? Aunque se diga que ahogarse es la muerte más dulce, me aterraba saltar por la borda, quedar atrapado en la hélice del barco, morir lentamente…

»Ronaldo y yo nos caímos bien. Comíamos juntos, paseábamos,

nos contábamos hazañas de macho latino y jugábamos partidas eternas bajo la iridiscencia del cielo nocturno del Índico. No parábamos de beber güisqui y charlar. Él se pasaba la vida de barco en barco custodiando contenedores privados de gente adinerada, eso decía, aunque le vi apostarse uno de esos enormes cajones de madera a las cartas (así que tal vez también podría tratarse de mercancía robada). Lo que más le gustaba de navegar era la posibilidad de jugar timbas con mucho dinero, y solo se embarcaba en un buque si viajaban jugadores orientales. Según él, los amarillos eran los mejores, los más difíciles de ganar, pero también los que más arriesgaban.

»A pesar de ser un hombre corpulento, panzudo y con brazos como patas de elefante, no era nada rudo. Tenía una tez alargada y unas cejas muy finas y expandidas, y al fruncir el ceño sus ojos grises y verdosos centelleaban como si siempre estuviese en posesión de una escalera de color.

»Sumido en mi borrachera ininterrumpida de güisqui y pena, se me ocurrió ofrecerle todo el dinero que me había llevado conmigo a cambio de que me asesinara en algún momento en que yo no lo viera venir. Sus largas cejas parecieron dibujar unos signos de interrogación, pero no hizo preguntas; amaba el dinero por encima de todo. Le hice darme su palabra de honor de que lo haría sin que yo sufriese. Yo no tenía que enterarme, tendría que ser rápido: torcerme el cuello, un disparo a bocajarro, algo así, por sorpresa. Le enseñé donde tenía los fajos, los había colocado en un doble fondo de la maleta. No pensé que le interesara robarme, me había defendido de los malasios cuando me asaltaron en la bodega el primer día de navegación.

»Pasó una semana sin que nada sucediese. Me encontraba a Ronaldo a menudo, cuando estaba fregando la cubierta o los lavabos, o en la cantina comiendo y cenando. Él no tenía mucho quehacer, beber, jugar a cartas y asegurarse de que los contenedores no se habían movido. Cada vez que veía venir a aquella bestia de mirada felina, pensaba que me clavaría su machete de quince centímetros en el corazón al pasar por mi lado, o al abrazarme como solía hacer cuando iba borracho. Antes de acostarnos, yo me adelantaba y comprobaba que el dinero seguía en la maleta. Me preguntaba si lo cogería justo antes de asesinarme o lo haría después. Me costaba horas conciliar el sueño y a veces despertaba sudando y gritando; Ronaldo se incorporaba, se reía y al poco seguía roncando. No creo que en ningún momento tuviese intención de meterse en otro lío, de que lo pillaran, lo juzgaran en algún puerto tercermundista bajo leyes coloniales para acabar en una celda de mala muerte. Tampoco pienso que se planteara mi propuesta en serio.

»Una noche me levanté y no estaba; caminé hasta la cantina y le sorprendí jugando a cartas con unos malasios. Pensé que no era capaz

de asesinarme con sus propias manos y que estaba delegando en ellos. Se repartirían el botín. Eso me aterrorizó, los malasios son unos sádicos, me torturarían, me rajarían vivo, me cortarían a trozos, no tenía muy claro en qué orden harían todo eso... Volví al camarote, ya no pude dormir. Creo que pasaron unas dos horas antes de volver a levantarme.

»De madrugada, al entrar en la cantina vislumbré la espalda descomunal de Ronaldo. Detrás de aquel muro se levantaba el sol sobre el Índico verde, los primeros rayos del día rebotaban en su torso y los destellos dibujaban su contorno. Sentí cierto afecto por aquel hombretón que contemplaba plácidamente el amanecer, sentado a aquella mesa de ocho que ocupaba él solo. Aquella estampa parecía una pintura, *La soledad del borracho*… Si supiese pintar en lugar de hablar tanto... Había unos naipes sobre la mesa, unas botellas vacías y un charco de algún licor espeso. Le llamé por su nombre. Nada. Posé mi mano sobre su hombro. Lana raída, carne acorchada, cayó de lado. Tenía el cuello abierto y su propio machete clavado en el pecho. No era ningún licor lo que bañaba la mesa, sino sangre derramada.

»Desconozco por qué le mataron, pero por las miradas furtivas que le lanzaban los malasios deduzco que ya tenían encargo de asesinarle. Ronaldo acumulaba deudas astronómicas en distintos buques, y pensaba que este era de los pocos en los que aún podía viajar... Los orientales tienen primos en todos los barcos. Desde esa noche me encerré en el camarote con algunas provisiones que robé de la cocina, alegando que podía tener la sífilis para que me dejaran tranquilo. Pensé que vendrían a buscarme para interrogarme, para asesinarme o para ver si estaba fingiendo. Había pedido mi propia muerte y ahora estaba muerto de miedo, pero me dejaron en paz. Deduzco que todos estaban compinchados allí, porque cuando el hambre me estrujaba ya las tripas y me atreví a salir, nadie dijo nada sobre Ronaldo y yo no quise preguntar.

»Al llegar a Bombay me quedé un rato junto a la pasarela del barco, esperando por si bajaban el cuerpo de Ronaldo y alguien venía a buscarlo. Desembarcaron sus contenedores, otro de esos malasios que vestía traje blanco y zapatos de piel de cocodrilo los vino a recoger. Ni rastro de Ronaldo, tampoco nadie le esperaba, había muerto completamente solo. Me hubiese gustado enterrarle, despedirle con honores, dedicarle unas palabras, todo eso que se hace por un amigo. Con toda probabilidad su cuerpo descomunal fue lanzado por la borda, o tal vez aquellos salvajes lo habían troceado y congelado para servirlo en el menú de la siguiente travesía.

»Por una vez no me sentía cabreado por seguir vivo. Morir en manos de aquellos desaprensivos hubiese sido demasiado doloroso.

—Alarmista desquiciada, como vuelvas a traer a un médico a esta casa ya te puedes buscar otro trabajo. ¿Por qué has tenido que llamarlo? ¿No sabes que uno es el mejor médico de sí mismo? Y no tenía ni idea, ese imberbe… Que estoy como un roble… Si lo que tengo son gases… No caeré tan fácilmente… a menos que me envenenes, ¿no será eso? ¿Me estás envenenando?

Hoy Vanesa ha encontrado a Caín ligeramente inclinado hacia delante en el sillón y con las manos sobre el vientre, escondidas bajo la sudadera. Ella ha insistido en saber qué le pasaba, y al final ha confesado que ha tenido que ir al baño unas cuantas veces esta mañana. Vanesa ha llamado al médico sin decírselo.

—Si de verdad te preocupa mi salud, hazme un buen masaje, anda… —Vanesa levanta el dedo corazón y sonríe a Caín.

Antes de marcharse, le observa desde la puerta, tiene mejor aspecto. Caín levanta los hombros, ella le manda un beso.

No piensa probar ese arroz hervido; cuando tenga hambre, pedirá una pizza de verduras. Mientras tanto seguirá grabando.

—Los oficiales portuarios ingleses revisaron mi pasaporte una y otra vez, no entendían qué se le había perdido en la India a un español que había vivido en Cuba. El hecho de que fuese pelirrojo evitó que me trataran como a un paria (aunque tampoco lo hicieron como si hubiese sido inglés) y me dieron la bienvenida con una sonrisa sucia en la que pude leer un «cuidado con lo que haces, aquí la sífilis es peor».

»Bombay era una cloaca de la humanidad. El hambre, la locura y la enfermedad acechaban en todas las esquinas. Solo había caminado unas calles cuando una mujer se me acercó, acompañada por un séquito de niños. El mayor tendría unos ocho años, sus ojos eran dos bolitas blancas pulposas; colgaba de la mano de su madre tropezando con todo debido a su ceguera, que seguramente no sería de nacimiento sino provocada por su propia familia para desempeñar el oficio de pedigüeño. Los otros tres, más pequeños, seguían a la mujer cogidos al sari como si no quisieran que escapara. También llevaba un bebé en su regazo. Se plantó ante mí, me lo colocó sobre el pecho y lo soltó. Reaccioné de inmediato colocando los brazos para que no se cayera al suelo; pesaba más de lo que uno diría que pesa un bebé desnutrido, y desprendía un tufo rancio insoportable. Al apartarlo de mi pecho para devolvérselo a la madre, me percaté del rostro cetrino de la criatura: era una niña, estaba muerta. Mientras me escupía palabras y saliva a la cara (juraría que en su inglés precario me vendía a la criatura por unas rupias), yo me pegaba cada vez más a aquella loca para que cogiese de nuevo al bebé, respirando su pestilente aliento, toda su podredumbre y los orines secos impregnados en sus ropas. No hubo

forma de que lo tomara en brazos otra vez. Vi que el niño ciego se había descolgado de la mano de su madre, y le puse a su hermanita muerta sobre el pecho, la abrazó enseguida. Quise salir corriendo y quedé atrapado en el tumulto de animales y gentes, aquella loca monstruosa me alcanzó maldiciendo y gritando no sé qué barbaridades, y aún consiguió darme un bofetón con la mano abierta, la sucia mano izquierda… Fue como si me lanzaran un excremento en la cara.

»No soporté la ciudad más que unas horas. Después de aquel encuentro, vagué por las calles un buen rato sin rumbo alguno. Todos allí sabían adonde iban, incluso aquellos santones de aire fantasmal. Yo seguía a mis pies más despacio de lo habitual. Supe que ya no podría estar jamás a gusto en ninguna parte. La mayoría envidia a los que han visto mundo. Para mí viajar no fue más que vagar, una triste condena, una huida perpetua, eso fueron mis viajes…

»Esa misma noche tomé el ferrocarril en dirección sur. Tras semanas viajando en trenes y autobuses desvencijados, conviviendo con personas y animales que olían mejor que las personas, llegué a Kerala, donde me quedaría unos años.

»Al llegar a Cochin me encontré con un mercado, y aunque enseguida vi que era una ciudad mucho más pequeña, el temor a ser engullido por otra masa de mugrientos me hizo optar por perderme hacia el interior. Necesitaba aire puro; caliente, de acuerdo, bochornoso, me conformaba con respirar uno que no apestara. Subido en camiones destartalados, a lomos de burros renqueantes, camellos estresados y encima de carromatos sobrecargados, me dirigí a las montañas.

»Me instalé en Munnar, un diminuto pueblo rodeado de lomas forradas de té. La idea era dedicarme al negocio de esos hierbajos insípidos, pero ser español no me daba opciones ni siquiera para el contrabando entre los ingleses. Además, los vigilantes indios estaban bien adoctrinados por los británicos y eran sabuesos avezados; me dispararían sin más.

»Aunque tenía dinero, no había posibilidades de cambiarlo allí y no tuve más remedio que trabajar a cambio de alojamiento. Me puse a recolectar hojas con las mujeres pensando que sería menos duro. Al primer mes ya no podía soportarlo y solicité una jornada reducida, alegando ser un lisiado de la guerra (no era del todo falso, desde que volví del frente padecía una de esas fatigas crónicas). Me la concedieron por ser blanco y considerarme una especie de monstruo cojo, triste e invertido. Como levantaba tan poco peso y aguantaba pocas horas trabajando, todos creyeron que era maricón, y eso me dio muchas opciones con esposas e hijas prietas de piel suave y tostada que se enternecían conmigo; se confiaban y me trataban como a una

amiga, pero luego se veían gratamente sorprendidas entre las matas. Ninguna se atrevía a confesar sus escarceos amorosos con el blanquito de cabellos en llamas, eso me permitía entenderme con varias a la vez. Era muy cauto, solo me acercaba a ellas una vez conocía a sus maridos, y si eran polígamos las evitaba para protegerme de sífilis, chancros, clamidias y demás males. Me sorprendió descubrir que algunos de aquellos apuestos y celosos esposos eran bisexuales. Hubiese gozado a lo grande si me hubiesen gustado los hombres, pero yo prefería a sus mujercitas.

»Allí todos tenían algo que llevarse a la boca: cabritos, pollos, verduras, arroz, pescado de río… La rutina del campo es dura al principio, pero te hace caer rendido cada noche y dormir como un retoño. Pronto me acostumbré a aquella vida dulce y melosa como el sonido de un sitar. Intenté que me enseñaran a tocar ese instrumento, pero tuve que desistir, era tarde para aprender nada. Solo de niños podemos asimilar conocimientos, y en lugar de enseñarnos los que valen la pena nos llenan la cabeza de chorradas. Y a medida que nos hacemos mayores, nuestra cabeza hueca se va convirtiendo en un enorme almacén de chismes, vicios, paranoias, culpa, fantasías frustradas y otras porquerías… A mis cuarenta y tantos, solo podía aspirar a aprender a conocerme un poco mejor. Allí descubrí que era un maldito animal. Solo pensaba en fornicar. Sentía un deseo constante, me fijaba en aspectos de la feminidad que me habían pasado desapercibidos antes: la tersura de la piel detrás de la orejita, las infinitas pestañas, los piececitos gráciles y tan perfectos, cuántas tardes sentado a la sombra observando cómo se los lavaban… las cinturas bien estrechas tostadas y resaltadas con una cadenita de plata, los traseros respingones y con forma de almibarado melocotón embutidos en ceñidos saris de color rojo… Me convertí en un fiel practicante del Kamasutra en poco tiempo, supongo que por puro vicio y también por una pulsión natural. La naturaleza programa a los hombres para fecundar a las mujeres, y cuando ya estamos en el límite de nuestra capacidad fértil sentimos unas ganas irrefrenables de poseerlas, como si hasta la última gota de nuestro esperma tuviese que ser útil a la causa de este virus humano. Reproducirse hasta invadirlo todo, consumirlo y destruirlo absolutamente todo.

»No había un solo día festivo, pero el domingo solía escaquearme unas horas de la mañana y visitaba a un viejo maestro de sitar que vivía al lado de mi barraca. Me sentaba frente a él e intentaba imitar sus posturas de yoga, pero soy poco flexible y en ningún momento logré relajarme y meditar. A los pocos segundos en blanco caía alguna piedra inoportuna sobre mi charca de paz: la guerra, chof, Abel, chof, Claudia, chof, Pepe, chof, Lola…

»Las piedras en la charca de aquella gente maravillosamente

simple eran los ingleses. Sin embargo, nadie quería empuñar una hoz contra ellos. Por mucho que intentara envenenar subrepticiamente a mis compañeras para provocar algún motín contra los estirados virreyes británicos del té, no conseguía más que hacerlas reír. Pero aquel escuálido líder con gafitas redondas y apariencia inofensiva acabaría echándolos pronto sin darles una sola patada en el culo, eso dice la historia, aunque no creo que los británicos se fueran solo por la influencia del santo de Gandhi; a mediados de siglo empezaba a estar mal visto tener colonias y salía muy caro conservarlas. Pero las historias pacifistas gustan, sobre todo a Hollywood y a los ilusos optimistas.

»A pesar del látigo, eran felices aquellos seres puros. Me fascinó el contraste entre nuestras prioridades y las suyas, entre un mundo y otro. Ni siquiera los cubanos podían competir en inocencia con aquellas gentes. Pero pronto perdía de vista las sonrisas de los niños, y mis ojos quedaban cegados por aquella explosión de naturaleza. Me aterrorizaba la idea de que aquel vergel, que producía efectos opiáceos en mis sentidos, se echara a perder. En la India los humanos se multiplicaban como ratones; tarde o temprano sobreexplotarían los recursos y lo arruinarían todo. Fue allí donde por primera vez me convencí de aquella idea radical: debíamos extinguirnos en favor de otros seres, teníamos que desaparecer para que aquel esplendor de vida verde, tan cruel como la vida humana pero sin nuestra estulticia, pudiese prosperar…

Alcanza el cuaderno de cuero de la mesita y busca una página con el extremo doblado. Se aclara la garganta y lee el inicio de su tesis:

—*Por la extinción humana en favor del resto de especies: En occidente, el hormigón y el asfalto crecen como las plantas en esta selva oriental. ¿Quién ganará? ¿El hormigón o las hormigas? El mayor logro del hombre sería aceptar que el planeta no es suyo, quitarse del medio para siempre, dejar la Tierra a las hormigas, a las orquídeas y los cocoteros, a las ranitas y las mariposas, a los bueyes y los tigres…* Bla, bla, bla…

»La cosa ha ido peor de lo que pensaba. La inteligencia humana es una desgracia. El tamaño de nuestro cerebro no es más que una aberración, un error del azar. Un cerebro grande es una jodida desproporción, como el pequeño estómago del caballo, engendro estúpido que lo obliga a alimentarse hasta dieciséis horas al día para sostener semejante tamaño. Nosotros tenemos que dar de comer kilos y kilos de estulticia a nuestro cerebro a diario, solo para sentirnos satisfechos y superiores al resto de seres de la creación. Sí, puede que una capacidad intelectual superior nos haya permitido dominar el mundo (y destruirlo de paso), pero somos incapaces de ser la mitad de felices que un caballo… No hay más que ver dónde hemos llegado. A

punto de cambiar de milenio, la inteligencia humana solo ha logrado acercarnos más que nunca al apocalipsis. Felicitémonos por Hiroshima, brindemos por Chernóbil, admirémonos por ese colosal agujero en la capa del ozono, enorgullezcámonos por la desforestación a escala gigantesca, por los vertidos masivos en el mar, por las ciudades superpobladas… Bravo.

Adam espera a Betty a cierta distancia de la salida del gimnasio. Disimula ante el escaparate de una joyería, como si buscase una piedra preciosa para una mujer amada. ¿Ama a Betty? Después de tantos años a veces siente un amor fraternal. ¿Qué siente ella por él? Le quiere, no tiene dudas, pero todo es distinto después de tanto tiempo juntos. Se asoma. Ha dejado a los niños con la vecina, con la excusa de una urgencia en el rotativo. Mentir le da dolor de tripas. Barajó la posibilidad de contratar a un detective para no tenerlo que hacer él, pero eso sería demasiado. Y quiere verla con sus propios ojos, necesita confirmar que sus constantes cenas, repetidas ausencias y su esmero en acicalarse no son más que hábitos de una mujer a punto de cumplir los cuarenta.

Ojalá tuviese cerca a Caín; iría a verle esta misma noche, se tomarían un cubalibre, charlarían como hombres. Aún no tiene un arranque para las memorias que le convenza… El corazón galopa bajo su pecho. Si cayese fulminado por un infarto en esa esquina, se iría de este mundo sin saber si Betty le engaña. Y qué importa. Qué se gana con saber. Cuanto menos hurgas en la herida, menos escuece… ¿Qué prisa hay? Tiene razón Caín. Pero a su edad la hay. ¿Cómo decirle lo que pone en la carta? Dejaría de grabar, ya le avisó…

Ve salir a una mujer rubia y siente una punzada en el pecho, no es Betty. Está a punto de marcharse a casa cuando su mujer aparece. Va sola. Adam comienza a caminar hacia ella, pero el profesor de aerobic acaba de salir. El mulato puertorriqueño la sigue a unos pasos, ella se gira y ríe como una niña. Al llegar a la esquina él le rodea la cintura con un brazo y la besa, dejan de mantener las formas, siguen andando más aprisa y se pierden entre el río de gente. Adam se queda mirando la entrada del gimnasio, como si la Betty que él conoce y ama aún tuviese que salir.

Las siete, los niños, acelera el paso… ¿Qué hacer? ¿Le dirá algo? Espiarla también es una forma de traición. Y no tiene pruebas. Sí, sí las tiene, sus ojos lo son. Divorcio. ¿Sería capaz de vivir sin ella? ¿Podría soportar ver a los niños cada ocho días? Está rojo, detente o lánzate a los coches. Ver a Betty y a los niños unos minutos cada ocho días… ¿Qué haría Caín en su lugar? ¿Se marcharía de casa sin decir nada? No; él le diría algo punzante. «¿Cómo están tus amigas, te complacen tanto como yo?». ¿Se está volviendo un cínico?

Los treinta minutos de la cara A de la tercera cinta pasan volando a pesar de que su ritmo es más lento cuando habla de la India, como si siguiese los sosegados acordes del maestro de sitar. Saca la lista del bolsillo de la bata, lee la siguiente pregunta y deja el papel sobre la mesita para alcanzar el cubalibre. Como ha llenado el vaso hasta arriba, al levantarlo se derrama un poco sobre la lista. El líquido empapa el papel y la mancha ya invade el signo de interrogación de la pregunta que le toca responder. Aún no tiene claro si contestarla cuando reanuda la grabación:

—Aunque tus preguntas no son muy reveladoras, reconozco que después de hablar me siento distinto, menuda mierda; como al terminar la sesión con un psicoanalista de esos de los caros, que sin decirte una sola palabra te hacen soltar a ti todas las que llevas dentro.

»“Si volviese a vivir, ¿quién le gustaría ser?” —cuesta leer la palabra “ser” manchada de cubalibre—. Otro lugar común… Se nota que la escribiste antes de conocerme… ¿Dirías que hubo algún ser humano al que yo idolatrase hasta el punto de querer ser como él? ¿Crees que en algún momento me fascinó tanto la vida como para querer repetir? ¿Hubiese repetido su vida Nietzsche, que tanto insistía en aceptar la existencia tal cual es, de haber sabido que volvería a terminar sus días desquiciado y que su obra volvería a inspirar a descerebrados como ocurrió con los nazis? Y hablando de ese loco maravilloso, ¿te he dicho que el mismo día que él murió, nací yo? Así fue, nací poco después de que Dios fuese asesinado por los hombres. Pero nada significa eso, por supuesto.

»Como, debido a su casta, mi amigo Chandra (el viejo músico) nunca podría reencarnarse en príncipe, decía que en la siguiente vida le gustaría convertirse en un espléndido sitar encargado por alguna hermosa princesa de un Taj. Así, sería acariciado por sus dedos cada noche…

»No ser. Yo siempre preferí no ser. Estar vivo supone dolor y muerte, tener que luchar por la supervivencia y toda esa mierda. Puede que me gustara convertirme en una bonita piedra, eso es… No, espera, algo más grande. Una montaña, eso es, así todos me pisotearían a gusto. Un volcán, puede que me gustara más eso. Ser un volcán en continua erupción. Una abominación y al mismo tiempo un objeto de culto. Si lo pienso, ya fui un volcán que arrasó con todo. Fui amado por Claudia, venerado por Lola, adorado por Jane, y devolví todo ese amor con brasas de indiferencia y dolor. Lo sé. No estoy orgulloso. Todos hacemos daño. Cada día pisamos este suelo habitado por vida microscópica, y lo fregamos con detergente para no dejar rastro. Los *svetambara*, esos santos vestidos de blanco, barren el suelo que van a pisar para no aniquilar vidas de tamaño minúsculo, y hasta

se ponen mascarillas para no inhalar insectos. Somos dañinos, nos lo propongamos o no.

»La India. Todo allí fue revelador. Después de unos años de trabajo y asueto en el campo, tuve que tomarme unas vacaciones forzosas. Sin explicación alguna fui despedido. Con la independencia del país, aquellas tierras habían pasado a manos del gobierno y a las autoridades locales no les gustó tener a un blanquito europeo asalariado en el campo… Y eso que yo apoyaba firmemente el movimiento pacifista por la independencia y asistí a numerosas manifestaciones, hasta ofrecí quemarme a lo bonzo, pero se rieron de mí y me tomaron por idiota.

»Me apetecía reencontrar el mar. Me dirigí a las playas de Kerala y me quedé un tiempo bajo sus cocoteros. Un pescador me vendió su barraca de madera y me instalé a pocos metros del agua. Cuando subía la marea, la espuma lamía mis pies en mitad de la noche. Eso me ayudó a soportar mejor la sofocante estación húmeda. Descubrí la natación en el mar. Eran aguas tranquilas, solo unas pocas olas por la mañana, de esas muy largas, consistentes y espumosas como ondas de una caballera canosa.

»Una mañana desperté tarde y me dispuse a preparar el material para pescar mi comida; oteé la larga playa para localizar un tramo con menos oleaje, pero aquel día había una especie de tramontana india. Me desperecé y levanté la cabeza en dirección al horizonte. Una virgen desnuda se deslizaba sobre las aguas a gran velocidad empujada por el viento, alcanzó la arena y cayó a unos metros de mis pies. Me acerqué con precaución, buscando explicación a aquel suceso sobrenatural. Se trataba de una sirena rubia de ojos verdes. Se incorporó y comenzó a hablar en inglés, pero yo estaba hipnotizado ante aquella aparición.

»No pasaría del metro sesenta, pero estaba muy bien proporcionada y era muy bonita. Solo llevaba un biquini, algo más ancho que los de hoy, y tenía un cuerpo escultural. Volví a fijarme en su cabecita: cabellos sucios con rizos y nudos, una tez rosada con una nariz respingona y una cicatriz que la cruzaba la carita desde la ceja derecha a la mandíbula. Había llegado hasta mí sobre una suerte de tablón con los extremos en punta. Yo no había visto una tabla de surf en mi vida. Después de que se riera de mi primitiva reacción y me explicara cómo funcionaba aquello en un inglés básico que yo era capaz de comprender, le pregunté qué hacía allí, de dónde venía, cuál era su nombre, si tenía novio, esas cosas... Se rio, ya se había presentado mientras no le quitaba ojo de encima. Era americana, se llamaba Jane y tenía veinte años. Mi pequeña diosa yanqui. Su única compañía era aquella tabla de surf y un petate militar de lona. Entre mi inglés aprendido con los yanquis borrachos de La Habana y su

español del colegio, más o menos nos entendimos.

»Había viajado en un carguero, como yo, y en el camino había tenido que defenderse de varios intentos de violación usando el cuchillo de cocina que la abuela le había regalado antes de abandonar Santa Bárbara. El buque la había dejado en Bombay, como a mí, donde malvivió unas semanas antes de bajar al sur en otro barco. En Cochín conoció a una familia de pescadores que la alojaron durante meses. Hacía pocos días que había llegado a mi playa en el carro tirado por bueyes de unos campesinos que le parecieron de fiar, y había dormido en la arena, bajo los cocoteros.

»La invité a pescar conmigo y a comer. Verla devorar el pescado me conmovió, y le dije que era peligroso dormir allí: le podía caer uno de esos enormes cocos en su bonita cabeza. Sería más fácil morir así que a manos de algún desaprensivo; todos éramos mansos como los bueyes. Eso la hizo reír mucho, y a pesar de mi pinta de fugado de un frenopático para enfermos peligrosos, esa noche y las mil doscientas noches siguientes (las conté) durmió conmigo.

»Desde la primera noche se me abrazó agarrando mi torso con sus manos, en la misma posición fetal en la que yo dormía. Encajó conmigo como una pieza hecha a mi medida. Podría haberme enamorado, quedarme con ella, pero aquella forma de agarrarme suya, como si fuese a escaparme… No pude quererla, como a las otras. Creo que el verdadero problema con todas ellas es que no las creí. Si yo no era capaz de amarme a mí mismo, ¿quién coño iba a hacerlo? Cuanto más me querían, más estafado me sentía y más las rechazaba.

»No es que Jane fuese una mujer muy inteligente; era viva, pero demasiado fantasiosa y sumisa... Decía a todo que sí, como si me estuviese siguiendo siempre la corriente. *Flow*, me decía. Creía que los indios tenían poderes y habían echado a los ingleses con la mente repitiendo un mantra: “Por favor, marchaos en paz”. Había elegido la India como destino al ver la forma del subcontinente en el mapamundi del colegio. “Es un corazón mal dibujado”, decía. Era así, toda inocencia… Pero no había abandonado su hogar a capricho. Había huido de los abusos de su padre y de su hermano mayor. Tenía agallas y una gran determinación. Con lo que robó de casa, pagó a otro yanqui (un cabroncete de Tennessee de ciento veinte kilos) para que la protegiese en su travesía por el océano, eso la salvó de ser violada y asesinada en la primera etapa. Pero en la última, de Filipinas a Bombay, el gordo asqueroso abusó de ella y le rajó la cara cuando quiso protegerse con el cuchillo.

»Pese a aquella cicatriz era un ser muy bello, mi pequeña yanqui, toda simpleza y bondad. El hecho de que hiciese casi todo lo que le pedía sin rechistar, de tener sexo con ella cada vez que quería, y que consiguiese que me olvidara de mí mismo con sus payasadas venció

mi resistencia a tener una mujer al lado. Y me contagió toda esa mierda de energía positiva que te obliga a hacer cosas inimaginables por ti mismo. Se me ocurrió recolectar y vender los cocos de los campesinos; ella trabajaba tanto como cualquiera de aquellos nativos. En poco tiempo ya éramos una pequeña comercial allí, y hasta nos hicimos con un carro tirado por bueyes para repartir nuestra mercancía. Convertimos la diminuta cabaña en un hogar acogedor; ella era tan menuda y se adaptó tan bien a mí, que no me hizo sentir del todo invadido. Fui injusto con ella, mi pobre sirenita yanqui.

»Estuvimos un tiempo viviendo en aquellas playas, un paraíso terrenal que más tarde colonizaron simpáticos vagabundos europeos de buena cuna con ideas interesantes. Conocimos a algún personaje antecesor de esos melenudos que llamaron *hippies* años más tarde; Johan, un holandés incapaz de soportar el calor pero con una voluntad de hierro para no regresar a casa con su familia, que no salía nunca de debajo de la sombra y andaba todo el tiempo colocado de opio. Y Lisa, una inglesa de unos cincuenta años que aún lucía los restos de un vestido de aire victoriano sin mangas y con la falda recortada. Había dejado a su marido, que era sargento, y se había quedado para morir allí… Jane y yo ya estábamos aburridos de aquel lugar cuando ellos llegaron, y la India era demasiado grande para quedarse quietos.

»Deambulamos por caminos y, a lomos de burros y camellos, recorrimos algunos tramos en dirección a las montañas donde yo había trabajado. Nos cansamos de vagar y robamos una Royal Enfield modelo G a las puertas de un palacete; no me fijé mucho entonces en aquel edificio un tanto bizarro, un campesino nos dijo que pertenecía a unos ingleses que habían salido zumbando del país.

»La moto (negra, monocilíndrica, de quinientos centímetros cúbicos con un amplio asiento forrado en piel, un sidecar de lujo que recordaba a una bañera y un diminuto portamaletas en la parte trasera) había sido fabricada en el año treinta y seis pero estaba como nueva. Jane nunca subió en el sidecar, prefería ir pegada a mí, así que aquella plaza extra nos vino muy bien para transportar equipaje y trastos.

»Emprendimos ruta por la costa hacia Trivandrum, en el extremo sur. No por ir a ver nada en especial o profundizar en el hinduismo, no; a Jane se le había ocurrido el viaje más cursi de la historia y me hizo gracia seguirle el juego. Dibujó con el dedo un corazón en la arena y fue señalándome distintas zonas según fantaseaba. Nos habíamos conocido en la parte occidental sur de aquel corazoncito de adolescente enamorada, cuyo vértice inferior íbamos a conquistar en poco tiempo al llegar a Trivandrum; desde ahí subiríamos por el sureste vía Chenai, siguiendo la costa del Índico hasta alcanzar

Calcuta en el noreste. Allí nos desviaríamos al oeste y rozaríamos la frontera de Nepal, hasta colocarnos a la altura del centro del subcontinente; luego bajaríamos a Bhopal, punto en el que más o menos se encontraban los dos semicírculos oblicuos de aquel corazón. Luego volveríamos a subir en dirección noroeste, siguiendo la curva ascendente que redondea el corazón por la izquierda, hasta rozar el Punjab, y descenderíamos por el Rajhastán y toda la costa occidental para regresar al punto de partida.

»No llegamos ni a Trivandrum.

Sentado en la taza del váter, Caín hojea el libro de pintura española que le regaló el banco cuando fue a retirar la cuenta. Saturno devorando a su hijo. Su intención era llevarse el dinero a casa, pero el director consiguió disuadirle quitándole las comisiones y regalándole ese libro, en teoría solo para los que abrieran un plan de pensiones. Pero Caín nunca fue previsor, ni siquiera tiene un testamento. A pesar de la crueldad de ese lienzo, no siente repulsión alguna. Sin duda se hubiese llevado bien con Goya. Antes de acostarse, se prepara un cubalibre extra e improvisa unas palabras:

—Como decía, no llegamos ni a Trivandrum, Jane y yo. Nos detuvimos a ayudar en una comunidad de agricultores de los *backwaters*, cerca de Cochín, y nos acabamos quedando en aquel edén unos meses. La vida allí era como al inicio de los tiempos. Por las mañanas, nos bañábamos desnudos en la orilla del canal y desayunábamos fruta recién cogida. Vivíamos de la pesca y criábamos pollos en una granja de una de las islas de los canales; vivíamos con la luz, como los seres que nos rodeaban. Me acostumbré al agradable mecer de las aguas sobre el barco de junco en el que nos alojábamos. Volvía a encontrarme bien lejos de casa, a miles de kilómetros de la familia y las responsabilidades.

»Hasta la primera falta de Jane. Solo entonces me di cuenta de lo comprometido que estaba realmente con ella: estaba a punto de convertirme en otro hombre de familia. Al comenzar a hablarle aún me sonreía, aunque nunca me había visto así de afectado antes:

»“—Fíjate en mí, sería totalmente inapropiado como padre. ¿No lo ves? Ando toda mi vida evitando las responsabilidades, por eso estoy aquí… —Su sonrisa se fue apagando—. Y fíjate en este sitio, se reproducen como conejos, van a superpoblar el planeta, es una indecencia y una falta de respeto al resto de seres vivos… El ser humano es una maldita plaga…”.

»Se quedó ojiplática y con las bonitas mejillas caídas. Tomó aire y repuso:

»“—*Entonses*, ¿no *quieues tchenna hios*? ¿No *tchennemos deuecho* a *tchenna hios*?

»“—Piénsalo: nacer para morir, ¿tiene sentido? ¿No te parece puro egoísmo traer a otro humano al mundo para que muera?

“—*Oh, my God…* —dijo”.

»“*Oh, my God…*”. Nunca supe si me había comprendido o estaba horrorizada, porque lo dijo con la mirada puesta en los vecinos; la mujer recogía del suelo, una a una, a sus ocho criaturas llenas de barro y bichos, increpándolas y arrastrándolas como animales por puro agotamiento.

»No dijo nada más, yo tampoco. Finalmente se sometió a mi voluntad, supongo que se convenció de que lo mejor en aquellas

circunstancias era abortar. Las ancianas del poblado le prepararon un brebaje que la dejó sedada, y ella se dejó hacer para impedir el indeseado desenlace. Ni siquiera se lamentó del dolor físico.

»En pocos días todo volvió a la normalidad. Normalidad, menuda mierda, ya nada podría ser como antes. Primero se esfumó su alegría, poco después lo hizo ella. Volví a quedarme solo. Y sin moto.

Rara vez entra en un bar, pero solo quiere comprar una botella de ron, Vanesa no le ha traído otra, insiste en que se haga una analítica. Caín recoge el cambio, y escucha pedir un cortado con sacarina y un orujo al hombre sentado a la mesa del fondo. Un jubilado de unos ochenta años, aunque aparenta más que él; seguro que también se irá antes de este mundo.

—¿No le echa azúcar? —sugiere Caín al octogenario que tiene algunos kilos de más—. La sacarina no le salvará de la diabetes, y menos si toma orujo. ¿Cuántos años tiene?

—¿Y a usted qué le importa? ¿Es marica?

—Haga lo que le plazca, pero le aseguro que si yo llego a su edad tomaré todo el azúcar del bar… Dame un azucarillo, chaval —el camarero le ofrece un sobre de azúcar blanquilla, mientras el octogenario le observa atónito—. Del moreno, anda chaval, y no seas rata, dame dos…

Caín abre el primer sobre y deja caer el azúcar en el cortado del jubilado, que sigue perplejo.

—Y ahora pídase otro orujo, y se lo toma usted a mi salud. A ver si así reviento yo también.

A Adam la lluvia le coge desprevenido caminando por el Soho y se cobija dentro de un bar. Pese a estar empapado, toma asiento en un taburete de la barra y pide un cubalibre. Mientras espiaba a Betty su corazón se ha acelerado y ha notado un dolor en el brazo. De nada le servirá comer y beber con moderación, su padre murió de un infarto, cree que lo tiene escrito. Caín no se cuidó nunca y mírale. Tampoco le apetece apuntarse a un gimnasio, aunque sería gracioso que empezara a ir al de Betty. Termina el cubalibre en dos tragos. Se lo han servido muy flojo. Pide otro y se muda a una de las mesas. Saca su pequeña libreta del bolsillo de la americana y el bolígrafo Papermate que le regaló Betty; quiere lanzarlo al suelo como un puñal contra el profesor de aerobic, pero lo necesita para extirpar el dolor. Quiere hablarle a su tío bisabuelo de su dolor, de la traición de Betty y de la suya al espiarla, de la culpa que le atormenta desde hace dos horas tras el encuentro con la prostituta del Soho que le ha cobrado una fortuna. Quiere compartir con él todo eso y ese segundo cubalibre aguado. No se había sentido tan solo desde la muerte de su padre.

Son las diez cuando Adam entra en casa. Sube directo a la habitación de los niños, no los besa porque la prostituta le ha besado en los labios. Betty le espera despierta en la cama con una revista. También hace poco que ha llegado, aún no se ha quitado el maquillaje.

—Estás empapado… ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has recogido a los niños a la vecina? Ha tenido que esperar hasta que yo llegase del gimnasio, y encima había quedado con su *boyfriend* —«Vaya, la vecina no es la única que quería sexo hoy», está a punto de decir Adam, como si Caín se lo hubiese susurrado al oído—. No sé si podremos volver a contar con ella… ¿Dónde estabas?

—Un amigo del trabajo me ha invitado a un cubalibre. No sé qué me pasa, ando desmotivado —Adam comienza a quitarse la ropa lentamente, las prendas mojadas pesan el doble, todo pesa más esta noche.

—Está bien, pero otro día avisa, carajo, tengo un celular…

Betty tiene teléfono móvil, un Motorola que Adam no sabe cómo pagó, no vio cargo ninguno en la cuenta común. ¿Un regalo de su amante para concretar las citas? ¿Tiene la vecina su número? ¿La ha llamado al ver que él no llegaba? ¿Betty le ha respondido o estaba ocupada?

—He sido un irresponsable. Lo siento.

—*Sweety*, llevas días algo espeso, necesitabas esa copa pero has sido un poco torpe, carajo… ¿Qué dices que has tomado?

—Voy a darme una ducha.

Caín está tomando el cubalibre de las cinco cuando lee la carta de Adam. Esta es distinta, son malas noticias y le encuentra abatido. La relee, le gusta la idea de compartir un trago con su sobrino bisnieto, como Adam menciona en esa página escrita rápido y arrancada de una pequeña libreta.

Querido tío,

Permítame que no añada lo de «bisabuelo», después de escucharle en sus cintas creo que estamos algo más cerca que al principio…

Estoy sentado en un bar tomando un cubalibre. Lo he encontrado flojo, ¿cuándos dedos de ron le pone usted? Antes no bebía casi nunca. Para qué cuidarse, cualquier día caigo fulminado de un infarto como papá, a él le tocó cuando tenía mi edad.

Le imagino a usted a mi lado, escuchándome atento y con cariño, como yo cuando recibo una de sus cintas. Soy un cursi. Menuda mierda… vaya, suena mejor cuando usted lo dice…

Iré al grano. El martes supe que mi mujer me engaña. Es cierto que también yo estaba un poco aburrido de la relación, pero no esperaba esto. Tampoco esperaba haber reaccionado como un cobarde espiándola, ni que fuese capaz de seguir su consejo y visitar a una prostituta. Ha sido decepcionante y vergonzoso. Me he echado a llorar, ella me ha abrazado y me ha llamado osito. Sé que es cómico, puede reírse cuanto quiera. No le culpo.

Bueno, ya está, necesitaba soltarlo. Y ahora viene ese ¿qué haría usted en mi lugar? ¿Hablo con ella? Estos días no dejo de hacerme preguntas… ¿Debería seguir con las memorias? ¿Estoy preparado para escribir un libro? Lo sé, usted no puede responderme. O ya lo hizo, las preguntas que le hice no dejan de visitar lugares comunes.

Le mando un fuerte abrazo y me pido otro cubalibre, ¡a su salud!

Adam Rigau.

Por el tono y el trazo, está claro que Adam estaba borracho cuando escribió la carta. Su respuesta no puede esperar. Lo hará en la misma cinta, aún queda espacio.

—Así que tu padre murió de un infarto, me hubiese gustado conocer a Pablo… ¿Se parecía a tu abuelo Pepe? Los dos se fueron pronto. No cabe duda de que algo tenían en común…

»Pensaba que eras feliz, siento lo que te ha hecho Betty. Tengo que decirte que después de tantos años no es nada extraño. No dramatices, piénsalo bien: ¿Quién podría acostarse tanto tiempo con la misma persona? Vamos, el matrimonio y la monogamia fueron creados por la religión y por individuos inseguros y egoístas que, víctimas de los celos y de la hipocresía, vendieron al resto que hacía falta poner orden. Pero ellos mismos eran los primeros en engañar a sus esposas.

»¿Qué podría decirte yo? No estuve con ninguna mujer tanto

tiempo como tú. ¿Le has preguntado a Betty por qué se fue con otro? Quizá ni siquiera esté enamorada... No; no le preguntes nada. Haz la vista gorda. Date un tiempo, pasea, lee… Goza sin remordimientos. Como ella. Es probable que solo se lo esté pasando bien y vuelva a tus brazos pronto. Si está enamorada lo sabrás.

»Mientras tanto, ten sexo con otras tú también. Date otra oportunidad con las putas, ¿tan mal te ha ido? Vamos, llevas mi sangre… Debes saber que del mismo modo que hay una mujer para cada hombre, también hay una puta para cada uno de nosotros. Solo tienes que dar con ella. Pero, sobre todo, deja siempre propina. Lo que hacen por nosotros vale mucho más de lo que piden.

»Sobre tus preguntas, qué responder… Maquiavelo decía: "Más vale hacer y arrepentirse, que no hacer y arrepentirse…".

Caín se detiene, está haciendo uso de las citas muy a menudo. Todas esas frases afortunadas bien podrían tergiversarse, girarse y trocarse para cambiar su sentido según le convenga a uno. «Más vale no hacer y arrepentirse, que hacer y arrepentirse», de ese modo le vendría mejor a un cobarde. Se limitará a darle ánimos:

—Sigue escribiendo. ¿Qué puedes perder? Y no tengas miedo. No puedes controlar nada, créeme, no está en tus manos. Fíjate en esa obsesión de los viejos por el parte meteorológico, por saber si lloverá o hará sol; para algunos tiene que hacer sol, a toda costa; para otros tiene que llover, como sea; y al final la atmósfera hace lo que le da la puta gana. El azar siempre es quien decide, no nosotros. Pero puedes controlar el miedo. Sal de tu cascarón. Explora. No cargues los cubalibres y no se te ocurra decirle a tu mujer que fuiste de putas.

Se siente incómodo dando consejos. Le viene a la mente el rostro de Pepe iluminado cuando le recomendó alejarse de su madre y del negocio si era eso lo que quería. Su propio tío empujándole a repetir su mismo camino. Cada uno debería decidir su destino. Tal vez no tenga que enviar esta cinta.

Caín no se acostumbra a la idea de que se pueda llamar a la gente por teléfono cuando está en medio de la calle, en un bar, o en el lavabo, ni a que los números empiecen con un 6 en lugar de un 3; la tecnología es un sinsentido que nos hace ir siempre a más. A Jovana casi se le cae el coqueto y diminuto Nokia al suelo al ver la llamada entrante de Caín en mitad de la semana. Él nunca la llama y tampoco cancela su cita del domingo bajo ningún concepto. Jovana se tranquiliza, no está enfermo, solo quiere saber si puede pasarse este mediodía, sobre la una, cuando Vanesa se haya ido.

Vanesa y Jovana se cruzan en la portería. A Caín le hubiese gustado verlas coincidir, nunca las ha tenido delante juntas. Ambas saben la una de la otra gracias a las descripciones que Caín les ha facilitado, pero ninguna se saluda. Vanesa no puede evitar imaginar a Jovana con la ropa interior negra bajo el vestido arrapado del mismo color que Caín le encargó comprar. Está segura de que a ella le quedaría mejor.

Caín se tumba en la cama y apoya la cabeza en la almohada, un tanto levantada. Puede verse el vello del pecho, aún rojizo y sin una cana. Observa cómo Jovana deshace su coleta y una cascada de cabello azabache se desliza sobre su espalda bronceada.

—¿Puedes hacerlo otra vez?

Jovana repite ese «preludio al éxtasis», como Caín lo llama. Mientras la tiene encima, se pregunta cómo Adam fue incapaz de disfrutar de su visita a la puta del Soho. Eligió un mal día. Tiene que hacérselo entender cuanto antes, el sexo es la espuma de la vida. Ella se detiene cuando Caín se echa a reír; ha imaginado a Jovana en una habitación con Adam: al verla soltarse la melena y deslizar las braguitas por los muslos, el osito se convierte en un *grizzly*.

—¿De qué se ríe? ¿He hecho algo gracioso? —Jovana se lo quita de encima y apoya la espalda contra la pared. Está a punto de encender un cigarrillo, pero Caín se lo quita de los dedos.

—Ya sabes que aquí no se fuma… Oye, ¿cuánto me cobrarías por invitar a disfrutar de tu compañía a un amigo que vive en Nueva York?

Jovana no entiende nada, pero no le desagrada la oferta.

—Pues lo mismo que a usted, pero tendría que pagarme el billete y el hotel…

Caín chasquea la lengua y se sonríe; sería capaz de pagar el viaje a Jovana para espabilar a Adam antes que comprarse un billete para conocerle en persona. Pero no cree que ni una cosa ni la otra ayudaran realmente al muchacho. Se le ocurre otra idea.

—¿Tienes un momento? —pregunta a Jovana, que se está poniendo las medias, aún desnuda.

Caín la coge de la mano y la lleva al salón, donde la grabadora

sigue en pausa después de haber registrado su consejo. Le da unas indicaciones y ella añade unas palabras.

Cuando se despide de Jovana, se apresura a ir a Correos; quiere mandar su respuesta a Adam hoy mismo, es importante que el muchacho no se venga abajo.

Le ha llevado más de media hora llegar a Central Park. Cuando ha empezado a correr ya estaba cansado, y el *walkman* pasado de moda le pesa en la mano como un ladrillo. Adam escucha el consejo de Caín, le sorprende oír a una mujer hablar después, tiene voz quebrada de fumadora sensual de película de los cincuenta; la imagina desnuda como estaba Jovana en la grabación, pero en lugar de una venezolana de melena negra, él ve a una rubia como Betty:

—Muchachito, no se me deprima, la vida son dos días… —Caín interviene: «dos días, qué sabrás tú… al grano, bonita, que no queda cinta…»—. No se me olvide usted de *gosar*…

Adam quisiera sonreír. Desde el encuentro en el Soho anda muy preocupado por el inevitable roce de su sexo contra el de la bella prostituta con la que se citó en el hotel. El sida sigue siendo una plaga en Nueva York, puede que no fuese necesaria la penetración para contraerlo, aunque también ha oído lo contrario… Y la prostituta era mulata; reconoce tener ciertos prejuicios a pesar de haber nacido en Cuba. ¿Y si Betty le pide sexo? Sería muy improbable ahora. ¿Desde cuándo tiene ella esa relación? ¿Han tenido sexo mientras ella estaba liada con el otro? Eso sí podría ser un problema y no tanto lo que él hizo con la prostituta del Soho. Betty seguro que habrá tenido cuidado, pero ¿y si se ha confiado en algún momento? Hace tanto tiempo que ellos dos no se acuestan, que ella podría considerar estable su relación con el del gimnasio en lugar de la suya, y haber dejado de usar protección…

Aminora el paso, pero su corazón se acelera como si hiciese un *sprint*. Comienza a tener náuseas. Busca una cabina telefónica y llama a su médico, tiene que visitarse hoy mismo.

Después de practicarle un electrocardiograma, su médico vuelve a quitar importancia a esos síntomas y los atribuye a la ansiedad. Como en otras ocasiones, le recomienda dieta y ejercicio. Pero Adam se viene abajo y entre sollozos le confiesa que ha estado con una prostituta. Él y Betty deberían hacerse la prueba y quedarse tranquilos.

Al llegar a casa, Betty todavía está en el gimnasio. O donde sea. Adam da de cenar a los niños y luego los acuesta. No sabe por qué ha elegido leerles Caperucita, hacía mucho que había abandonado ese cuento. En su mente el personaje tiene unos veinticinco años, se quita la capa y pasea por el bosque con ropa interior roja sobre su piel mulata; le sonríe, es la prostituta del Soho… No termina el cuento. Se acuesta pero no puede dormir, se está habituando al Valium.

Betty llega a las once, dice que una amiga se ha empeñado en traerla y se han quedado sin gasolina en mitad del Bronx. No se pasa por ese barrio para ir a casa. Adam se incorpora, se sienta en el borde de la cama y decide abordar el tema mientras ella se desviste.

—¿Cuántas veces te has desnudado ya hoy? —Betty le mira con ojos incrédulos y desorbitados, como a un desconocido, Adam aprovecha su desconcierto—. Te vi con el profesor de aerobic saliendo del gimnasio la tarde del lunes. Os besasteis. Suerte que no me acompañaban los niños…

A pesar de tener una tez bronceada, Betty se sonroja, más por rabia que por vergüenza.

—¿Qué estás diciendo? Y claro que nos besamos, siempre nos damos dos besos cuando nos despedimos… ¡Me has espiado! ¿Qué te has creído?

—¿En la boca? ¿Os besáis siempre en la boca? —Betty agacha la cabeza, Adam también—. Lo siento, estuvo mal espiarte pero tú me has engañado…

Adam se mira los pies desnudos, recuerda los zapatos empapados tras pisar el charco al salir del apartamento de la prostituta, no ha vuelto a tener los pies calientes. Betty habla casi en susurros, como en un confesionario:

—No sé cómo ocurrió… que Dios me perdone… Lo siento, *sweety*. No sé qué nos ha pasado… ¡*Fuck*! A veces pienso que te quiero como a un hermano…

«No sé qué nos ha pasado». «Nos». ¿Tan cerca se siente de ese tipo? Betty se aproxima para abrazarle, Adam se echa atrás y ella se queda inmóvil ante él, con la camiseta que se acaba de quitar en la mano. Adam no tiene visto ese sujetador. Un regalo para el recién llegado…

—Dices que me quieres como a un hermano… Yo no traicionaría a una hermana. Responde. ¿Tuviste relaciones con ese tipo mientras las tenías conmigo?

—Pues claro que no, carajo… Tú y yo no lo hacemos desde hace meses… Basta de engañarse, no funcionamos en la cama. Siempre pensé que no me deseabas lo suficiente.

—Eso es falso. ¿Por qué no me lo dijiste? Simplemente necesitaba menos que tú. Podríamos haber visitado a un sexólogo, a un consejero

matrimonial…

Es tarde para hablar. Pero Adam ya no puede parar, ahora que ella se ha sincerado tiene la irrefrenable necesidad de contarle lo de la prostituta.

—Está bien, de todos modos deberíamos hacernos la prueba. Aunque supongo que habrás tomado precauciones. Las tomaste, ¿no?

—¿De qué carajo de prueba me hablas?

—La prueba del sida. Tenemos que hacérnosla los dos. He estado con una prostituta. Después de verte con ese tipo quedé con una.

—¿Así de pronto? Pillas a tu mujer con otro y de repente te vas con una puta… ¿Es que no usaste preservativo?

Adam niega con la cabeza gacha. Está a punto de añadir que no la penetró, pero no puede articular palabra.

—¡Carajo! Me casé con un imbécil de remate… ¿No sabes que las putas pueden contagiarte cualquier mierda aparte de un *aids*? Clamidia, chancro… ¿Ya no recuerdas Cuba? ¡*Pig*! ¡*Bastard*! —Betty grita en voz baja para no despertar a los niños—. ¡Dios no te lo perdonará, ni yo, ni tus hijos…! —le abofetea y le propina puñetazos en los hombros y en el pecho.

Aun teniendo en cuenta sus ideas religiosas, Adam no podría haber previsto la reacción tan violenta de Betty. Corretea por la estancia como una fiera encerrada y se detiene ante el armario. Saca una maleta y comienza a llenarla con ropa de Adam. La cierra con cuatro jerséis y un par de pantalones dentro. Le lanza un par de prendas y le señala la puerta de la habitación como si fuese la de la calle.

—Vístete y vete… ahora mismo.

Adam entiende que traspasar esa puerta marcará un antes y un después en sus vidas. Ella sigue increpándole entre sollozos susurrados.

—Jodido putero del carajo... Menudo ejemplo ibas a ser para los niños. No sabía cómo decirte que se acabó, y mira por donde te me has adelantado… Y no pienso hacerme ninguna prueba del carajo, yo tuve cuidado, ¡*asshole*! Fuera de esta casa.

—¿Vais en serio? ¿Estás enamorada? —pregunta Adam. Ella le coloca la maleta en el pecho y lo empuja. Al pisar el pasillo siente el frío mármol bajo los pies.

La noche antes de recoger los resultados de las pruebas, Adam no duerme más que unos minutos. Las delgadas paredes de la habitación del hotel donde lleva una semana tampoco ayudan; se oyen gemidos, portazos, gritos, cisternas… pero al menos el hotel está cerca de casa.

Cuando va a recoger los resultados tiene cuatro chicles en la boca y nota el corazón en la garganta, casi puede masticarlo. Las pruebas dan negativo. Al salir del hospital llama a Betty para decírselo, «pero Dios te castigará privándote de nuestra compañía, pediré la custodia…». Luego camina por todo Manhattan, como un condenado a la silla eléctrica al que llega un indulto justo cuando le acaban de colocar los electrodos. Todo resplandece en las calles: los árboles tienen más color, los charcos reflejan más detalles, el cielo tiene un azul más intenso, las mujeres están más guapas y las mira con menos recato… A pesar de que su relación con la prostituta no entrañó ningún riesgo, durante unos días estuvo convencido de que podía morir. Tal vez la culpa le hizo convencerse de ello, desear la muerte como castigo. Se da cuenta de que lo ha precipitado todo, es él quien finalmente está echando a perder su matrimonio. Podría haber esperado a que Betty se cansara, no preguntar nada, intentar reconquistarla. Debería haber hecho caso a Caín. Ha sido débil, se ha dejado llevar por la culpa cristiana y por un deseo de castigo. O puede que algo dentro de él le indicara el camino para acabar con todo, que ese Adam harto de la costumbre eligiese esa oportunidad para terminar con una vida que no le satisfacía. El tiempo lo dirá. También ella ha sido cobarde, podría haberle dicho lo que sentía desde hacía tanto tiempo… La soledad es vertiginosa desde el edificio del matrimonio. Caín se ahorró todo eso. No hacer, no arrepentirse…

Al regresar al hotel se prepara un cubalibre con los botellines del minibar, en el *walkman* una de las cintas de Chopin que se ha traído de casa junto con las tres cintas de Caín que no ha vuelto a escuchar; las tiene sobre la mesita de noche, al lado del teléfono. Está a punto de levantar el auricular para marcar el número de Sofía, la mulata del Soho. Recuerda su nombre porque es el mismo que el de la abuela, tampoco se quita de la cabeza el aroma de su dermis. Pero antes de pulsar una tecla, suelta el auricular como si su mano lograra zafarse de la mano invisible de Caín. No se le ocurriría repetir.

Durante las siguientes semanas, Adam se olvida del arranque de las memorias y de las nuevas preguntas que quería mandar a Caín. Betty no le deja ver a los niños ni una vez, no lo hará hasta que le ceda la custodia.

Desde un banco de la Rambla, Caín escucha las conversaciones de los que pasean una mañana soleada de sábado.

Un padre a su niña:

—¿Y la abuela qué opina del enano del novio de mamá?

Una amiga a otra:

—Me lleva a comer a sitios elegantes… anoche fue tan romántico… ¿Y tú, al final qué hiciste anoche? ¿Te dormiste en el sofá, perdedora? —Le guiña el ojo y le sonríe, la amiga finge una media sonrisa.

Caín las sigue con la mirada y las saluda:

—Tengan buen día, mecanismos biológicos casi perfectos dirigidos por inteligencias despiadadas.

Aceleran el paso, Caín ríe.

Un carrito de bebé empujado por una mamá de unos cuarenta, la conoce desde que era niña. Parir y criar le ha echado veinte años sobre el rostro. El retoño tose y la mujer lo coge en brazos:

—Ay, mi vida…

«Mi vida». No sabía ya qué hacer con su vida y decidió entregársela a ese crío, ahora es solo un apéndice de él.

Caín cierra los ojos, así se siente mejor. Hace mucho tiempo que no se siente tan bien.

Cuando llega a casa se queda mirando la grabadora. Hace un mes que no ha mandado otra cinta a Adam. Ayer Jovana le preguntó si la oferta de viajar a Nueva York seguía en pie. Tampoco ha vuelto a saber de Adam, aún no le ha contestado al mensaje que le dejó, rematado con las palabras cariñosas de Jovana. Es un buen chico, habrá aclarado las cosas con su mujer, se darán un tiempo, luego harán un viaje, seguirán juntos por los niños y con el tiempo volverán a llevarse como dos compañeros de cuarto bien avenidos. Lo mejor será dejar que corra el aire, grabar otra cinta y seguir con la historia. Tal vez eso anime a Adam si lo está pasando mal. O tal vez le anime a él.

Cinta número 4.

Cuando empieza a grabar, Caín retoma el inevitable tema de su relación con las mujeres.

—Fueron siempre impredecibles, ellas… Ahí residía su maravilloso encanto, en su emocionante imprevisibilidad. Un hechizo que por otra parte te puede llevar de cabeza.

»Cuando Jane me dejó, no sé por qué me encaminé en dirección a la playa otra vez sin saber muy bien dónde me quedaría. Al llegar a la cabaña me detuve para tomar un descanso; ahí estaba la Royal Enfield polvorienta aparcada a la sombra. Miré al mar y esperé a que la sirena yanqui se me volviese a aparecer. No es que la hubiese echado de menos. No hasta ese preciso momento. Al revisitar el lugar donde habíamos convivido, sentí que me faltaba algo. La busqué por todas partes, no había rastro de ella en la cabaña ni en el bosque de cocoteros donde recolectábamos. Quería abrazarla, joder sobre la arena, marcharnos con la moto a dibujar corazones o las chorradas que ella quisiera… Me sentí estúpido y dejé de buscar. Uno de los campesinos con los que habíamos trabajado me contó que había estado allí, pero que había abandonado el lugar el mismo día. Con mirada triste añadió que había dejado la moto y que él no sabía conducir. Al parecer, la moto que no le había servido para trazar el gran corazón de la India ya no le servía para nada más. O quizá tuvo el hermoso detalle de dejármela a mí para que trazara mi dibujo sinuoso y caótico sobre los caminos polvorientos; el recorrido de quien no sabe adónde va, del que se dirige hacia la nada más absurda. Dibujaría sobre el polvo la silueta de un excremento de vaca.

»Y es cierto que una vez subido en aquella Royal Enfield no supe adónde ir. Solo pude seguir recto, adelante, tomando el menor número de curvas posible. Pero volvía a tener moto propia, y estaba contento solo por eso. Sobre el asiento de una moto no se puede pensar. Solo sentir. Es lo más parecido a montar a caballo. Pero a los pocos kilómetros me encontré muy solo, me faltaba alguien atrás. Mi experiencia siempre había sido compartida, primero con Pepe de paquete, y sobre todo con Jane. La experiencia es distinta si son dos los viajeros; pronto se convierten en uno y se establece una comunión. La espalda del conductor y el torso del pasajero se funden en un solo cuerpo que oscila, siente, vibra y acompaña todos los movimientos e impulsos del camino. El pasajero sigue las inclinaciones del conductor, cada curva y elevación es compartida al mismo tiempo. De algún modo, sobre la moto se hace el amor. Por eso los adolescentes quieren una, para llevar a su chica…

»Durante un buen tiempo me dediqué a llevar a gente. Solo les pedía una pequeña contribución voluntaria, de ese modo podía comprar combustible para continuar. No fui consciente entonces de que había encontrado el trabajo de mi vida. Comía bien con las

pequeñas aportaciones que recibía por trayecto, y a menudo gratis, porque me invitaban a compartir cena y catre en sus hogares. Y si no, dormía en cualquier lugar, bajo los árboles, en la cuneta, protegido por una lona para cubrir cocos que me llevé conmigo y que transportaba en el pequeño portaequipajes del sidecar.

»Visité otros pueblos de las montañas. De todos me marchaba pronto, no quería encariñarme, pero no pude evitar enamorarme de aquellos ríos de aguas prístinas y del verde que forra la tierra del sur de la India. Traté con gentes de toda clase. En una ocasión, me tocó llevar a un ladronzuelo al que perseguía la policía; dormimos los dos en un calabozo, a él se lo quedaron, le querían ahorcar al alba, me fui pitando de allí.

»Transporté animales, verduras, una pila de quince neumáticos que casi vuelca el sidecar, y a una familia de nueve miembros; tres iban en la moto, pegados a mí, el resto ocupó el sidecar con una distribución humana propia de acróbatas.

Reclinado en el cabezal de barrotes de la cama, Adam mira el papel pintado de la habitación del hotel; se está despegando debido a la humedad de la pared, que da a un patio de luces donde nunca entró un triste rayo de luz. Aquí y allá, dibujos de mujeres desnudas sobre el papel pintado… La primera noche pensó que eran manchas, le recuerdan esas escenas orientales eróticas en tinta china de principios de siglo. Mujeres desnudas le devuelven la mirada como si estuvieran posando para él; hay una de pie, con los brazos en jarras, las piernas ligeramente abiertas y medias hasta los muslos, no lleva braguitas ni sujetador; otra a cuatro patas tiene la cabeza girada hacia el huésped de la habitación y ofrece el trasero mientras sostiene una fusta cuyo extremo apoya en una nalga; otra levanta un látigo y solo lleva puesto un sombrero de copa, tiene el pubis muy poblado y las caderas anchas… Y todas lucen el mismo peinado Cleopatra.

La habitación necesita una reforma. Hay un televisor Sony en blanco y negro que ocupa casi todo el escritorio, Adam piensa que pudo emitir la llegada del hombre a la luna. Las noticias de las siete hablan de otro ataque de la intifada palestina. Israel sigue ocupando, y eso le hace chocar con Raquel, la jefa de redacción. Callar, siempre callar para no ofender, no ser uno mismo para evitar el conflicto. Se ha callado tanto que ha llegado a olvidar lo mucho que tiene que decir, y cuando lo dice levanta la voz, como si le acabaran de quitar un esparadrapo de la boca. Tuvo que pedir perdón a Raquel por el tono en que le replicó, cuando ella quiso recortar un par de frases mordaces que comparaban las actuaciones del régimen israelí con el nazi. Siempre había observado la situación de palestina con optimismo, no era más que miopía. Pero sabe que con esa actitud no podrá dejar nunca la crónica de sucesos.

Tiene en la mesita *El lobo estepario*, la leyó en la adolescencia. Le chocan las impresiones que le produce esa lectura hoy en comparación con las que tuvo entonces. Al mencionarla Caín le entraron ganas de releerla, y el otro día la encontró en una caja que se llevó de casa con unos cuantos libros y las cintas que no ha podido volver a escuchar. Recuerda su consejo: «Date otra oportunidad con las putas, ¿tan mal te ha ido? Vamos, llevas mi sangre…». El anuncio de Bacardí… Las playas de Puerto Rico… El profesor de aerobic y la profesora de salsa, qué gran pareja de baile. La vida es un baile y algunos se saben bien los pasos, los que no sepan moverse que se aparten… Un mulato y una rubia taína. ¿Tendrán hijos? Betty aún puede tenerlos si quiere. ¿Serían más guapos que los suyos? Claro que no, en los orificios de la nariz de ese tipo podrías conectar un enchufe. Betty no tendrá más hijos, ama a Iván y Norma por encima de todo. La primera vez que vio al profesor de aerobic pensó que era gay, u otro de esos mulatos fibrosos que atraen tanto a las mujeres por ser tan bellos como

inmunes a sus encantos. De eso hará tres meses, es probable que él y Betty hubiesen tenido un último encuentro en aquellos días; recuerda una mañana en la ducha, antes de ir al trabajo… ¿Y qué más da? Su ego masculino se está recuperando rápido. No tenía sentido seguir juntos, solo lo tendría por los niños. Le concedió la custodia a Betty, pero ella se salta muchos días del acuerdo parental con excusas como un resfriado. Su abogado le ha dicho que no tiene derecho a hacer eso, no sabe cuánto podrá soportarlo. Cerca del hotel está el colegio donde los llevaron al cumplir los tres años. Cuando regresa de la oficina se detiene unos segundos en la puerta, todos los niños son Iván y Norma.

Se escuchan dos suaves golpecitos en la puerta, dos, como han convenido. Adam abre y se la queda mirando: unas zapatillas Converse de caña alta, medias negras rotas por las rodillas, ligueros negros visibles justo por debajo de una falda de cuero roja del tamaño de una bufanda y una camiseta corta, también roja, sin sujetador debajo. Se ha dejado el gabán de cuero abierto para que él pueda verla bien al abrir. Sofía rompe a reír al ver a Adam ruborizado. Le habla en español, como la primera vez:

—Hola mi osito… ¿Me dejas pasar?

Adam prepara un cubalibre, lo compartirán. Ella le toma la mano y la coloca sobre el abultado pecho; piel tersa y una carne más prieta que la de las mujeres blancas, aunque solo ha estado con tres en toda su vida. De niño, sentía curiosidad por las niñas mulatas del colegio de La Habana, ellas ya tenían curvas cuando las otras aún eran palos de escoba. Los prejuicios son una pérdida de tiempo. Se fue de Cuba a los doce, tampoco tuvo tiempo de flirtear con ellas. Adam le ofrece el cubalibre. Sofía lame la circunferencia del borde del vaso con la punta de la lengua, luego da un sorbo y besa a Adam en la boca con los labios mojados de un dulzor etílico. Siempre oyó que las prostitutas no besaban, ella sí, también le besó en la primera ocasión. No sabe si pagarle y dar por concluida la cita, ni siquiera sabría cómo decírselo, y tampoco tiene ganas de decírselo. Cómo ha sido capaz de repetir…

Ella le conduce al baño, hay una ducha con una mampara roñosa:

—Chico, ¿cómo puedes vivir aquí? Esto es peor que Puerto Rico… Vamos a la cama, yo ya vine duchadita y mi osito huele muy bien, ¿a que sí? —dice con un acento que suena como el del profesor de aerobic.

—No hables, por favor…

—Mi rumbo era el de mis pasajeros. Lo mismo ocurre cuando vives sin un propósito y estás rodeado de los que sí lo tienen. Una noche dejé a un matrimonio de comerciantes en una tienda de incienso, a la entrada de un pueblecito de montaña. El camino y los pasajeros me habían llevado al principio. Estaba de nuevo en Munnar, menuda mierda. Pero no tenía ganas de doblar el lomo recogiendo té, me emborracharía esa noche y seguiría mi camino. Entré en una licorería clandestina, tenía tantas ganas de tomar que me bebí a palo seco un destilado asesino. Cuando salí, borracho, vi a un tipo sentado sobre la moto a punto de arrancar; me pareció que era yo mismo, «sí que ando perjudicado», pensé…

»“—Baja de mi moto o te juro que… —le amenacé en un inglés patético de borracho. Ya más cerca, el tipo me recordó a Abel con aquel cabello rapado casi al cero y el mentón alto, pero no me cuadró que fuese vestido con traje de safari.

»“—Esta moto me pertenece, te vi llegar con ella antes de emborracharte… Todo en esta vida se mueve en círculos y esta moto ha vuelto a mí, español del demonio… —me soltó en un castellano más que aceptable, había reconocido mi acento—. Sube, iremos juntos a la comisaría”.

»Le pedí disculpas, le dije que Jane y yo nos la habíamos encontrado y pensamos que estaba abandonada, y eso era cierto. No quería acabar en una comisaría allí, sabía cómo se las gastaban con los ladronzuelos aquellos sádicos, que se hubiesen divertido mucho arrancándole las uñas a un blanquito europeo. El tipo se apiadó de mí con un gesto de la mano, que me hizo sentir como un gusano sobre el barrizal que se estaba formando con la fina lluvia que volvía a caer. Cuando estaba a punto de poner la marcha, le pedí recuperar mis cosas del sidecar y del portaequipajes. No quería dormir allí tirado y sería difícil encontrar alojamiento a esas horas. Probé suerte de nuevo y añadí si me podía acercar a una pensión. Me invitó a subir al sidecar y condujo durante una hora por una carretera sinuosa al oeste de aquellas montañas de té, en dirección al mar, hasta que el asfalto se convirtió en una pista de tierra sin apenas baches, tenía que tratarse de una senda privada. El camino terminaba en un híbrido de *manor* victoriana y palacete mogol. Ya había estado allí antes, aquel era el lugar donde habíamos robado la moto.

»El inglés me instaló en una habitación de invitados que era como este piso de grande. Por la mañana vino a despertarme y, desde la puerta, me dijo otra vez en aquel español de escuela para ricos —Caín imposta una voz grave y un tono presuntuoso:

»“—La moto está en buen estado. Sin rencores, puedes quedarte el tiempo que quieras. No me iría mal tener un español por aquí, a veces no sé de qué hablar con estos monos… Pero si me robas, te haré cortar

las manos. Me llamo James".

»Después de haber dormido pude verle bien. Era un hombre de metro ochenta y muchos, también pelirrojo, de cejas pobladas, pecoso y de mi edad. Dijo que tenía cincuenta y cinco como yo, pero aparentaba más. Más ancho de espaldas y totalmente rasurado, al contario que yo, con melena y barbas mesiánicas desde la última vez que me había cortado el pelo Jane. Vestía túnica y traía una para mí.

»En el desayuno, servido en los jardines del palacete por indios ataviados también con túnicas blancas y sin nada debajo, aquel inglés me habló con ciertas ínfulas sobre su pasado. Había nacido en la India y solo había salido en una ocasión del país. Había leído a Marx y a Engels de muy joven, pronto sus ideas le enfrentaron a su familia. Cuando se enteró del golpe en España, el joven marxista (o más bien engleriano, por su condición de burgués intelectual disfrazado de revolucionario), robó dinero a sus padres y se fue a apoyar al bando republicano. No quiso empuñar un arma, solo su cámara de fotos. Para romper el hielo o quedar bien, le solté:

»"—En una guerra solo tienen sentido los disparos que dan en el blanco de las conciencias".

»La frase se me había ocurrido en la guerra, cuando me aburría en la cama del hospital. Mientras pronunciaba aquellas palabras me fijé en su boca, que mantenía entreabierta como si fuese a bostezar, pensé que tal vez era bobo. A continuación, levantó el mentón y se quedó en silencio, como si estuviese sopesando una respuesta a la altura y al mismo tiempo me indicara que no debía interrumpirle al reanudar su monólogo.

»Continuó con la matraca autobiográfica que resumo para no aburrirte. Había estado acompañando a un destacamento del bando republicano en el Ebro, dijo que conoció a Hemingway mientras escribía el relato *Un viejo en el puente*. Creo que eso era trola. O tal vez todo. Le conté que había estado en la *Franja de Ponent* y le hablé de Abel; se lo describí con detalle, ingenuo de mí, cómo iba a conocerle… Indiferente a mis palabras, pasó a informarme con falsa modestia de que poseía el apellido de una prestigiosa marca de té. Por eso, cuando a los tres meses ya no soportó más la guerra, pudo volver a casa en avión desde Francia.

»Se fue sin visitar Gran Bretaña y eso ofendió a su familia. No tenía hermanos, y como sus padres habían vuelto a Londres le permitieron quedarse en la India como gerente de las plantaciones que aún poseían, la mitad de la producción desde la independencia del país, pero aún rentables. Vivía en el palacete expropiado a cambio de pagar un alquiler al Estado. Tenía una flor en el culo aquel inglés. Y era bastante culto, hablaba cinco idiomas y chapurreaba el hindi. Me pidió que le ayudase a leer el castellano un par de horas al día, lengua

que amaba por ser la de Cervantes. Pero no era precisamente la encarnación de la diosa Sarasvati, James. No tenía conocimientos serios sobre espiritualidad, y tampoco sabía mucho de la religión protestante o el cristianismo. Sin embargo allí estaba, gurú de un *ashram* repleto de fieles, la mayoría mujeres hermosas que habían superado una exigente proceso de selección en función de sus bondades, y que fingían fe en su doctrina para comer y tener un lugar donde vivir.

»James se había inventado una filosofía que parecía inspirada en el “vive y deja vivir” y el *peace* que proclamaron los *hippies* poco después, la llamaba *lush love*. La doctrina era simple, consistía en amarse los unos a los otros; conviene aclarar que amarse se entendía allí al pie de la letra, había que amarse física y espiritualmente a todas horas. En cuanto a derechos y obligaciones, todos comían lo mismo, eran vegetarianos, y trabajaban las mismas jornadas; unos cultivando los campos que rodeaban la finca, por lo que cobraban un sueldo; otros en las artes plásticas o la artesanía, por lo que también tenían asignado un salario, aunque menor que los primeros.

»El día comenzaba con yoga y meditación a la salida del sol, y terminaba después de la sesión de lujuria de la medianoche. Podían amarse allí a cuantos uno fuese capaz de desear; estaba permitida la poligamia y se lo tomaban tan en serio como si estuviese prohibida la monogamia. No había lugar para el desacuerdo, la envidia o la desigualdad porque no se permitía acumular bienes. El que tenía alguna objeción era expulsado sin más. James no toleraba las notas discordantes. Solo pretendía quedarme unos días, tal vez fornicar con alguna belleza y luego marcharme. Pensé que a lo mejor James aceptaría mi dinero español a cambio de su moto; él podría cambiarlo sin problemas con sus contactos, era un corrupto. Lo rechazó con condescendencia: “Aquí no necesitamos pesetas franquistas, mi querido Quijote pelirrojo, mi moto es para ti, móntala como si fuese tu Rocinante…”, dijo el estirado inglesito millonario.

»Una doctrina amable era aquella. Ni siquiera exigía rendir culto a su líder. James no había querido convertirse en deidad, conocía bien sus limitaciones y dejó que rezaran a los dioses que quisieran. Le gustaba rezar con las mujeres, solo movía los labios e imitaba algunas voces que se había aprendido para ganarse su favor. Y solía hacerlo colocado, después de fumar su pipa de opio, ritual al que se empeñaba en invitarme una tarde tras otra y que me ponía literalmente enfermo; oler ese humo me hacía vomitar. Un fastidio, el opio podría haberme facilitado una huida rápida y placentera, pero dejé de pensar en ello, me encontraba a gusto allí... Como me negué a probarlo siquiera, me dijo que estaba poseído por mis propios prejuicios y me llamó “españolito de provincias”.

»El engreído gilipollas se hacía llamar *Jamesh*, contracción entre James y Ganesh (ese dios con cuerpo humano y cabeza de elefante, no estaba mal escogido el sobrenombre). Nadie le llamaba así, era difícil de pronunciar incluso para un occidental. Pero a nadie le importaba que fuese un mezquino o un verdadero iluminado porque le respetaban y obedecían como a un jefe y un mecenas. Como he dicho, algunos de los que vivían en el palacete solo se dedicaban a las bellas artes: pintura, escultura, orfebrería… Por mi parte, no tenía ninguna obligación. Pero como había mucho quehacer a diario en la casa, ayudaba en los cuidados de aquellos jardines esplendorosos, que aun repletos de especies exóticas tenía una diagramación, pasajes y laberintos más propios de un Buckingham Palace que de un palacio indio.

»Pasaron meses sin darme cuenta, y empecé a pensar en quedarme. Cada día dormía con una de las feligresas del amor, o con dos si se terciaba la cosa. Comía bien, verduras de primera calidad, fruta recién cogida, y únicamente *lassi* como derivado animal. Pronto tuve que reconocer que, por mezquino que me resultara *Jamesh* como gurú del amor, no era yo muy distinto de él. No solo era físico nuestro parecido, también espiritual: los dos poseíamos un alma viciada y viciosa que solo anhelaba gozar.

»Una noche me visitó una chica con la que no había gozado aún. Acababa de regresar del pueblo, me llamó la atención su vientre de recién parida. Había sido expulsada al quedarse embarazada de no sabía quién en el *ashram*. James no soportaba a los niños, según él encarnaban el caos y quebrarían la armonía. La expulsó al saber que estaba en cinta —a él la humanidad tampoco le importaba mucho— pero le dejó la puerta abierta. Ella me contó que después de parir en casa de sus padres, le bastaron unos días para saber que el papel de madre no era para ella; había sido más feliz en el *ashram*, donde no tenía obligaciones morales y podía pintar cuanto quisiese. Estaba tranquila y era feliz. Y lo más importante, al haber abandonado su hogar era una boca menos en casa…

»Aquello me inspiró. Si la humanidad abandonaba este mundo habría miles de millones de bocas menos que alimentar, y eso permitiría prosperar mejor al resto de seres vivos; si los hombres no fuésemos tan egoístas, les cederíamos nuestro espacio en la Tierra… Una extinción humana voluntaria. La vida en el *ashram* era un prueba palmaria de que los hombres y las mujeres no necesitaban procrear ni formar una familia para ser felices. Era el lugar idóneo para un experimento social. ¿Cómo explicárselo a aquellos hombres y mujeres campesinos? ¿Cómo convencerlos de dejar el mundo al resto de especies? Una tarde que revisaba las tesis de mi cuaderno, me detuve para observar a un martín pescador de alitas azules que revoloteaba

alrededor de la buganvilla de mi balcón. Pude sentir la idea, ya no era aquel razonamiento lógico que había escrito al principio, logré verbalizar un sentimiento en una especie de manifiesto.

Caín murmura las primeras frases del texto, luego vuelve al inicio y lo recita con el tono magnánimo de un discurso:

—*Después de milenios saqueando el planeta, el ser humano tiene la obligación moral de no engendrar más sufrimiento. Pero no es ningún drama, no lo es si un humano usa su inteligencia y reflexiona sobre ello. Renunciar a procrear es el acto de amor más sublime, significa dejar de traer al mundo seres sufrientes y, lo más grande, ceder la Tierra al resto de las especies que la pueblan. Ese es el verdadero amor al prójimo —una idea demasiado cristiana para ellos—. Mientras sigamos aquí debemos vivir con los recursos básicos generados por la tierra, sin sobreexplotarla. La dieta vegetariana es la menos invasiva para el resto de las especies. Todos nuestros propósitos deben ir encaminados a una extinción humana paulatina y voluntaria. No es ningún drama, no es una utopía; se trata de actuar con alegría, generosidad y amor verdaderos.*

»Lo escribí como un autómata, como si me lo hubiese dictado aquel pajarillo que seguía allí, apoyado sobre el alféizar, mirándome como si me preguntara: “¿Qué será de nosotros, humano?”.

»Se lo leí a James, por supuesto me extendí y le hablé de mi visión del mundo. Se puso en guardia, tal vez sospechaba que quería usurparle el puesto de líder espiritual. Pero entendió la premisa. Creo que le gustó tanto mi tesis porque coincidió con su forma de ver la vida, él tampoco deseaba tener hijos y sabía que la India empezaba a superpoblarse. O quizá no quería perder a sus mujeres cuando se quedaban preñadas. Decidimos que los dos se lo contaríamos a los fieles. Antes de eso intenté dar forma al texto, escribí y reescribí y eliminé bastantes tonterías.

Caín hojea algunas páginas con párrafos completos tachados. Intenta descifrar su letra bajo los rallones que dificultan la lectura.

—Había demasiada paja melancólica y poco grano, y lo peor eran las amenazas: “Si no cedemos paso a la naturaleza, ella sola nos quitará del medio. Nos mandará terremotos a escala global, un ciclón del tamaño del mismísimo atlántico, una erupción volcánica simultánea en los cinco continentes… No hará falta, nosotros mismos nos aniquilaremos, una segunda gran guerra acaba, otra pronto dará comienzo”.

»No se podía seducir a nadie de ese modo. Y tampoco podía pretender que comprendiesen mi punto de vista occidental e inevitablemente cristiano, no sentían allí mucho eso de la culpa.

Necesitaba documentarme. Leí sobre hinduismo, budismo… No sabía que ya conocía esa doctrina, yo. Desde los diecisiete había ignorado el deseo —no el sexual, por supuesto— y todo tipo de ilusorias expectativas; vivir se había convertido para mí en un estado de agridulce resignación constante. También leí sobre meditación y toda esa cháchara. Tampoco esas religiones explican nada sobre el sentido (o el sinsentido) de la vida, no son más que métodos de control de masas a través de la anulación de la voluntad del individuo. Sin embargo, en algunos aspectos del hinduismo me vi reflejado, ¡oh, sí, iluminado! Sarcasmos aparte, a lo mejor yo no era más que otra vida vagabundeando en un samsara, atrapada por un afán de entretenimiento, codicia y ansia por matar el tiempo para alcanzar cuanto antes el nirvana, sin otro propósito ni sentido.

»Por una vez deseaba permanecer mucho tiempo en un lugar, dejar de vagar. Quería poner a prueba mis ideas en aquel hermoso micromundo. Pasé bastante tiempo elaborando bien mi argumento, hasta que me pareció convincente para hablarles.

»James y yo acordamos dar charlas en el jardín principal, donde practicábamos yoga. Él tendría que estar siempre presente, traduciría algunos conceptos en un hindi bastante lamentable pero me ayudaría con el inglés. Fue bastante complicado. Al principio les leí mis notas, el breve manifiesto, pero era demasiado racional y no entendieron nada. Intenté explicarles que el mundo se estaba superpoblando, especialmente en la India, que poco a poco acabarían con los recursos naturales y destrozarían su país, más tarde el planeta, todo eso. Caras largas, ceños fruncidos, párpados entrecerrados, alguno se dormía… Entonces añadí que en la medida que se dejara de tener hijos se reduciría la población, y a su vez la posibilidad de reencarnarse en otros seres humanos dañinos. Y lo más importante, se acortaría la cadena de reencarnaciones y se acercarían mucho más rápido al nirvana. El fin del sufrimiento llegaría mucho antes si no tenían hijos. Ese fue el dedo en la llaga. Sonreían con ese movimiento oscilante de la cabeza que es como un sí para ellos. Lo habían captado, ¿pero qué karma les esperaba si obraban mal al no procrear?, se preguntaban. Quizá se reencarnarían en insectos, árboles o animales… «¡Bendito karma!», respondía yo, eso no haría más que favorecer a la naturaleza.

»Luego James insistió en la parte morbosa: con la meditación y el yoga, el orgasmo era un medio de alcanzar el nirvana una y otra vez; después de cada orgasmo uno empezaba una nueva vida que culminaba con el siguiente, sin cambiar de cuerpo uno podía vivir infinitas vidas. Y cuanto más orgasmos y nirvanas se experimentaran, más grado de perfección se alcanzaría como ser. Cuando él decía todo eso yo cerraba los ojos, meditaba, ya me entiendes. También prometió no expulsar a las mujeres que quedaran embarazadas, a las que

quisieran abortar les facilitaría medios para hacerlo en condiciones. Las mujeres agachaban la cabeza al oír aquella propuesta, el aborto era allí un tema tabú pero muy habitual, lo sabía por experiencia. Las que no estuviesen de acuerdo, podían abandonar la comunidad en cualquier momento. Más tarde, se las ingenió para importar de Inglaterra el excedente de un lote de preservativos confiscados durante la Gran Guerra, que encontrabas por todas las estancias del palacete. Eran de una talla inusualmente grande, al parecer habían sido fabricados para humillar a los enemigos. Nadie los usó en el palacete; finalmente habían cumplido con su objetivo.

»James le cambió el nombre al *ashram*, lo llamó "Comunidad de los últimos hombres". A los indios no les gustaba nada. Suena a nombre de secta, pero no lo era; allí ninguna voluntad fue anulada y nadie pagó un céntimo. Al contrario, se les pagó a ellos, como ya he dicho. Además, las sectas ofrecen solo excusas a los cobardes que no se atreven a cambiar de vida, les dan permiso para hacer lo que les dé la gana en nombre de un dios; alguien tiene que darlo para que otros puedan vivir sin culpa. En la India no existe la culpa. Los occidentales son otra cosa, si un dios los autoriza para fornicar con quien quieran, entregarse a la meditación y no dar golpe, abandonar a sus seres queridos y la vida que llevan sin rendir cuentas, y ese dios les garantiza que nadie los juzgará por eso, y todo a cambio de una módica cuota de abonado y con la garantía de no sentir culpa jamás, ¿cómo no van a venerarle hasta el fin de los días? Hubo sectas infames, como aquella que se llevó a los fieles a la Guyana, lejos de su país de origen, donde dieron fin a su vida en un sonado suicidio colectivo. O esa otra cuyo líder defendía el materialismo, y con las donaciones de los súbditos llegó a poseer casi un centenar de Rolls Royce. Nosotros éramos unos beatos al lado de aquellos depravados.

»Perseveré durante años sin lograr que mis ideas calaran en las conciencias de aquellos seres llenos de fe. Para ellos la vida era un ciclo continuo que no se podía alterar; a medida que el mundo se despoblara dejarían de tener un recipiente humano en el que reencarnarse y acabarían todos convertidos en bichos o animales. Amaban a la madre naturaleza, claro, pero para sacarle todo el jugo, no para convertirse en ella. Eran igual de egoístas que los occidentales. Muchos se fueron, y casi todos los que se quedaron lo hicieron por necesidad. Pero algunos tenían una motivación en común con nosotros: encontrar el nirvana, aliviar el dolor de vivir.

»Para nuestra sorpresa, los que se fueron hablaron de nosotros en la región y eso provocó la curiosidad de otros. Llegaron mujeres que ya tenían hijos mayores o habían renunciado a sus pequeños. Almas libres, inadaptados como nosotros, artistas, bohemios, intelectuales, desahuciados de castas bajas… Algunos se quedaron años, otros días,

hubo bastantes entradas y salidas y no llegabas a familiarizarte con las caras. Y menos desde que James tuvo que renunciar a escoger los rostros más bellos, no podíamos permitirnos ser selectivos.

»Nunca me llegó a caer bien James; aparte de sus manías e ínfulas, su costumbre de hablarte como si tuvieses la obligación de escucharle me soliviantaba. Conseguí llevar una vida al margen. Me despertaba antes que él, practicaba yoga, recogía fruta con las mujeres y luego desaparecía con la moto hasta el atardecer. Me acercaba a las playas, nadaba, hablaba con los campesinos, les compraba cocos para la comunidad… Entablé amistad con uno de ellos que se hacía llamar Harry. Estaba un poco chiflado, para él los ingleses habían sido enviados por Brahma para convertirles en un país próspero (creo que lo decía para caer bien). Lucía patillas de soldado victoriano, era pequeño y muy delgado —no más de cuarenta y cinco kilos—, y se teñía de rubio. Siempre me pedía que le llevara a casa en la moto, cargábamos el sidecar con la mercancía y se subía detrás. Gritaba y reía como una rata con los acelerones, y no se agarraba bien; una vez al arrancar, me di la vuelta y le vi sentado en el suelo con un ataque de risa.

»Creo que tampoco me gustaba tener a James cerca por ser como un espejo. Aparte de nuestro parecido físico, empecé a notar que me imitaba. A menudo, como me ausentaba durante todo el santo día, tenía que cenar con él. Me ponía al corriente de su negocio como si fuéramos socios, me recordaba a Abel insistiendo en que me interesara por esos asuntos fútiles. Algunas noches, para evitar su presencia me quedaba en mi habitación. Era enorme y diáfana, solo una pared a modo de biombo separaba la estancia del baño, que era todo de mármol de Carrara como los suelos. Tan solo tres muebles: en el centro de la sala, un *scriptorium* de caoba con pinturas de faisanes y pavos reales de cuatro metros por dos; bajo el amplio ventanal, de unos quince metros de largo, la cama con doseles tallados con filigranas místicas y figuras del Kamasutra; y en la pared oeste, un armario del siglo XIX de cuatro metros de alto traído de Inglaterra. Sobre el *scriptorium* tenía todo cuanto me interesaba: mis libros, mis escritos y algunas revistas a las que estaba suscrito James (Playboy, Esquire…). Él me las traía cuando llegaban, y se sentaba en la cama a leerme artículos que le gustaban; también dejaba alguna página abierta con la *playmate* del mes, y me observaba de reojo. Yo asentía y apenas escuchaba. Se fijaba en todas mis reacciones a sus lecturas y luego las imitaba. Una vez le sorprendí mesándose su barbilla rasurada como hacía yo con la mía, de un palmo; no había comprendido que no lo hacía para pensar mejor, sino para rascarme. Recordé una vez más a Schopenhauer y le dije:

»“—¿Sabías que perdemos tres cuartas partes de nosotros mismos

para ser como otros?”.

»Luego pasó la tarde buscando aquella frase en la revista.

»¿Por qué me dedicaba esa atención si yo le evitaba a toda costa? Una noche que no se marchaba de mi habitación, fingí dolor de estómago y le despaché pronto. Al rato, me visitó una de las mujeres y nos quedamos dormidos después de hacer el amor (no era amor, nada de eso, joder como bestias era aquello, tacha la palabra amor). Me despertó el cierre de la puerta, era otra chica y venía acompañada. No me importaba que otros se liaran delante de mí, pero ¿por qué en mi habitación? Me di la vuelta y cerré los ojos. Oí unos jadeos muy cerca, se habían metido en mi cama. Había sitio para cuatro, pero yo no era habitual de las orgías; había estado en una, mirando: me resultó asqueroso tanto sudor y fluido humano cerca. Me giré para invitarles a marcharse y me encontré con el aliento de James, que puso su mano sobre mi pecho y cerró los ojos. Me levanté y salí de la habitación. Al rato volví y ya no estaban. Nunca hablamos de ello. No tengo claro si James se había enamorado o encaprichado de mí. Nunca me metí con los maricas, pero la homosexualidad no me interesa en absoluto.

»Desde aquello, empezó a evitarme; dejó de incordiarme con su cháchara, cesaron sus visitas inoportunas y yo respiré aliviado.

»Mis cumpleaños se sucedían sin darme cuenta. No es que antes los celebrara, pero allí solo era consciente de las fechas cuando llegaban las revistas occidentales, y ahora se las quedaba James. Como se suponía que teníamos la misma edad —nunca lo sabré ni me importa—, me hubiese orientado que él los celebrara, pero nunca sopló unas velas en mi presencia. No lo hacía desde que sus padres y amigos británicos se habían vuelto a la madre patria. Su escaso cabello se tornó cenizo y le salieron patas de gallo. Y como no veía los mismos efectos de la madurez en mí, empezó a preguntar en la cocina si yo llevaba otra dieta. Aún no entiendo cómo pude soportarle tanto tiempo; supongo que, en realidad, era poco el que compartíamos, y menos aún después de que se viese rechazado por mí.

»En los casi veinte años que permanecí allí (cuyo resumen concluyo, ya que no hicimos otra cosa que seguir jodiendo como monos y contemplar aquellos amaneceres y ocasos fulgurantes —que me niego a ensalzar con descripciones cursis, no vayas a tener la tentación de homenajear la alegría de vivir y todas esas chorradas), hubo decenas de abortos. Muchas mujeres fueron atendidas en el hospital de Cochín untando a un buen médico inglés que se había quedado por allí. Todas las que abortaron volvieron. Lo sé, se les pagaba por vivir allí, pero me gusta recordarlo como un discreto éxito. No hace mucho leí que en Portland, Oregón, ha surgido un movimiento por la extinción humana voluntaria. Su líder se hizo la vasectomía a los veinticinco años. Un héroe.

»Si el paraíso existió, estuvo en esa comunidad fundada por un inglés que no me caía bien. Y aun así, fue el único lugar en el que me hubiese quedado de por vida si las tornas no hubiesen cambiado. James no pagaba impuestos, los números no le salían, y el gobierno fue expropiándole hectáreas de cultivo hasta nacionalizar la empresa. El jardín del edén costaba mucho dinero cada mes. Tuvimos que abandonarlo. Cuando embargaron todos sus bienes era mil novecientos setenta y cinco, según el último Playboy, que James me trajo a la habitación junto con las malas noticias.

»Me vendió la moto muy barata, estaba ya algo desvencijada, pero me pidió que pagara por mi estancia; la cuenta ascendía a miles de libras, al fin y al cabo había vivido allí sin doblar el lomo. James se había arruinado, ya no quedaba rastro de hombre debajo de aquella túnica; ni siquiera en Inglaterra le verían como a un verdadero inglés, lo iba a tener muy complicado. Me compadecí de aquel mamarracho sin personalidad y le di todo mi dinero español que había rechazado antes. Al despedirnos me dijo:

»“—Visitaré tu país, dicen que Franco ha muerto…

»“—Al menos hay una buena noticia”.

»No le di mi dirección al inglés.

»Volví a la playa y enseñé a conducir la Royal Enfield a Harry. Se emocionó cuando le dije que se la quedara. En su inglés gutural y con los ojos empapados de lágrimas, contestó:

»“—¿Lo ves? Los Enfield han traído prosperidad a mi familia”.

»Menuda mierda es la inocencia. Me abrazó, los cabellos teñidos y estropajosos me hicieron cosquillas en la panza y tuve que empujarle para sacármelo de encima.

»Aquellos últimos acontecimientos y las noticias sobre mi país consiguieron que ya no tuviese ningunas ganas de permanecer allí.

»Pasaron aún cinco largas semanas antes de que pudiera embarcar rumbo a España.

Pasea por el carrer del Mar y la Plana; los hijos de algunos conocidos, ahora jubilados, se enseñorean de la vista desde los mejores bancos de la plaza.

Caín se orienta por la luz; los días ya alargan, al llegar a casa empieza a oscurecer, deben ser las nueve. En la cocina hay un pequeño despertador que Vanesa compró en el todo a cien para medir los tiempos de cocción. En efecto, son las nueve, también podrían ser las diez, o las ocho; le dijo a Vanesa que no se lo ocurriese adelantar ni atrasar la hora: «yo como cuando tengo hambre, duermo cuando puedo, no me gusta que un reloj se adueñe de mi tiempo, si hasta me fastidia ser tan regular con lo de cagar…».

De camino a la habitación, se detiene ante la puerta del «tesoro». Puede escuchar en el fondo de su mente la maquinaria del reloj automático que le dejó su padre, un Omega de oro con una correa marrón de piel. No lo usa desde que poco después del entierro dejara de funcionar. Al abrir el cajón, la corona dorada lanza un brillo como un ojo que guiña.

Se pone la bata y toma asiento. Se palpa la muñeca, la orienta hacia la lámpara y la corona vuelve a desprender unos haces dorados. Se ponía ese reloj solo para dejarse embelesar por aquellos reflejos; imaginaba el sol rebotado sobre los escudos de los soldados romanos, los destellos de un gong recién golpeado, los brillos del collar de una reina... Y cuando se cansaba de esas imágenes, le desesperaba la lentitud implacable de aquellas agujas. El reloj se ajusta a su muñeca en el mismo agujero de la correa que a los diecisiete.

No está seguro de cuánto tiempo ha pasado desde la carta de Adam, no ha respondido a su consejo, debería haber cerrado la boca. ¿Habrá vuelto a probar con las prostitutas? Aún le queda una pregunta por responder. Tiene la lista en el bolsillo: «¿Ha pensado qué quiere que hagan con su cuerpo cuando muera?». Antes de acostarse charlará un rato a esa grabadora. Se prepara un cubalibre para mantenerse despierto. Pulsa la tecla *Rec* e inicia la cara B de la cuarta cinta.

—Una pregunta interesante… Noventa y nueve años de penosa existencia, y en ningún momento he pensado en ello. ¿Así que tú te lo has planteado? Tú, vitalista y alegre Adam, has sentido esa ilusión de inmortalidad en cada atardecer presenciado, en cada noche superada y cada amanecer gozado. Y es que hasta el ego dotado de la peor autoestima cree que es único y grandioso y maravilloso y por tanto inmortal y tiene que haber algo más que me conceda mi merecida eternidad bla bla bla… En todas las culturas se da, todo humano blanco rojo negro o amarillo cree en ese Algo supraterrenal que le elegirá y le salvará de la muerte y del olvido; menuda soberbia la del hombre, solo por eso cree en dioses y energías y chorradas como

esas… Y al final, hay que pensar qué queremos que suceda con nuestro cuerpo cuando los bichitos que lo asedian desde que es un tierno trocito de carne viva consigan devorarlo. Qué hacer con este cuerpo desgarbado y rígido cuando un día se vuelva un poco más rígido y espantoso, si es que llega mi día… aunque no tengo claro si eso realmente te interesa ya… —lo dice girando la cara en dirección opuesta a la grabadora, luego vuelve a mirar ese trasto con indiferencia—. Tampoco sé si sigues ahí…

»Como imaginarás, no soy de esos que dan su cuerpo a la ciencia, no soy una rata de laboratorio, tampoco me considero mejor que ellas… ¿Y si averiguaran cómo prolongar la vida humana gracias a alguna extraña encima hallada en mi organismo? Ni hablar… Tampoco pienso donar los órganos, ¿a quién podrían ayudar los órganos de un despojo social? ¿Y si el receptor empezara a manifestar incomprensibles comportamientos suicidas? Bueno, eso no estaría tan mal… Pero no, la humanidad no merece ni necesita ser ayudada, pero ella da por hecho que sí, que la vida merece cualquier esfuerzo. En cambio, cuando hay que ayudar a los que quieren dejar de ser parte del club, ¡ja!, de eso ni hablar. Cuántos desahuciados esperan una muerte digna y la dichosa moral no hace más que castigarlos… Sobra penicilina y falta Nembutal. A Marilyn le fue muy bien.

»Una vez, cerca de Munnar, asistí a una ceremonia fúnebre. Habían montado una pira con leña y hojas secas, y el cadáver yacía encima. El cuerpo humano tarda bastante en arder en esas condiciones, las llamas consumen el cabello y la piel primero, pero tienen que lamer y lamer tejidos y grasa hasta empezar a devorar los huesos. Se apagó un par de veces, el tufo a carne requemada podría confundirle a uno con el de una barbacoa si no fuese por el aroma del incienso. Después de un buen rato ardiendo, el dedo retorcido de la mano derecha del difunto se levantó unos grados, como queriendo sugerir algo a los congregados: “¿Puedo volver? Es peor al otro lado…”.

»Supongo que en los crematorios que tenemos aquí la cosa funciona mejor. Pagando una generosa suma, cualquiera puede arder en este infierno sin pasar por el purgatorio. Esa sería una solución, ya que tampoco me veo metido en un nicho; no deja de ser como mudarse a otra comunidad de vecinos, imagina aguantarles toda la eternidad. Y lo de estar bajo tierra tampoco me convence, aún tendría la mala suerte de sufrir una catalepsia y tener que romperme las uñas para volver a la indeseable superficie… Se me ocurre que podrían trocearme y enterrar distintas partes de mi cuerpo en diferentes lugares del planeta, de ese modo mi materia en descomposición serviría de alimento a esos pequeños seres del subsuelo… Menuda chorrada…

»Por supuesto, no me importa una mierda lo que ocurra con mi cuerpo, si se pudre o se achicharra… Solo deseo no volver a este mundo en forma humana alguna.

Ha dejado la grabadora en marcha y se ha levantado para mirar por la ventana. El cable del micro se tensa cuando se asoma, puede recordar cómo era su calle al regresar:

—A mi vuelta de la India encontré mi calle tal cual la había dejado cuarenta años atrás, sin asfaltar y aún con agujeros de proyectil en algunas paredes. Franco había muerto pero era pronto para ver cambios, como si el país necesitara un tiempo para recuperar su dignidad.

»Entrar en casa fue como colocarme un espejito en el ojo del culo y verme por dentro; todo decrepitud y oquedad. Las paredes desconchadas y mohosas parecían quejarse y llorar a través de grietas y goteras. Todas las bombillas estaban fundidas como mis ideas para seguir viviendo. Estuve un buen rato de pie, en la penumbra del salón; luego abrí las ventanas, un buen trago de luz. Me fui directo a la ferretería, Dolores y Claudia estaban en el mostrador. Postrada en una silla de ruedas, Dolores daba menos miedo que nunca: de negro y con la mirada severa pero ya nada amenazante, el cabello recogido en el moño pero algunos cabellos sobre los ojos que soplaba con insistencia para apartarlos, las rodillas juntas y como queriendo tocar el pecho porque empezaba a retorcerse. Siempre pensé que el físico de las personas muestra sus conflictos interiores; la rabia de Dolores era la artritis que la había hecho encogerse como cuero viejo. La vejez era aquel rostro sucio de miserias y arrugado por la escasez de alegrías; una tez salpicada de huellas del pasado en forma de manchitas oscuras. Claudia, en cambio, lucía una sonrisa arrebatadora y dulce a su edad, estaba radiante a pesar de que sus bellas facciones se habían desdibujado por la distensión de la piel. Me miraron perplejas, aún iba vestido con túnica y no había tenido tiempo de cortarme el pelo; solo Claudia me sonrió antes de hablar:

»“—¡Mira, un fantasma ha venido a vernos! ¿Se puede saber dónde estabas?” —Sonó como si acabara de llegar de un recado y me hubiese entretenido—. ¿Y qué haces vestido así?”.

»Llevaba tanto tiempo vistiendo aquella túnica raída, que no había sido consciente de que me había paseado con ella puesta por toda Barcelona y Badalona desde mi llegada al puerto unas horas antes. Sin mirar en ningún momento a la otra, que me observaba con desprecio, me dirigí a Claudia:

»“—Pasaba a saludar. Y a por unas bombillas…

»“—Jodido loco, ¿a eso vienes? ¿A por bombillas? Dame un beso… Pero si estás igualito, madre mía, este golfo nos entierra a todas, Dolo —no iba mal encaminada”.

»Mientras Claudia me besaba las mejillas ruidosamente y me abrazaba, “Dolo” —ni siquiera llamarla así hacía más digerible su presencia— no abrió la boca; “se le ha comido la lengua el gato”,

pensé. Supe luego que, efectivamente, le habían tenido que amputar la lengua; se había vuelto una fumadora compulsiva de tabaco negro al poco de marcharme. Si hubiese creído en Dios, hubiese dicho que la había castigado por deslenguada, o por tener esa lengua viperina. Chistes de mal gusto, lo sé, pero ahí estaba clavándome su mirada ignominiosa. Le corroía el alma que Claudia fuese amable conmigo después de lo que le había hecho, o por no haberle hecho nada. Pero Claudia no me reprochó que me hubiese largado en ningún momento. Ella no, su hija sí. Laurita... ¿qué había sido de aquella chiquilla que se rio de mi cojera poco después de saltar por el balcón? No la había vuelto a ver desde entonces. Un día, mientras ordenaba uno de los pisos para alquilar, vino a visitarme; era ya una cuarentona guapa: más alta que su madre y con los mismos cabellos de oro, pero ruda en el gesto para lo que uno entiende por feminidad. Un bello monstruo con la apariencia de Claudia y la personalidad de Dolores. Vestía un peto tejano ancho y unas babuchas marroquíes de color azul, se había hecho una cola de caballo que le caía sobre el hombro derecho; había elegancia en su estilo campesino...

»“—¿Cómo pudo abandonar a dos mujeres indefensas? —me echó en cara. “¡Indefensas!” La muy machista las subestimaba.

»“—Fue el patriota de tu padre quien os abandonó a ti y a tu madre cuando se alistó voluntario. Y te aseguro que ellas se apañaron mejor sin mí… ¿Tú estás bien, pequeña? —Sonó raro, era casi tan alta como yo—. ¿Necesitas dinero?

»“—No se te ocurra acercarte a mi madre —me advirtió, y se marchó”.

Se acerca al piano de cola, cómo le ayudó comprar aquel piano a la hija de la profesora de música del segundo cuando esta murió. Diría que se hizo con él solo para consolarse con su presencia, para admirarlo; es el mueble más bonito inventado jamás. No ha vuelto a tocarlo desde que habló a Adam de la guerra. Se escucha un claxon. Vuelve al sillón.

—Me costó situarme, ruido de obras por doquier, niños y colegios, manifestaciones, y no era fácil cruzar una calle sin que un coche te atacara con su claxon. Además, en mi barrio me sentía vigilado. En la portería coincidía con los hijos de algunos inquilinos ya fallecidos. Se plantaban frente a mí sin decir nada, me repasaban de arriba abajo y cuando confirmaban que era yo reaccionaban diciendo chorradas como “qué bien le veo…”, dándome la mano o dos besos; y se quedaban muy serios en medio del rellano, esperando al ascensor, mirando de reojo si el *senyor* Rigau seguía allí o se lo habían imaginado.

»Claudia me confirmó por enésima vez que era un ángel. En mi

ausencia, Dolores había intentado robarme de nuevo. Esta vez no se trataba de una carta, intentó poner las zarpas sobre los pisos, lo único que me quedaba de mi familia, y eso que ya le había cedido la ferretería. A medida que los inquilinos abandonaron las viviendas, Dolores fue recuperando las llaves. En lugar de guardarlas, pretendió alquilar los pisos por su cuenta y quedarse el dinero, eso sí, con la complicidad de Claudia. Dolores quería que fuesen a medias. A saber si yo volvería, no habían vuelto a tener noticias, y si regresaba ¡ya arreglarían cuentas conmigo! Claudia acabó aceptando a condición de administrar el dinero, como era la contable de su negocio Dolores accedió. Desde el principio Claudia la engañó e ingresó todo en mi cuenta. Cuando Dolores se enteró, se cabreó mucho por su traición; casi la despide, pero sabía que no encontraría a nadie que la aguantara.

»Me sentía agradecido con Claudia, solo por ella disponía de una pequeña fortuna, aunque me las tuve que ver con Hacienda por el modo en que se había administrado... Pero aparte de eso, quería estar con ella, recuperar el tiempo perdido… La invité a una mariscada en la playa. Estaba muy contenta; durante un par de horas fuimos dos novios que se reencuentran. Comimos y reímos recordando las bromas a Dolores y otros episodios absurdos de la ferretería. Me contó que Dolores había perseguido a un cliente moroso en la calle: “al verle pasar por la puerta cogió una escoba y salió tras él, y un chiquillo gritó: ¡Mira, la bruja no sabe volar!”. También había agarrado un hacha para disuadir a un pretendiente que venía a verla todas las mañanas a la tienda.

»De regreso a casa le dije que le quería hacer un regalo, que me pidiera lo que quisiera: una joya, un abrigo, un viajecito… Se detuvo justo al cruzar las vías del tren y me miró a los ojos. Me dedicó otra de sus amplias sonrisas e inclinó la cabeza a un lado; pensaba que me iba a contar otra anécdota o un chiste.

»“—Quiero que me ayudes a marcharme sin molestar.

»“—¿Marcharte? ¿Adónde? Ahora que he vuelto…

»“—Me muero. No saben cuánto duraré”.

»Se quedó muy seria. Y yo sin habla. Había tenido la muerte delante en muchas ocasiones, la había olido y palpado con mis propias manos, pero siempre la había experimentado como una pedrada que te viene a la cabeza sin verla, un disparo o un empujón repentino al vacío. Me compadecía del muerto unos instantes y luego le envidiaba. La noticia de Claudia tuvo un efecto fatal en mi cuerpo, un dolor se apoderó de todos mis miembros.

»“—¡Menuda mierda! ¿Y tiene que ser ahora, precisamente? —Mi respuesta la hizo volver a sonreír.

»“—No me preocupa mucho, soy una mujer mayor, mis días se

acaban —Por qué esa lógica no funciona conmigo—. No quiero ser un estorbo para mi hija. Ella tiene pareja, una buena mujer, no pongas esa cara, hombre, no es ningún delito ni ninguna enfermedad, y es abogada. Quiero ingresarme en algún lugar tranquilo hasta que llegue el momento.

»"—¿Qué dices? Te cuidaremos entre todos —Yo, cuidador, quién podía creer eso…

»"—No; es mi decisión. Pero no tengo suficiente dinero".

»Me hice cargo, se lo debía. No por el remordimiento de no haber satisfecho sus sueños, tampoco por haber protegido mi dinero. No; lo hice porque era mi única amiga, no me guardaba rencor aun habiéndome comportado como un canalla, me había querido siempre tal cual era yo, un mal bicho. Fue una verdadera cómplice, una compañera de viaje inesperada e inmerecida, mi queridísima hermana Claudia.

»Fuimos juntos a un asilo de Barcelona. Habían aprovechado lo que había sido un hospital de principios de siglo; se caía a trozos, las ventanas no cerraban bien, hacía frío, estaba lleno de crucifijos por todas partes y fotos del caudillo aún. Carecía de todo tipo de comodidades: el agua no salía caliente, en las salas de recreo faltaban butacas y mesas, todo era frío y lúgubre como en un convento saqueado. Claudia estaba dispuesta a ingresarse en aquel hospitalucho infame hasta que necesitara cuidados intensivos.

»Hablé con el gerente, el señor Antonio, un hombre de negocios trajeado, gordito y fumador de Farias. No me gustó de entrada, me recordó a Linares, pero me informé y supe que era gerontólogo, que había ejercido de misionero en la India y que a su regreso había colgado los hábitos. Volví a visitarle al cabo de unos días y le hablé de mi preocupación por las instalaciones. Iban justos para hacer mejoras, pagaban mucho de alquiler. Yo había visto una casa de indianos en venta al poco de mi regreso, justo en mitad de la Rambla. Costaría casi todo lo que tenía ahorrado. No me importó, no había contado con ese dinero y no podría haberlo usado para otra cosa. A los pocos días, propuse a aquel tipo trasladar allí el asilo; le cobraría un alquiler razonable por el edificio. Se lo había puesto muy fácil y el señor Antonio aceptó. Como condición, la habitación más grande sería para ella, pero cuando inauguraron Claudia eligió la más pequeña, la que tenía frente a la ventana la palmera del patio.

»Vivió allí durante un año, siempre contenta. Hablamos mucho, le conté todo eso del *ashram* y la espiritualidad y la reencarnación. Se desternillaba de la risa: "te lo estás inventando", me decía. Me aterrorizaba ponerme en su piel, esperar a que la enfermedad te consuma requiere de una valentía superior a la del suicida. Cada tarde iba a verla y jugábamos al dominó en el patio. Salíamos a pasear,

comíamos helados, nos bañábamos en el mar, incluso en otoño (menuda bronca nos cayó una tarde de noviembre que volvimos con los cabellos mojados). Me parecía imposible que pronto fuese a llegarle la hora.

»Algunas veces me quedaba a dormir como si fuésemos novios. Ella aún podía hacerlo, así que convertimos aquella habitación de asilo en la de un hotelito de París… En una ocasión, la enfermera que traía el desayuno me sorprendió allí. Me habló severa y susurrante:

»“—Oiga usted, ¿no le da vergüenza acostarse con una señora mayor?”.

»Me la quedé mirando, le guiñé el ojo y le respondí:

»“—Tampoco me da ninguna vergüenza hacerlo con mujeres más jóvenes y mucho menos atractivas”.

»Y le pellizqué el trasero, a lo que ella contestó con una sonora bofetada. Seguí frecuentando la casa. Nos acostamos hasta que ella quiso, al final solo dormíamos juntos como dos hermanos. Me prohibió que la visitara en los últimos dos meses previos a su muerte, cuando la trasladaron al hospital Valle de Hebrón. El cáncer la devoraba, y ya no quería ni mirarse al espejo después de que se le cayera el pelo. A través de Laura le hice llegar revistas, flores, postalitas de destinos exóticos a las que añadía alguna tontada en el dorso para hacerla reír: “Todo va ir bien, el más allá no puede ser peor que el acá”…

»Dudo que su hija se las entregara, pero la convencí para que se saltara la guardia y me permitiera visitarla por última vez. Accedió solo cuando le dije que le había comprado el asilo a su madre. Me sorprendió ver a Claudia con aquella cabellera, como si le hubiese crecido el pelo; había hecho comprar a Laura una peluca antes de que yo la visitara. Y con ella puesta estaba aún bonita, pero al acercarme vi que su rostro estaba siendo arrasado por el dolor y la enfermedad, y el efecto de la peluca resultaba grotesco.

»Le puse los dedos sobre la muñeca, el pulso era tan débil… La besé en la mejilla y antes de retirarme le susurré al oído:

»“—¿Sigues queriendo que te ayude a marcharte?”.

»Acerqué mi oído en su boca y escuché un leve silbido, un sonido parecido a un “sí”. Me aseguré mirándola a los ojos, diamantes apagados, los párpados bajaron con aquiescencia.

»Saqué del bolsillo la caja de somníferos que había robado de su habitación en el asilo, y fui poniendo una a una cada píldora en la palma de su mano. Ella cerraba los finos dedos y levantaba la mano hacia la boca, yo le acercaba el vaso de agua a los labios. Así hasta que se quedó dormidita… La besé en la frente y mis lágrimas bañaron su rostro, que sequé con más besos. Me fui de allí saboreando la sal de la desgracia una vez más.

»Cuando Claudia se fue de este mundo, decidí que la inversión ya había sido amortizada. Pensé en quedarme la casa como cualquier indiano de éxito, ¿pero qué hacía yo en una casa tan grande? Cambié de opinión y le propuse a Antonio que a partir de entonces las mensualidades del alquiler fueran a cuenta por la compra de la propiedad, en diez años sería suya. Fue como decirle que le había tocado la lotería; quiso que me fumara un Montecristo de los que tenía reservados para las ocasiones, le dije que mejor me invitara a ir de putas un día y se santiguó sin poder aguantar la risa. El señor Antonio estuvo muy agradecido por mi gesto y sensibilidad hacia los mayores. Los mayores, esos pobres viejos, los grandes olvidados y apartados por todos esos jóvenes tontos que acabarán siendo socios de ese mismo club indeseable. Cuando eres joven crees que los viejos ya nacieron así, que estaban ahí cuando tú llegaste, son otra cosa los viejos, otra especie. Yo mismo no me veo viejo; viejos, esos son los otros… Pusieron una placa de agradecimiento a mi persona en la entrada, no dejé que me mencionaran para no dar que hablar a los cotillas. Reza así: “En agradecimiento al indiano con el corazón más generoso de Badalona, que tanto nos ayudó a ayudar”. Chorradas. Lo hice para estar más cerca de aquellos que se apagan, como si eso fuese a ser contagioso o algo así; pura superstición, esa es la verdad.

»Sigo asomándome al patio. A veces, entre todos esos desconocidos veo a Claudia; se acerca, y al ver mi cara de circunstancias se tapa la boca con la mano como si fuese a partirse de risa.

»La muerte de Claudia acabó de hundir, literalmente, a Dolores. Ella era la única persona del mundo con la que se podía comunicar, solo aquel ángel la entendía y le tenía cierto apego. Se fue encogiendo aún más en la silla de ruedas que, según la opinión de Laura, usaba por vagancia. Al faltar su madre, fue ella quien la reemplazó en la tienda y se ocupó de empujar a Dolores de un lado a otro, pero la trataba como a un trasto. Una mañana que volví a por cachivaches a la ferretería me dijo que Dolores había muerto. Había dejado escrito que si moría antes que yo, no se me invitara al entierro. Era el veintitrés de febrero de mil novecientos ochenta y uno.

Sofía está al otro lado de la cama, se ha alejado para fumar un cigarrillo junto a la ventana abierta. Es su tercer encuentro en esa habitación. Mira a Adam, que se ha tapado con la sábana y tiene las manos entrelazadas sobre su pecho. La conmueve y excita ese hombre de aspecto infantil y rechoncho.

—Pensarás que te miento pero te lo voy a *desir*, mi osito… —apaga el cigarrillo, se pega él y susurra en su oreja unas palabras, dejando que sus gruesos labios rocen el lóbulo cada vez que pronuncia la *o*—. N*o* sé tú, mi *o*sit*o*… pero y*o* tuve un *o*rgasm*o* maravill*oooo*s*o*…

Adam la mira de hito en hito, ella no se ha tapado. Es una mujer hermosa y lista, más que él, como todas. Podría engañarle como quisiera. Pero no le preocupa demasiado eso ahora. Han usado preservativo, eso sí es importante. Ella le explicó bien todo el asunto del VIH, aparte de tomar precauciones se hace pruebas cada tres meses. Se ha sentido como un niño en clase de educación sexual. No acaba de entender lo de los besos…

—¿Por qué me besas? Lo haces desde el primer día.

—Me gusta besarte porque sabes bien, mi osito caribeño… qué sé yo, lo hago porque me gustas, no hay más... ¿No te gusta?

—Tenía entendido que vosotras no besáis…

Ella se incorpora y se apoya sobre los codos.

—«Vosotras». Ya sé, no digas más nada, soy una puta, claro… Crees que solo quiero aprovecharme de ti…

Sofía se incorpora y se dispone a levantarse, cuando Adam reacciona:

—No, nada de eso. A mí también me gustas… Quédate a dormir, por favor.

Ella pega su cuerpo al de él, y apoya la cabeza entre su pecho y su barriga velluda.

—Tendré que cobrarte la noche entera. Soy muy cara…

—Pues será mejor que te vayas… no tengo tanto dinero…

Ella vuelve a susurrarle al oído.

—N*o* me v*o*y a ir, t*ooo*nt*o*… n*ooo* piens*ooo* hacerl*ooo*…

Se apoya sobre su codo y mira a Adam a los ojos:

—Y no hace falta que me pagues. ¿Qué pasa? Solo tengo ganas de dormir abrazada a ti, así, no dejaré que te muevas, eres mío, solo mío...

Se abraza fuerte a su cuerpo, como si él pudiese protegerla o salvarla de algo. ¿Qué espera esa mujer de él? Le tranquiliza que no se marche a atender a ningún cliente, pero a veces piensa que lo suyo con esa prostituta no tiene mucho sentido. ¿Y por qué no iba a tenerlo? Bobadas. Seguirá viéndose con ella, «el sexo es la espuma de la vida»…

Por la mañana piden el desayuno en la habitación. Él se muestra

serio y taciturno.

—¿Qué pasó? ¿No dormiste bien?

—No estoy acostumbrado a dormir con otra mujer… pero ha sido lindo que te quedaras, gracias…

—Me quedé porque quise, ya te dije… Eres un buen hombre, Adam.

A Adam no le gusta mucho cómo suena eso de «buen hombre».

—¿Qué planes tienes hoy?

—Te preocupa cuánto trabajo tengo, a cuántos me voy a tirar, ya te estás torturando… —Lo dice sin acritud, casi con dulzura, como una madre que comprende un miedo infantil—. ¿Es eso?

Adam se levanta y comienza a vestirse en silencio, mientras ella sigue hablándole. No puede callarse lo que lleva pensando desde que ha despertado y le ha visto dormir como a un niño junto a su mamá.

—Mira, estoy harta de ser una prostituta. Yo valgo más que eso; yo valgo mucho y tú también. Me siento a gusto con las personas buenas, y tú conmigo; te he visto dormir a mi lado, que no has dormido, dices… Si alguien me apoya estoy dispuesta a cambiar de vida…

Tener una relación formal con una prostituta, ¿quiere eso? ¿Sería capaz de amarla? Se siente demasiado vulnerable en este momento, y más junto a una mujer que es diez años más joven y que ha corrido mucho más mundo que él. Sin embargo, le ha contado todo lo de su divorcio y ella ha sabido escucharle, solo le sobró lo de «esa es más puta que yo»… Incluso le ha hablado de Caín y del proyecto que tenía en mente.

—Me tengo que ir. Ya hablaremos.

Le ofrece el dinero por lo de ayer, ella gira el rostro hacia la pared. Tiene que marcharse, pero no puede dejar de mirarla; sigue desnuda en la cama. Incorporada y abrazándose las rodillas con toda su dermis reflejando los tímidos haces de luz que traspasan la cortina, le parece una modelo que pose para Helmut Newton. Podría llamar al trabajo y decir que anda resfriado, pero no es momento para tonterías.

—Cuando estés lista deja la llave al conserje —Sí, puede confiar.

La besa en los labios y se marcha.

De vuelta del paseo matinal pasa por el asilo. Frente a la ventana de la que fue la habitación de Claudia se sigue elevando orgullosa aquella palmera cuya copa está repleta de loros y cotorras; le recuerda a una mujer dicharachera con una cabellera exuberante. Sigue andando por la Rambla y se detiene, no se ha fijado en la actividad del patio. Qué más da. Todos se marchan pronto del hotel Muerte. Un niño que llega tarde al colegio le pregunta la hora. Caín mira el reloj, «son las diez y media». El niño sale corriendo y Caín se detiene ensimismado… Eran las diez horas, treinta minutos y cuarenta y dos segundos de la noche. Se había acostado a las nueve y aún no se había podido dormir, la rabia no le dejaba. Encendió la bombilla de la mesita de noche, llevaba un buen rato dando vueltas en la cama y mirar la hora aún le provocó más ansiedad. Sin pensarlo dos veces lanzó el reloj al suelo y apagó la luz. No le importó el valor material de aquel reloj Omega chapado en oro, y tampoco eso que llaman valor sentimental. Quien se lo había regalado ya no estaba en este mundo; ya no había horas para su padre, así que tampoco las había para él. Al rato, aún sin haber pegado ojo, recogió el reloj del suelo a oscuras; se lo acercó al oído, ¿dónde se había ido aquel tictac impenitente? Volvió a encender la bombilla, el cristal de cuarzo apenas se había rozado pero seguían siendo las diez horas, treinta minutos y cuarenta y dos segundos. Para él sigue siendo la misma hora desde entonces, aunque son más de las tres cuando llega a casa. Vanesa ya se ha marchado, no tiene hambre, grabará hasta que le entre el apetito. ¿Cómo seguir? Se le acaba la lista de recuerdos, al menos esos de los que le apetece hablar. Después de comer se queda dormido, y despierta a los diez minutos. ¿Qué hacer hasta la noche? La tarde es una vida entera. A las cinco menos cuarto se toma el cubalibre y baja a darse un paseo. En la plaza del Ayuntamiento hay una manifestación, poca gente ha asistido, ¿a quién se le ocurre convocarla a esa hora? Ahí llega otro recuerdo.

—«*Llibertat, amnistia i una tia nova cada dia…*». Después de décadas de represión, el *poble* exigía la liberación de activistas encarcelados y el Estatuto de Autonomía. Me maravillaba que nadie les disparase por ello; cuando era niño, oí que la Guardia Civil había matado a tiros a cuatro trabajadores de la fábrica Cros solo por reclamar derechos laborales. El golpe de estado no tardaría mucho en llegar. Qué curioso que Dolores se fuera ese día negro de la historia española: a ella le hubiese gustado quedarse a verlo (y que saliera bien, por supuesto).

»Había vuelto a quedarme solo, pero esta vez en mi propia ciudad. Otra vez pensé en marcharme. Sin embargo, a pesar del vacío, pronto empecé a verle el lado bueno (¿lo ves? soy un optimista consumado); nadie podía darme la brasa con tonterías, era como estar a miles de kilómetros pero con todas las comodidades del hogar. Había logrado esquivar el desasosiego y la locura durante mi larga vida en lugares mucho más extraños, inhóspitos y caóticos que Badalona, ¿a qué marcharme otra vez?

»Como buen *xarnego* (mamá era de un pueblecito de La Mancha) cada tarde compartía en paz, y no sin cierta diversión, el tiempo de bajar a comprar Coca-Cola con esa gente *del centre de tota la vida*, simpáticas estatuas parlantes sentadas en sillas de mimbre que custodian, generación tras generación, sus portales y calles con sonrisa y celo de sereno. No pude esquivar la playa donde habíamos tenido nuestra casa, ni el tramo de vía donde el tren había borrado de este hermoso mundo a mamá y papá. Tras un forzoso período de reencuentro con esos lugares y con el maldito espejo del baño (no hace mucho decidí arrojarlo al contenedor del vidrio para que lo reciclen en botellas de ron) llegaron algunos cambios; la caída del muro, las olimpiadas y Vanesa. Al entrar ella en casa, acabé por acomodarme a un estilo de vida fácil; paseo matinal, comida preparada con cariño por una belleza mestiza, lectura y sexo todos los domingos con otras bellezas sudamericanas; ha habido cuatro «jovanas» ya, las llamo a todas así y a ellas les gusta.

»Conseguí que estos últimos años pasaran más deprisa de lo habitual. Las rutinas hacen milagros, empujan las agujas del reloj y queman los días por ti; solo tienes que alienarte y actuar como un autómata para ver el tiempo volar. No tengo mayores menesteres que ir al banco, llamar a algún chapuzas para solucionar las incidencias de un inquilino pesado, ver alguna película… Eso sí, las tardes se hacen largas; la siesta ayuda, pero despertar con los gritos de los críos que salen del colegio me produce dolor de cabeza. Además, una buena siesta no debe durar más de quince minutos, en caso contrario el regreso a la realidad duele como nacer. Tal vez sea eso nacer, regresar a la realidad; dejar ese entorno líquido, gustoso y etéreo para tener que venir a este mundo. Sí, es un mundo hermoso, pero vamos a tener

que pagar por pisarlo, vamos a tener que sufrir y eso ya lo intuimos antes, durante esos nueve únicos meses de pura felicidad. Por eso lloramos al abandonar el calentito organismo de nuestra madre.

»No volví a sentir la pulsión de marcharme, ya no había nada de lo que huir. Así que, pese a todo, reconozco que me vino muy bien tu propuesta para llenar esas tardes eternas.

Se detiene y se mira las manos, cuenta con los dedos, siete preguntas, las ha respondido todas…

—Qué más puedo decir, me he cansado de hablar de mí. Nací cansado de mí. A partir de ahora solo diré chorradas. O ya las he dicho todas.

Todas sus quejas han quedado registradas. Aún sobra un poco de espacio en la cara B para otro capítulo breve de su vida. Otro capítulo. Así entiende él la existencia, una colección de capítulos, sin más. Se ha limitado a narrar los más importantes. Dicen que es más fácil acordarse de lo bueno que de lo malo, que la memoria es selectiva, pero él lo ha recordado todo con detalle. ¿Será porque no tiene más apego a unos recuerdos que a otros? Aunque está casi seguro de haber olvidado pulsar la tecla *Rec* en algún momento importante…

No le importaría seguir grabando, ya se ha habituado a ese ritual, pero no le gusta hablar por hablar; necesitaría otra pregunta, un mínimo diálogo, que Adam le diese pie. Menuda mierda, ¿ahora necesita sus preguntas? ¿Aquellas que al principio consideraba chorradas? Pero qué sentido tendría seguir sin ellas, sin un oyente atento... Si continúa, se sentirá triste como un escritor sin lector, perderá el interés por sus palabras y estas dejarán de tener sentido…

Adam no ha vuelto a escribirle, ¿qué estará haciendo? Parece que ha perdido las ganas, que se ha cansado del asunto. Tiene cosas más importantes en las que pensar, un matrimonio que se derrumba… El caso es que ahora es él quien tiene preguntas, le surgieron después de leer la carta que Adam le escribió sobre el destino de Pepe en Cuba: ¿Qué clase de padre fue Pablo? ¿Cuándo dejaron Cuba Adam y su familia? Y otra pregunta le ronda en sus adentros: ¿Desde cuándo necesita él compañía?

Recupera del libro la foto de familia que Adam le mandó. Así que esos son todos los miembros vivos de su familia. Recuerda la primera grabación: «¿Qué son los lazos…?». Si estuviesen más cerca podría invitarlos y conocerse. Podría soportar un rato su compañía y los gritos de los niños. Podría invitarlos a venir de vacaciones, los alojaría en un hotel. Recorrer miles de kilómetros para verse un rato con un viejo cabrón... O podría ir él. Nunca ha viajado en avión, ¿qué gracia tiene recorrer una distancia entre dos puntos sin conocer la belleza que los separa? Las vistas compensan, dicen. Pero a él siempre le

gustó desplazarse por tierra o por mar, a esa velocidad que permite la contemplación. Podría embarcarse y cruzar el charco, como ya hizo de joven…

Devuelve la foto al libro. La carta de Lola sigue ahí.

Se detiene en el cine Picarol, desde hace un tiempo se ha aficionado a ir cada dos o tres días. En toda su vida solo había ido al cine un par de veces en Badalona y otras pocas en La Habana, con Lola. Entonces había pocas películas sonoras, y prestaba más atención al pianista que había bajo la pantalla que a las imágenes. Se le ocurrió volver a entrar en una sala al ver un cartel a todo color con una moto volando entre explosiones que le recordó los saltos con la Royal Enfield. ¿Eran así las imágenes ahora? Vaya si lo eran, y ese sonido envolvente… No recuerda la película, solo que era mala. Otro día vio un fotograma de Fernando Fernán Gómez ampliado en los escaparates que hay junto a la taquilla, a veces reponen cine español en la sesión golfa. Cierto parecido con el actor le hizo sacar otra entrada, y se volvió un asiduo.

Se ha hecho amigo del taquillero, que le recomienda películas. «Esta gusta mucho», «con esta no paran de reírse», «esta no es para usted»… No tiene ningún criterio propio, pero a Caín le resulta interesante compartir el del público. ¿De qué se ríen? ¿Qué los hace llorar? ¿Qué los enternece? Las risas, los «¡oh!», los «¡uy!» y los «¡ooooh!» son el espectáculo. Ha estado tanto tiempo con gentes de otra cultura o encerrado en sí mismo, que solo quiere escuchar y observar de reojo a los que tiene cerca. Vibrar con el que tienes al lado, no conocía esa sensación. No se pierde los llantos emocionados del público en «La milla verde», las risas amargas en «American Beauty» y los rumores de estupefacción en «El sexto sentido». «Es un gimnasio para los dos órganos menos utilizados por el ser humano, eso del cine», comenta a Vanesa un día, y ella duda si se refiere a los ojos, o al cerebro y el corazón. También le pide que le acompañe una tarde. «No sé, a ver si va a querer usted hacer manitas…».

Ha pensado en comprarse un televisor. Una mañana se queda mirando un buen rato las pantallas de un escaparate, y allí plantado recuerda que las antenas de televisión empezaron a emitir ondas después de la segunda Gran Guerra; piensa que a estas alturas podrían haber alcanzado ya otras galaxias, y se pregunta qué pensarán los extraterrestres sobre nuestra estulticia.

Visita una de las *granges* del *carrer* del Mar, de niño siempre se preguntaba por qué gustaba tanto la bollería a los viejos. Se pide un «chucho», le da un buen bocado, otro, la sobredosis de azúcar le hace sudar al tercero. Para esas viejecitas debe ser lo más parecido al sexo, no se lo termina. Las ancianas que meriendan chocolate con *melindros* eran niñas cuando él era un joven apuesto en el *barri*. Una le reconoce, le tenía por un excéntrico y un engreído. Para demostrarle que no lo es, la invita a un cubalibre; ella lo rechaza por la diabetes, pero le sonríe y le propone ir a tomar el sol a un banco, «vaya, vaya usted tirando, señorita…», «¿qué tendría yo que demostrar?», se dice de camino a casa.

El quiosquero se sorprende al ver a ese viejo cabrón que nunca saluda encapricharse de un coleccionable de música, hasta le deja el cambio de propina.

Esta tarde a Caín no le apetece salir y se le ocurre que podría grabar algo sobre la última película que ha visto. Eso de «en ocasiones veo muertos» da mucho juego, comprende el tormento de ese crío. Esta mañana se ha cruzado con Dolores en la esquina de la ferretería, sostenía un hacha y venía hacia él llamándole «asesino de hermanos».

Como ya no tiene cintas vírgenes, aprovecha la casete que viene en el coleccionable de música clásica. Vanesa le dijo que si pegas unos trocitos de celo en los orificios cuadrados de la parte inferior de una cinta original se puede grabar. ¿Borrar a Chopin para hablar de películas? Bueno, a Chopin le tiene muy oído en esos vinilos rallados del «tesoro». No ha vuelto a usar el tocadiscos desde que se rompió la aguja en el ochenta, podría comprar una nueva y probar si ese trasto sigue funcionando, volver a escuchar buena música...

Necesita entretenerse. Eso es vivir, al fin y al cabo, un resignado entretenimiento. Él, que nunca necesitó pasatiempo alguno y a nadie con quien compartirlo, se ha acostumbrado a pasar el rato hablando para que otro le escuche después. Le inquieta no saber si Adam ha abandonado, y al mismo tiempo le entiende. Si fuese él, dejaría correr el proyecto y se centraría en Betty. No; él no haría eso. ¿Realmente ha abandonado el proyecto sin avisarle? Maldita incertidumbre. Toda la vida es una incertidumbre, hasta que llegue la hora. ¿Cuánto cuesta un billete a Nueva York?

Los encuentros con Sofía se suceden durante semanas. Adam lo pasa bien con ella, no gozaba así desde que era un adolescente. Beben, ríen mucho y tienen un sexo que a Adam le recuerda el que descubrió con Betty cuando eran unos críos. Se está encariñando con ella pero no se enamora. «Hay que ser menos romántico, un romántico práctico», se dice. Si no se enamora, no tiene por qué sentir celos. Ella le ha jurado que lo deja; está asistiendo a la escuela de adultos para obtener el título de manipuladora de alimentos. Qué más da, son solo un par de buenos amigos que tienen sexo. Nada le compromete, son solo dos adultos que han convenido otro tipo de relación, una menos convencional. Se ven, lo pasan bien y luego cada uno hace su vida. Aunque ella duerme muchas noches en el hotel y se ha traído algo de ropa. ¿Acaso se considera su novia? ¿Tan pronto? Todas son princesas en busca de príncipe…

Adam se ha ido olvidando de las cintas y del proyecto. Trabajar, ver a los niños, salir a correr (cada vez menos), verse con Sofía… Desde que no está con Betty es él quien organiza su tiempo y no ella o la rutina del matrimonio. Y de algún modo Sofía ha sustituido a Caín, que no ha vuelto a dar señales desde aquellos consejos.

Hoy tiene que recoger a los niños a las cinco, pero le lleva veinte minutos conducir hasta la siguiente manzana. Cuando llega son las seis menos cuarto. Los niños no están en la puerta, aparca en doble fila y entra a preguntar. Betty dejó orden de que la llamaran si él no era puntual, y ha venido enseguida a recogerlos. Desde la puerta del colegio la llama con el teléfono móvil que Sofía le ha regalado. Betty no contesta. La grúa se está llevando el coche, Adam corre y consigue alcanzar al camión, grita al conductor:

—¡Vamos, solo han sido dos minutos… pare, por favor!

La grúa se aleja calle abajo. Deja de correr, apoya las manos en las rodillas y respira hondo. Le falta el aire, otra vez el corazón se le ha desbocado. Un dolor lacerante sube por su brazo, la punzada llega hasta el mentón, cae al suelo. No ha soltado el móvil pero es incapaz de marcar. Ve a sus hijos en los brazos de su madre, soplando la primera velita, en los columpios que hay junto a casa, papá y mamá, Sofía desnuda… ¿Es esa la sucesión de imágenes que le pasan a uno por la mente cuando va a morir?

En el hospital le trata un médico joven, ha tenido una angina de pecho, estará en observación hasta mañana. Le han dejado su teléfono móvil en la mesita con sus cosas. La enfermera le sugiere que llame a algún familiar y que se hagan cargo de sus pertenencias, y le previene de que esos teléfonos móviles son lo primero que desaparece.

Betty llega a las dos horas. Adam no la ha llamado para alarmarla ni para que lo consuele, solo quiere aclarar lo de esta tarde y ver a los niños.

Cuando llega, le han subido a una habitación. Ella se queda apoyada en el marco de la puerta, observándole antes de entrar. Luego se acerca resuelta y le pone los dedos en la mejilla.

—Te dije que tenías que bajar peso.

—Te gustan en forma, lo sé… —Adam habla con un hilo de voz, casi roto, pero ella ha estado muy atenta a sus palabras.

—Si vas a empezar, me marcho. Te estás volviendo un cínico.

—No; perdona, quería verte… —tiene los ojos llorosos y suplicantes—, quería hablar contigo… ¿Por qué te llevaste a los niños?

—Llegaste tarde… perdóname tú a mí, me precipité.

—Estaban seguros en el colegio, no los dejan salir si no están sus padres.

—Las normas son las normas… —lo dice con voz suave, la conmueve el aspecto cándido y vulnerable de Adam—. No te preocupes, no volveré a llevármelos. Serás puntual, ¿verdad? Carajo, qué te cuesta…

Se da la vuelta y coge el bolso que ha dejado sobre la mesita.

—Te he traído este paquete… es de ese viejo…

—Es mi tío bisabuelo…

—Seguro que es otra cinta para que te envenenes…

—¿Cuándo llegó?

—No me acuerdo… Hará semanas.

—¿Por qué no me avisaste? Lo hubiese recogido…

Ella levanta el mentón, airada.

—No tuve tiempo, bueno, qué más da… te lo he traído.

—Gracias…

Se quedan en silencio. Betty aún tiene el paquete en la mano. Él se gira hacia la ventana y ella mira en la misma dirección; observa la otra cama, está libre, le pasa por la cabeza no haber encontrado a Adam con vida. Está a punto de acariciarle la mejilla otra vez, pero llega otra visita y su mano se queda suspendida en el aire.

—¿Se puede?

Betty clava sus ojos en los de Sofía, que levanta las cejas altiva. Luego esconde la mano detrás de la espalda, se siente ridícula por haberse mostrado cariñosa.

—Hola, Sofía, ¿puedes pasar en un rato?

—Claaaaro mi osito, tomo un *cafesito* y me regreso.

Sofía guiña un ojo a Betty y se despide.

—¿Quién es esta *bitch*? ¿Te has liado con una guarra?

—No es una guarra, es solo una amiga.

—*Fucking idiot*… No te conozco… Como mezcles a una puta con nuestros hijos no los verás en tu vida, ¡carajo, no sé por qué he venido!

Deja caer el paquete en la entrepierna de Adam y sale de la habitación hincando los tacones.

Sofía se empeña en pasar la noche en la cama de al lado, Adam la convence de que le ayudaría más si fuese al hotel a por su *walkman*.

Tendrá que quedarse un día más en el hospital, evoluciona bien pero necesitan hacerle un cateterismo. Llama a Betty, le pide por lo que más quiera que traiga a los niños, aunque sabe que son pequeños para visitarle en un hospital. Ella le promete que podrá verlos en cuanto le den el alta, con la condición de que nunca se los presente a esa puta.

Coloca la casete en el *walkman*. ¿Cómo pudo dar por hecho que Betty le avisaría en cuanto llegara una nueva cinta?

Escucha las dos caras seguidas. «De algún modo, sobre la moto se hace el amor». Le gustaría conducir una moto por una carretera de Arizona, una escena inverosímil… El relato del *ashram* también le parece increíble; es probable que Caín haya disfrazado algunos pasajes, aunque es cierto que la realidad puede volverse pintoresca y esperpéntica en ocasiones, tanto que resulte menos creíble que cualquier relato. «¿Lo ves? Los Enfield han traído prosperidad a mi familia». Adam no puede aguantarse la risa, y recuerda otro fragmento de las grabaciones: «No vale la pena ayudar al prójimo, es desagradecido siempre…». ¿Y por qué esperar gratitud de nadie?

Le impresiona la frialdad con que Caín vivió la muerte de Dolores, con qué distancia habla de esa anciana moribunda... ¿Por qué fingir pena? Era un rechazo inveterado el de esos dos… En contraste, la lealtad y el cariño a Claudia. La ternura y ese deseo de amarla por fin sin reticencias. El gesto del asilo, comprar una casa de indianos sin ninguna voluntad de ostentar, solo para ayudarla… Ayudarla a marcharse… Pocos tendrían el valor para eso…

«Doy por respondidas todas tus preguntas, a menos que tengas más…». Tenía más, por supuesto: «¿Cuál es el sentido de la vida?», iba a incluirla en una segunda lista. Se ha respondido sola.

Y qué hay de esas otras: ¿Por qué el amor no puede durar? ¿Por qué no se puede confiar ni siquiera en la persona con la que compartes tu vida? ¿Sencillamente porque estamos todos podridos? Eso diría Caín… ¿Qué clase de respuestas esperaba de él?

Volverá a escuchar todo el material en el hotel, no puede abandonar el proyecto. Necesita un cambio, uno voluntario, no como ese divorcio inopinado y siniestro. Necesita un proyecto que le ayude a reciclarse, no solo profesionalmente. Desde que envió a Caín la carta de Lola, supo que tenía que escribir ese libro. Podrá con ello, es mucho más fuerte de lo que pensaba. No tuvo miedo, solo pensó unos instantes en la muerte. ¿Le depara el destino una vida larga como la de Caín? No lo cree después de este susto. Así que no hay tiempo que perder.

A la hora de la cena aparece el cardiólogo. El cateterismo no revela amenazas. Tendrá que llevar una vida saludable, bajar peso, mañana podrá marcharse previa analítica… «Correr no le conviene ahora». Mejor. «Pero le irá muy bien caminar»… Adam apenas

escucha, piensa en los niños, quiere verlos en cuanto salga.

Llama a Betty cuando se queda solo. Le promete que los recogerá puntual, no le importa si ella quiere estar presente. Ella le propone verse en el parque que hay junto a casa. Mañana.

Adam pasa la mañana en la habitación del hotel escuchando una y otra vez la última cinta de Caín y dándole vueltas al proyecto. Revisa los arranques y reescribe varios a vuelapluma, hasta que da con uno que le convence un poco más: *No hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista, pero aquí sigue Caín Rigau, saludable a punto de cumplir un siglo y eso a pesar de que siempre deseó morir, ¿hay mayor desgracia? Caín mira atrás y revela sus memorias cual novela de aventuras, o más bien de desventuras, porque cuanto más deseó la muerte, más tuvo que vivir. Pese a su acritud uno se diría que, aun detestando la condición humana, aun odiando la vida misma, Caín la ha gozado en numerosas ocasiones. Y aunque jamás lo reconocería, puede que le haya sacado más jugo que aquellos que la aman con todas sus fuerzas. Pero no voy a juzgarle, ya lo hizo él mismo. En su juicio a la humanidad recibe como el que más…*

Seguirá cuando mejore. No volverá a la oficina hasta el lunes, dedicará la semana a oír el resto del material. Son cuatro horas de grabación, pero tendrá que detenerse en numerosas ocasiones. Tiene mucho quehacer y eso le ayudará a no pensar.

Sofía viene a verle a mediodía; se empeña en que se deje querer, pero debería hacer reposo. Ella gana.

A la hora convenida, Betty aparece en el parque con cada niño de una mano. Adam se fija en cómo les sujeta las manitas, no vayan a robárselos. Está agradecido por traérselos y al mismo tiempo se los arrancaría de sus zarpas.

Betty los suelta y Adam los abraza, los besuquea, se limpian las babas y le arrastran al columpio. Se pasa un buen rato empujándolos. Betty no les quita ojo, como un águila vigilante atenta a las otras mujeres del parque por si aparece esa puta.

La hora pasa volando, tienen deberes, ¿será cierto? Podrá recogerlos en el cole como convinieron y le toca tenerlos este fin de semana.

Betty le invita a que los acompañe a casa. Caminan todos cogidos de la mano, los padres en los extremos, los niños en el centro. Adam no se deja engañar. En la puerta, ella pregunta:

—Si necesitas algo más, dímelo y te lo haré llegar, ¿dónde vives?

—Sigo en el hotel.

Betty se aproxima y le habla en baja voz para que no le oigan los niños, asomados entre sus piernas:

—Hasta que no vivas en una casa decente no pienso dejar que duerman contigo…

Ellas siempre ganan.

De regreso al hotel, se prepara un cubalibre —medio dedo de ron— y se pone los auriculares. Pasa el resto de la tarde con la espalda apoyada en el cabezal de la cama, escuchando atento y observando las figuras femeninas del papel pintado, el físico de la chica que sostiene el látigo le hace pensar en Betty. A medida que oye las grabaciones, se da cuenta de que son pasajes breves; aún no sabe cómo rellenar esas lagunas entre fragmentos, al menos Caín ha mantenido un orden... Es cierto que ha podido conocer la historia de su familia en Badalona, y solo por eso ha valido la pena. Pero quedan abiertas muchas interrogantes. Hay una que no se quita de la cabeza desde el primer día: ¿Por qué no ha leído la carta de Lola? Todas esas narraciones son capítulos sueltos de una vida, respuestas a una lista de preguntas, retales de una persona. Parte de esas memorias aún están en la cabeza y el corazón de Caín.

Se prepara otra copa, esta vez un botellín de ron del minibar, no hay más cocacolas. No es conveniente beber con la medicación. Sigue escuchando muy atento, prefiere dejarse embriagar por esa voz de sabio histrión, limitarse a darle vueltas al vaso y aspirar de vez en cuando sus efluvios.

Las cintas se suceden como una vida contada en una radionovela, de la que Caín es guionista, protagonista y narrador; una sola voz que emula y ¿manipula? las demás voces... Pero da la sensación de que ha pasado por la vida tomando siempre distancia de lo que sentía para no tener que echar raíces en ninguna parte y en ningún sentimiento verdadero. ¿Por qué ha huido de todos esos sitios? ¿Por qué ha sido incapaz de amar a ninguna mujer? ¿Acaso no sentía nada? Ese hombre se negó con todas sus fuerzas a vivir el amor plenamente, a dejarse vencer por los sentimientos. Es difícil de comprender, ¿no sentir amor, no sentir nada, ni por nadie ni por nada, para no tener ganas de vivir? ¿Tal era su enfado con la vida? De acuerdo, sufrió una gran desgracia a temprana edad, la vida no tiene sentido, pero tampoco lo tiene cabrearse con ella. O tal vez fuese el miedo lo que le impidiese volver a amar tras sufrir la pérdida de sus padres… A qué arriesgarse a perder a otros... Psicoanálisis barato, no le iría mal a él pero no le gusta hablar a un desconocido. A Caín, sin embargo, se le ha dado bien. Sus anécdotas son divertidas, incluso las sórdidas y de mal gusto.

Ese hombre ha estado toda la vida yendo de un lado a otro sin un propósito. O quizá el hecho de vagar como un fantasma durante toda su existencia fuese el propósito; uno muy serio, el que le llevó a cumplir años y años con la mente encendida y acechante para dar con un motivo tras otro por el que quejarse.

¿Qué sentido tendría relatar las anécdotas de un viejo cascarrabias? Se le antoja un proyecto fútil. Trabajar, dormir, comer, follar, escribir un libro… Vivir podría ser una sucesión de actos fútiles.

Como diría Caín, un simple «afán de entretenimiento» en la aburrida cadena del samsara. Así que podría ser entretenido contar esta historia. Qué más da si llega a publicarse. Eso será, un pasatiempo. Al fin y al cabo vivir no es un asunto tan serio.

Desde que se negó a hacerse los análisis, Vanesa no incluye alcohol en la lista de la compra. Pero esta mañana ha estado en el colmado del paquistaní de la esquina; generosa propina mediante, el mismo dueño le ha traído la caja de Havana Club de oferta y los botellines de Coca-Cola a casa.

Graba un rato en una de las cintas que ha comprado. En las Basf de cromo su voz se oye tal cual es. «En las otras parecía un tonto», se dice en voz alta, y su voz vuelve a parecerle la de un hombre bueno. Y sigue sin gustarle. Pero eso ya no importa, nadie va a escucharle… Aparte de comentar las virtudes o defectos de la película, en las cintas le gusta hablar de las reacciones del público: «Desconectan su cuerpo, abren una puertecita de la mente y dejan que cualquier cosa que les distraiga de su dolor entre por ahí: amor, sexo, muerte, propaganda, estulticia, violencia… Durante un par de horitas se alimentan de los dramas de otros, se comen su bazofia mezclada con las palomitas». «Una chica me ha pillado mientras la miraba, su forma de llorar era tan triste y cómica a la vez; hipo y llanto, sonrisas y lágrimas en la platea… Creo que me ha tomado por un salido…».

Después de comer, se decide a bajar la basura. La ciudad apesta en agosto. Al volver de los contenedores se queda mirando a ese tipo, no estaba ahí hace un momento. Rubio, delgado, con corbata verde y camisa blanca, camina despistado a un lado y otro de la portería. Parece un testigo de Jehová. El hombre le mira de hito en hito y Caín levanta los hombros, qué demonios querrá este pesado con esas pecas y esa perilla tan poco poblada… Menuda mierda…

—¿Adam?

El despistado rubio le sonríe como si fuese a anunciarle que le ha tocado la lotería, abre los brazos en cruz y se queda esperando a que el abrazo le sea devuelto. Caín se fija en las manchas de sudor de las axilas.

—¡Hola, tío!

—¿Qué coño haces aquí?

Adam le sonríe de oreja a oreja, da unos pasos y le coloca una mano sobre el hombro. Caín se la queda mirando hasta que Adam la quita.

—Te hacía más gordito…

—Yo a usted también, y fíjese, los dos tan delgados… —de un modo un tanto forzado, su mano derecha se mueve de arriba abajo como si homenajeara los dos cuerpos. El gesto sorprende a Caín, que reacciona como un caballo que se asusta de la mano de un desconocido—. «Ahora me cuido…» —añade, y ya no sabe qué decir. Se queda mirando a Caín, su aspecto no concuerda en absoluto con la imagen que se hizo de él. Es altísimo, le saca un palmo, y permanece inmóvil observándole con esos ojos de águila calva americana

rascándose los cabellos.

—Con este calor nos iría bien un cubalibre… ¿hay un bar por aquí?

—No, hombre, sube a casa… Tengo ron y de todo…

Caín camina deprisa para que Adam no vuelva a intentar achucharle. En el ascensor no saben qué decirse, Caín mira al techo un instante y recuerda cuántas veces se ha reído de los que hacen eso mientras él los observa; ahora es otro quien le incomoda con una mirada ilusionada y escudriñadora. Adam reprime las ganas de abrazarle y rompe el hielo con una frase trivial:

—Apuesto a que tiene buen ron cubano.

—Del «paqui» más bien. A saber, pero nos vale…

Adam nota unas pulsaciones alteradas, no son suyas, es como si la silla tuviese un corazón arrítmico; mira abajo, provienen de la punta del pie derecho de Caín, que golpea suave y regularmente la pata de esa silla que ha traído de la cocina y que ha puesto delante de su sillón. Aún no ha tocado el cubalibre que Caín le ha preparado, no ha dejado de hablar desde que ha entrado en el piso. Caín se ha servido uno más cargado, del que va dando sorbos con los ojos entrecerrados sin escuchar, hasta que por fin deja el vaso en la mesita y pone atención:

—…Y por eso pedí una excedencia y me la han concedido, en la redacción están interesados en el proyecto, ¡no me lo podía creer! Pero primero tendríamos que hablar mucho, tengo un montón de preguntas.… Si es que quiere seguir con esto, ¿ha vuelto a grabar?

A Adam le ha parecido que Caín se dormía mientras hablaba, pero sus labios se despegan y comienza a hablar en susurros:

—Bueno, como te dije ya no tenía nada más interesante que contar, me cansé de hablar de mí... Y tú tampoco decías nada…

—Todo se complicó de repente, el divorcio, la angina de pecho…

—¿Divorcio? ¿Una angina? Vaya…

—Sí, menudo susto, ¡menuda mierda! —guiña el ojo a Caín y este fuerza una mueca, más que una sonrisa Adam diría que le duele algo —. Por suerte tuve a Sofía al lado, me ayudó mucho, ella y los niños… Los niños siempre ayudan… en mi caso, claro… —No se atreve a volver a guiñarle el ojo.

—¿Sofía? ¿Qué pasó con Betty?

—Nos hemos divorciado. Era lo mejor. Ella tiene la custodia, lo puse fácil… ¿Pero sabe? Tengo una compañera…

—Otra… ¿Y eso de la «compañera» no es lo mismo que tener mujer?

—Bueno, es más bien una amiga… o más que una amiga… Está en un curso de cocina para adultos, lo ha pasado mal y quiere romper

con todo… Tiene muchos planes, le gustaría montar un restaurante, es muy creativa. Yo la ayudo como puedo…

—¿Estuviste con otras mujeres después de Betty? ¿Seguiste mi consejo?

Adam niega con la cabeza.

—Así que una amiga…

Adam asiente. Agradece que Caín no se ría.

—Si te hace feliz… Y si no, no será peor que con Betty. Podría irte bien, por qué no... Con ellas nunca sabes, el más difícil todavía a veces es más fácil de lo que parece…

—A decir verdad, no me he enamorado. Creo que ella sí, quiere algo serio…

—Vienes huyendo…

—En absoluto, vine para conocerle… ¡claro!

Siguen bebiendo y mirándose. Caín termina su cubalibre de un trago y deja el vaso de tubo sobre la mesita con un golpe seco. Adam da un repullo y mira su cubalibre; aún le queda la mitad, su mano calienta el vaso y los cubitos crujen.

—Puede que esto de las grabaciones me sirviera para hacer las paces con el mundo, o más bien conmigo mismo. No sé si eso es posible a estas alturas. Siento no poderte haber ofrecido nada mejor que todos esos gritos y quejidos de viejo, todos esos recuerdos gritados, unas memorias gritadas, no son más que eso… ¿Quién querría fastidiarse el oído y la conciencia oyéndolas? ¿Quién pondría el interés que has puesto tú? Te lo agradezco, de verdad. Dales otra forma, cámbialo todo, hazme amable, engáñalos a todos. Eso si de verdad quieres seguir con esto, ¿quieres hacerlo? Sí, creo que quieres. Si así lo decides, yo te ayudaré... Y si no, no lo hagas, dejémoslo así, así está bien. Haz lo que debas. Haz lo que te dé la gana…

—Memorias gritadas… podría ser un buen título. —Bebe de nuevo y nota como el ron se le sube a la cabeza, sonríe con entusiasmo—. Y no hace falta engañar a nadie, no hay que inventarse nada porque su vida es como una película… ¿Se imagina si nos compraran los derechos? Pero necesito profundizar en algunos momentos, es importante, y para eso tendría que preguntarle muchas cosas… Podría ser… doloroso. —Caín le mira con ojos burlones, qué le podría doler a estas alturas—. Además, sabe usted que tiene algo pendiente con su pasado, tendría que hacer un esfuerzo y… —baja el tono de voz, prudente— leer de una vez esa carta.

Una sonrisa amarga descubre la bonita dentadura de Caín, blanca y con todas las piezas. En persona, a Adam le sigue resultando un personaje salido de una novela. Podría tener setenta y muchos, nunca diría un siglo, hay en ello algo siniestro. ¿Son ciertas todas esas anécdotas? ¿Las ha relatado tal cual o lo alteró todo? ¿Realmente

intentó suicidarse varias veces? Otro sorbo al cubalibre le da el arrojo para preguntar:

—Dígame, ¿es cierto todo lo que cuenta en las cintas?

—En qué mundo vives… Todo es inventado, por supuesto. Todos nos sacamos de la manga nuestra propias realidades. Verás… Vanesa, la chica que me ayuda en casa, encontró un ocelote disecado en una habitación que uso como trastero, me propuso venderlo y al cabo de un tiempo le di permiso. Antes de llevarlo a la tienda me preguntó si lo había cazado yo, asentí con la cabeza y lo volvió a meter en ese trastero —Caín se incorpora y le habla en susurros—: lo había recogido junto a unos contenedores una noche que bajé a tirar la basura…

Los dos rompen a reír. A Adam se le ocurre una idea:

—¿Sabe? Sería un final sorprendente para las memorias si en las últimas páginas usted revelara que se ha pasado encerrado en ese piso toda su existencia; sumergido en libros, imaginando historias a partir de los trastos que recoge de la calle, sin viajar más allá de la ferretería o de la tienda donde compra el ron…

—¿Y quién podría asegurarte que no fue así? Ya no queda nadie para que puedas comprobarlo…

Caín se levanta y se queda quieto ante Adam, mirándole como si esperara a que también se ponga en pie para despedirse. Pero suelta un chasquido y abandona el salón. Adam le ve encaminarse hacia el pasillo y entrar en una habitación, en la calle esa cojera le ha pasado desapercibida.

Adam mira alrededor, el piano de cola negro, las persianas bajadas hasta la mitad, la alfombra de seda sobre el suelo de mármol, las paredes cubiertas de libros, la grabadora que le mandó desde Nueva York sobre la mesita y encima de esta una cinta de Chopin. Recuerda el *Estudio revolucionario*, y en su interior se agitan las escalas vertiginosas que descienden hacia los graves, los vaivenes de unos dedos desenfrenados y otros abiertos sobre las teclas, el frenesí de la voz de Caín en sus primeras cintas. Se ha contagiado de esa revolución interior y se siente otro, uno más ácido, incluso cínico a veces. Hace poco Betty le dijo que se había «cainizado». Y es consciente de que eso podría agriarle lo dulce que le sirve la vida en más de una ocasión. Pero no le importa parecerse a Caín un poco más y algo menos al Adam que era, el que lo daba todo para gustar a todos…

Caín ya está de vuelta, se detiene junto a él y deja caer un sobre de color rosa en su regazo.

—Hazme el favor.

Adam desdobla esa carta que él y tantos otros ya leyeron. Caín se levanta y se vuelve contra la ventana, no quiere que Adam le vea mientras lee. Agacha la cabeza, mira el reloj, le da cuerda. Para qué

hago esto, para qué oír esto... Adam tose antes de comenzar, más por timidez que por aclararse la garganta. Caín le mira de reojo, apremiante:

—¿Está seguro? Es un tema privado…

—Vamos, déjate de tonterías, tú ya la has leído, todo el mundo lo ha hecho… Por favor, lee.

Adam toma aire e intenta colocar las comas y puntos en su sitio a medida que recita el texto:

—*Cariño, no te culpo por haberte apartado de mí… Lo intenté todo para que siguiésemos juntos, pero me equivoqué contigo. Eres alma libre y tienes que seguir tu vuelo. Mereces eso y todo lo bueno que te pase. Pero también mereces saber la verdad. La tarde que nos vimos en el hotel por última vez en nuestras vidas, Dios quisiera que llegaran otras ocasiones, pero me resigno, me resigno… esa tarde, digo, pasó algo que nos uniría para siempre mientras decidíamos seguir nuestros propios caminos. Cosas del destino, qué sé yo, si ni siquiera las cartas que me echó la Candelaria pudieron avisarme de que ibas a ser tú quien me preñara. No te escribo para reprocharte, todo lo contrario, quiero darte las gracias. Te lo agradeceré de corazón hasta el día de mi muerte.*

»¡Fueron dos los retoños! Dos hermosuras de pelo jaro como tú, mis dos mellizos son mis tesoros… No voy a pedirte tu dinero ni tu apellido, llevan los dos míos y orgullosa estoy de ello... No debes preocuparte por nosotros. Sé tirar adelante sola. Tengo mi propio local en Santiago con las mejores chicas de la ciudad y va viento…

Otra vez la condena de tener que vivir una vida que le ha devuelto todo lo que rechazó. Esa carta ha sido la vida misma en misión de busca y captura, le ha perseguido implacable hasta que ha conseguido golpearle con toda su fuerza, la mismísima fuerza de la naturaleza... Desde que supo de esa carta sus tripas presintieron la noticia que contenía. Por mucha resistencia que opusiera, la simiente para perpetuar el virus humano le fue finalmente sustraída, arrancada. Pero la naturaleza no es sabia, se aniquila a sí misma al permitir al hombre reproducirse… ¡A uno como él! Pobres mellizos… La vida no es más que una repetición de versos trágicos…

¿Por qué Dolores no le dio la carta al volver de la guerra? ¿Creyó que iba a volver a Cuba y abandonarlas? «¡Hala, a ver cómo te las apañas de padre!», aún tuvo agallas de decirle aquello… ¿Se estaba riendo de él? Las abandonó de todos modos… Fuese como fuese, Dolores reconoció en esas líneas el tipo de mujer que era Lola, una que no necesitaba la ayuda de un chupatintas…

—…*le confío esta carta a Gladis, no le diré nada, no te preocupes…*

—Es suficiente.

Adam alza la vista y deja de leer.

Caín mira por la ventana, Lola le saluda desde la calle, sujeta un

bebé en cada brazo. Por mucho que lo rechaces, el amor siempre está ahí. Tantos años evitando esa carta... Cuánto tiempo perdido, cuánta bilis derramada… Se siente observado por Adam y vuelve a fijar la mirada en su muñeca. La aguja del segundero se ha puesto en marcha, o acaso haya perdido la cabeza.

—¿Quiere que me marche? Puedo volver mañana, mi hotel está aquí al lado…

Caín aprieta los labios, su propuesta implicaría que Adam se quede un tiempo, pero no puede contener esas palabras en su boca:

—¡No!, quédate, por favor, quédate… Estoy muy contento de que estés aquí. Podemos comenzar mañana mismo… Sí, quédate unos días, el tiempo que quieras, trae tus cosas del hotel, instálate aquí… Te presentaré a Vanesa y a Jovana, seremos una familia… ¿Me ayudarás a encontrar a mis hijos? Puede que sigan vivos… Iremos juntos a Cuba…

Caín se escucha mientras habla y no puede seguir. Paralizado, se queda mirando a Adam con una sonrisa bobalicona. Su mente guarda silencio al fin y diría que puede oír el tictac de ese reloj, pero sus propios latidos lo solapan. Sonríe y llora, sonrisas y lágrimas, qué escena tan cursi... Debería sentarse pero no es capaz de moverse…

Adam le mira compasivo. El hombre cariñoso y optimista que tiene delante es irreconocible para él. Podría ser uno de esos abuelos que tanto se hacen querer. Cómo se transforma ese rostro cuando se alegra, la sonrisa amplia le recuerda a su padre. Caín padre. «Mírale, saber que tienes hijos a esa edad, se le ve tan desconcertado, incluso vulnerable. Hasta la piedra más dura y antigua puede ser esculpida. Pero esas ganas de vivir tan repentinas y viscerales, tan loables y al mismo tiempo incomprensibles en un hombre como él… Un anciano, un viejo cascarrabias... Espera, prometiste no juzgarle… Deberías alegrarte, disfrutar de su compañía, fue una suerte encontrarle. Ha sido una buena influencia… ¿Lo ha sido? Sofía así lo cree… Qué más da si lo ha sido o no… Le tienes delante, no es el abuelo que no conociste, tampoco papá, son los dos juntos… Nunca hubieses esperado conocerle…».

Adam se levanta, da un paso y se agarra a él como si fuese el tronco de un árbol seco. Caín le coloca las manos sobre los hombros. Pero cuando Adam le suelta, se tambalea. Adam no puede con ese cuerpo que se desliza sobre el suyo mientras intenta sujetarlo. Pesa más de lo que aparenta. Pesa demasiado tiempo. Se deja caer con él y se queda de rodillas, a su lado. Caín se ríe con la mejilla pegada al suelo, tiene los dientes ensangrentados.

—¡Tío!

Unas palabras caen de su boca y empañan el mármol:

—Es - mi - cump…

—¿Su cumpleaños? ¡Respire hondo, no hable! Voy pedir ayuda… Vuelvo volando…

Una garra estrangula sus tripas. Así que va a ser ahora. Otra vez ese guion absurdo y despiadado. El mismo que tantas veces reparte fortuna a los ricos y miseria a los pobres, inteligencia a los cobardes y bravura a los estúpidos, poder a los tiranos, salud a los villanos, inmunidad a los corruptos, honor a los imbéciles, éxito a los aprovechados, reconocimiento a los inútiles, dolor a los débiles, hijos a los inconscientes, muerte a los héroes, muerte a todo el que osa participar en él.

Mira el retrato de su madre. Una luz punzante atraviesa las cortinas. Oye unos pasos… «¿Eres tú, mamá?».

Una mano se posa en sus cabellos.